

MANUEL ESPINAR MORENO

CRUZADAS MEDIEVALES.



LIBROS EPCCM
GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

CRUZADAS MEDIEVALES.



LIBROS **EPCCM**
GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

CRUZADAS MEDIEVALES.



LIBROSEPCCM

Granada, 2020

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2020

Cruzadas medievales

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Escribanos medievales y página de manuscrito sacadas de internet.

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549 Digibug
<http://hdl.handle.net/10481/>

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales. Colaboración del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete y Departamento Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

Introducción.

En los momentos actuales en que vivimos, como ya hemos dicho en otras ocasiones al ofrecer otros materiales de estudio a nuestros alumnos, a consecuencia del covid19, la enseñanza universitaria ha cambiado casi radicalmente, pues aquellas clases tradicionales, denominadas por los enseñantes “clases magistrales” se han tenido que cambiar para facilitar a los alumnos el acceso a las lecciones. En este sentido la asignatura Historia Medieval, del primer curso del Grado de Arqueología en la Universidad de Granada, exige ofrecer al alumnado materiales que faciliten su formación y de esta forma poder superar lo exigido al menos mínimamente en una asignatura tan amplia dado el enorme espacio de tiempo que abarca. En este sentido, ofrecemos estos materiales sobre el período que analiza la historia del Imperio Carolingio desde su fundación hasta su desaparición. Así pues, la mayoría de estos apuntes están tomados de varias obras en especial de la Novísima Historia Universal desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días escrita por individuos del Instituto de Francia G. Maspero, J. Michelet, Ernesto Renán, Victor Duruy, et. Dirigida a partir del siglo IV, por Ernesto Lavisse, de la Real Academia Francesa, Profesor de la Universidad de París, y por Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de Vicente Blasco Ibañez. Tomo VI. Los Orígenes. Madrid, La editorial Española-Americana, Mesonero Romanos, 42. La hemos consultado en Biblioteca Nacional de España R. 196693, vol. 7, La Epoca feudal. La Cruzadas.

El capítulo 6º, del tomo 7 de esta obra citada, dedicado al feudalismo, fue elaborado por C. Seignobos, Doctor en Letras, maestro de conferencias en la Universidad de París, tiene el siguiente esquema:

CAPÍTULO VI

LAS CRUZADAS

POR C. Seignobos

I.—El Oriente en el siglo XI.

Los Estados musulmanes de Oriente.— Los Estados cristianos de Oriente.— El Santo Sepulcro, páginas 152-154.

II.—La primera Cruzada.

El concilio de Clermont.— Salida de la Cruzada.— Los cruzados en Constantinopla.— Los cruzados en Asia Menor.— Toma de Edesa.— Toma de Antioquía.— Discordias entre los cruzados,— Toma de Jerusalén, páginas 155-159.

III.—Los principados francos de Oriente.

El reino de Jerusalén.— Fundación de los principados de Siria.— Organización de la conquista. Tribunales de Jerusalén.— Las Ordenes militares, páginas 160-165.

IV.—Las Cruzadas del siglo XII.

La segunda Cruzada.— Pérdida de Jerusalén.— La tercera Cruzada, páginas 166-169.

V. — Las Cruzadas del siglo XIII.

La cuarta Cruzada.— Quinta y sexta Cruzadas. Séptima y octava Cruzadas.— Fin de las Cruzadas, páginas 171-176.

VI. — Generalidades sobre las Cruzadas.

Caracteres de las Cruzadas.— Consecuencias de las Cruzadas.— Bibliografía, páginas 171-182.

Además, otros apuntes sobre el feudalismo están tomados de la obra de Juan de la G. ARTERO, *Historia de la Edad Media*, por D. ... Catedrático por oposición de Geografía Histórica, y actualmente de Historia Universal en la Universidad de Granada. Segundo Curso de Historia Universal, Granada, Imprenta de J. López Guevara, 1882. Los temas que dedica al tema son los siguientes:

Tercer período (1096-1300)

LAS CRUZADAS.

1.— Las Cruzadas.— **2.** La dominación musulmana en el siglo XI.— **3.** El imperio griego al comenzar las Cruzadas.— **4.** Estado de los pueblos de Occidente.— **5.** Causas de las Cruzadas.— **6.** Motivos u ocasiones.— **7.** Primeras Cruzadas.— **8.** Resultados de la primera Cruzada.— **9.** Decadencia del reino de Jerusalén.

LAS CRUZADAS. Continuación

1. Continuación de las Cruzadas.— 2. La segunda Cruzada.— 3. La tercera Cruzada.—4. La cuarta.— 5. Imperio latino de Constantinopla. — 6. Quinta y sexta Cruzada.— 7. Séptima y octava Cruzadas . — 8. Por qué terminaron las Cruzadas.— 9. Sus consecuencias inmediatas.— 10. Sus consecuencias lejanas o mediatas. — 11. Juicio sobre las Cruzadas.

Dedica otro capítulo a las Órdenes Militares nacidas en las cruzadas, así queda el capítulo:

LA CABALLERÍA Y LAS ÓRDENES MILITARES.

1. La Caballería, su origen. — 2. Importancia de la Caballería: sus servicios a la sociedad.— 3. Decadencia de esta institución.— 4. Juicio sobre la Caballería.— 5. Las Ordenes Militares, su origen.— 6. Orden de San Juan de Jerusalén. — 7. Orden de los Templarios. — 8. Orden Teutónica.— 9. Juicio sobre las Ordenes Militares.

Reproducimos también un trabajo del Profesor Manuel de Góngora Martínez: Discurso leído en la Universidad Central por D., en el acto solemnd de recibir la investidura de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, Madrid, 1860, para que los alumnos puedan hacerse una idea de cómo ya en esta epoca el tema de las Cruzadas era uno de los más interesantes de la Historia Medieval en aquellos momentos del siglo XIX.

Tenemos varias copias entre ellas las editadas por Google de a cuerdo al ejemplar de la Universidad complutense 5325071945, lo1927306X y 135206962. R. 172234. Universidad Central. Biblioteca Derecho.

Otro ejemplar se encuentra depositado en la Universidad central. Biblioteca de la Facultad de Medicina, 48-2-18-36, Fo-922 (12). Google: <http://books.google.com>.

Otro ejemplar incompleto se encuentra en la Biblioteca nacional de España, V. Ca 2618-67. Dedicado por el autor al Excmo Sr. D. José de Zaragoza.

C. el 9 de Noviembre de 1880.

Biblioteca Nacional de España, 1104556460.

Pueden consultarse estos trabajos en nuestros apuntes ofrecidos a los alumnos en Digibug. Esta es la base del presente trabajo destinado a los alumnos, como decimos a ello hay que añadir otras notas tomadas de otros libros especializados en Edad

Media. No obstante, añadimos unos pequeños resúmenes sobre todos los temas que se insertan en estas páginas pues de esta manera el alumno puede ver en muy pocas páginas lo más interesante de cada uno de los temas.

Puede consultar otros trabajos entre nuestras publicaciones en Digibug como ocurre con las invasiones, los reinos germánicos formados sobre el Imperio romano, las instituciones de estos nuevos pueblos, la cultura y las artes, etc. De la misma forma dedicamos trabajos a Bizancio, el Islám, mundo carolingio, feudalismo, Cruzadas, etc. etc. En todos ellos cuando sean más amplios pondremos los correspondientes resúmenes para facilitar al alumno su consulta. Ahora ofrecemos la parte dedicada al Imperio carolingio desde su nacimiento hasta su desaparición.

Nuestra idea fundamental es que se pueda consultar toda esta información ya que a veces el alumno no puede acceder a los fondos de las Bibliotecas de los Departamentos, Facultad o incluso Universidad. También es verdad que no están acostumbrados a buscar materiales de estudio pues como ocurre en esta ocasión son alumnos de primer curso, no están acostumbrados ni a la asignatura pues de ella solo tienen nociones muy escasas y pobres ya que en sus anteriores estudios no tienen apenas temas dedicados a la Edad Media.

Junto a estos temas también le ofrecemos unos apuntes sobre la parte práctica de la asignatura donde pueden ver las prácticas que se les exigirán en el estudio de esta asignatura para que puedan hacer las practicas que se le exigen de acuerdo a lo reseñado en la Guía docente que hemos entregado para que aparezca en la página web del Grado de Arqueología. La parte teórica suele valer un sesenta y cinco por ciento, mientras que la parte práctica vale un treinta y cinco.

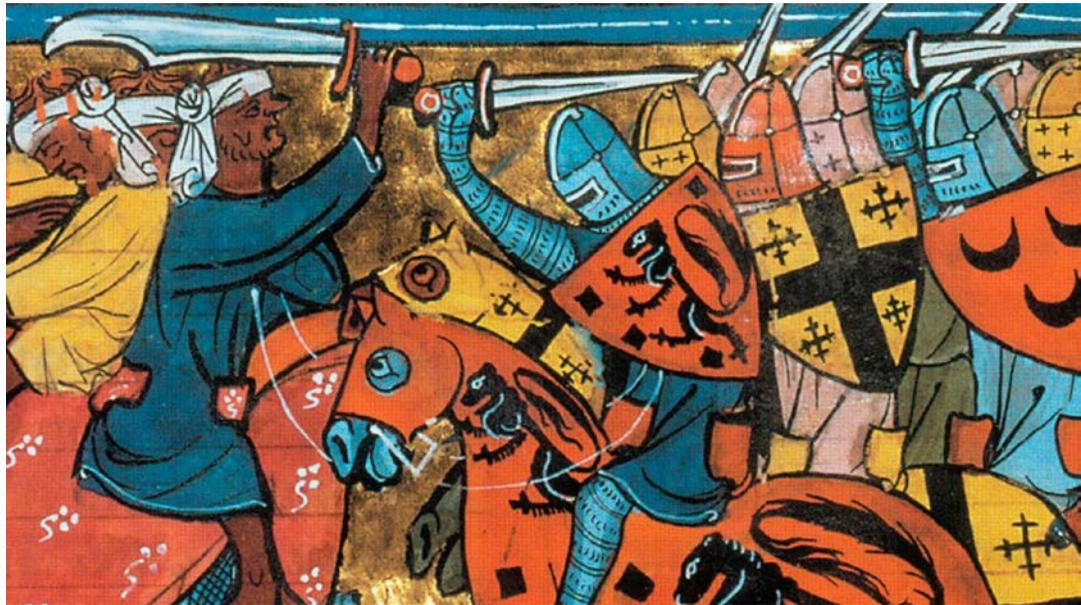
También ofrecemos algunos mapas, cuadros genealógicos, comentarios de textos sobre este periodo que ya han sido publicados hace algunos años tanto por destacados especialistas como por mí. Se pueden consultar en Digibug pues teniendo en cuenta que sobre todo algunas obras sobre textos ya estaban agotadas y era difícil consultarlas. Por ello, decidimos incorporarlas a Digibug tal como fueron editadas en su día por las Editoriales que llevaron a cabo aquella acción. Con el correspondiente permiso hemos realizado esta nueva edición de los textos sobre los visigodos (dos libros), Bizancio en su primera etapa: de la dinastía constantiniana a la justiniana, otros textos sobre historia de España y de Granada, etc.

Por ahora publicamos sobre los pueblos germánicos dos trabajos, uno más amplio y completo. Pero este lleva al final un resumen de los principales temas. El segundo más ajustado a las necesidades del alumno está más resumido y así puede estudiarse el tema más fácilmente. En todo caso queremos que el alumno vaya haciéndose sus

propios apuntes, realice sus prácticas, pues todo ello se lo vamos a exigir cuando acabe el curso para ver el esfuerzo que haya realizado. Ahora ofrezco otros dos trabajos sobre el Feudalismo medieval que editamos también en Digibug.

Manuel Espinar Moreno, Noviembre 2020.





LAS CRUZADAS

I.— El Oriente en el siglo XI.

Los Estados musulmanes de Oriente.

A fines del siglo XI, hacía cerca de quinientos años que el Oriente estaba repartido entre el imperio cristiano de Constantinopla y los imperios musulmanes fundados por los árabes. A su vez los musulmanes se hallaban también divididos. No sólo había en Oriente dos califatos enemigos, el ortodoxo de Bagdad y el cismático del Cairo¹, sino que la soberanía de estos califas era puramente nominal, pues los verdaderos amos eran sus generales y sus guerreros.

Los más poderosos de estos guerreros fueron los turcos, procedentes del Turquestán, y al servicio del califa de Bagdad. Uno de sus jefes, llamado Seldjuk, instalado en Bokhara, los agrupó en un pueblo que tomó su nombre, denominándose turcos seldyucidas. Togrul- Beg, uno de los sucesores de Seldjuk, se hizo famoso por su devoción. Oraba cinco veces al día, según lo prescripto en el Corán, ayunaba dos veces a la semana y fundó mezquitas en todas sus ciudades. El califa de Bagdad, que sólo tenía entonces generales persas chiitas, llamó en su auxilio a este fiel musulmán, mandó que pronunciaran su nombre en las oraciones a continuación del suyo, y le dió los títulos de rey del Este y del Oeste y comendador de los creyentes. El sultán turco fué desde entonces el verdadero soberano del califato de Bagdad, y se propuso engrandecer el imperio con sus conquistas. Uno de estos sultanes, llamado Alp-Arslan, atacó al Imperio bizantino y conquistó Armenia.

En 1072, al morir Alp-Arslan, «el León Valeroso», como sus herederos no llegaron a ponerse de acuerdo, se desmembró el imperio en varios reinos, cada cual con su sultán turco. Solimán, sultán de Iconium, arrebató a los cristianos de Constantinopla todo lo que les quedaba del Asia Menor, y se instaló en la rica ciudad de Nicea. Entonces el Asia Menor formó el sultanato de Rum; es decir, país de los romanos, pues el Imperio bizantino había conservado el nombre de romano. Los cristianos pudieron quedarse en el sultanato como subditos sujetos a la capitación, pero se les priva de sus iglesias.

¹ Estos cismáticos eran los que no aceptaban la sunna o tradición, ni la sucesión de los califas. No reconocían más que la descendencia de Ali y de Fátima, su mujer, hija del profeta. Los califas de Egipto eran entonces alidas o fatimitas. Los alidas o fatimitas y sus adeptos se llamaron también chiitas (co-derechohabientes), palabra que llegó a ser sinónima de cismáticos.

Otros jefes turcos conquistaron Siria, ocupada desde hacía un siglo por los califas de Egipto, y en donde los griegos conservaron a Antioquía hasta 1085. Entonces hubo príncipes seldyucidas en Antioquía, Damasco, Alepo y Trípoli.

Todos estos principados formaban Estados puramente militares. La población de agricultores, artesanos y mercaderes (compuesta en gran parte por cristianos de diferentes sectas), no tuvo más derechos políticos que pagar las contribuciones y pasar de un soberano a otro sin que se la consultara. Generalmente no ofrecieron resistencia, como si les fuese indiferente aquel cambio de amos. Cada comunidad religiosa formaba un grupo semiautónomo, administrado por sus jefes. Las revoluciones apenas si interesaban más que a las familias de príncipes y a su séquito de cortesanos, favoritos y guerreros.

El príncipe era, ante todo, un jefe militar que muchas veces no usaba otro título que el de emir (comandante general). Residía en una población fortificada, con recias murallas flanqueadas por torres, y dominada generalmente por una ciudadela. Le defendía una tropa de guerreros acantonada en su residencia o en las cercanías.

Los guerreros formaban, como en Occidente, una clase privilegiada, que vivía de los tributos impuestos a los agricultores y mercaderes, y era tratada con muchas consideraciones por los soberanos. Se pagaban sus servicios con sueldos o con donaciones de dominio; pero estos dominios no fueron, hereditarios como los feudos de Occidente; de manera que los guerreros musulmanes siempre tuvieron que depender del jefe que los sostenía. Los guerreros, como en Occidente, combatían principalmente a caballo, y tenían sus escuderos, sus ejercicios, sus torneos y su pundonor; pero mientras los guerreros de Occidente constituían una caballería de línea, con hombres y caballos pesadamente armados, los orientales montaban corceles rápidos y combatían con armas ligeras, como el sable de hoja delgada y afiladísima, cortante como una navaja de afeitar, la lanza de caña y el arco de madera. No usaban más armas defensivas que una ligera adarga de madera y una chaqueta acolchada.

Del contraste físico entre los pesados caballeros cristianos y los jinetes veloces de Oriente, da idea muy clara la siguiente anécdota, contada por Usama, emir de Schaizar, que había ido a presentar cierta reclamación a Fulques, rey de Jerusalén. EL rey le dijo: «Me han contado que eres un caballero noble. Nada sabía de que lo fueses.» «Señor (le replicó Usama), lo soy al estilo de mi raza y de mi familia. Entre nosotros nada se admira en un caballero, como que sea delgado y alto.»

Estos guerreros se reclutaban entre los aventureros de todas las razas. Como los musulmanes carecían de preocupaciones en cuanto a origen, bastaba ser musulmán

para ingresar en filas. Los príncipes tenían a su servicio árabes, kurdos, berberiscos, renegados cristianos, bizantinos y esclavos circasianos comprados a los montañeses del Cáucaso. A partir del siglo XI, la fuerza principal de sus ejércitos consistió en las tropas de jinetes turcos.

Estos principados musulmanes se formaban y se deshacían sin cesar, al acaso de las guerras, de las intrigas entre príncipes, de las herencias y de las extinciones de familias. Hubo, singularmente en las montañas de Siria, algunos principados cuya extensión no pasaba de los límites de una fortaleza². Pero por encima de estos principados efímeros y de aquellos Estados en miniatura, existían príncipes superiores en poderío a todos los demás.

Eran éstos, en Siria, el emir de Alepo y el de Damasco; en Egipto, los jefes militares que gobernaban en nombre del califa fatimita del Cairo; y, principalmente, el príncipe turco, heredero de los seldyucidas, instalado en la región del Eufrates, desde donde dominaba a Mesopotamia y el Irán, y podía dirigirse hacia el Asia Menor por el Oeste o hacia Siria por el Sur. Desde fines del siglo XI, este príncipe usaba el título turco de atabek (regente o tutor), y solía residir en Musul.

Estos príncipes dependían oficialmente del califa de Bagdad o del Cairo, cuyo nombre mandaban pronunciar en las oraciones públicas, lo cual es prueba de soberanía en los países musulmanes. A fines del siglo XI, el dominio nominal del califa de Bagdad abarcaba toda el Asia interior y la Siria; el del califa de Egipto estaba limitado a Egipto, Palestina y el Africa del Norte. En realidad, los príncipes súbditos de los califas estaban peleando continuamente unos contra otros para lograr su independencia; pero ante un peligro común, los sultanes turcos del país del Eufrates constituían el centro natural de una confederación de todos los príncipes y guerreros musulmanes del Asia Menor y de Siria.

Los Estados cristianos de Oriente.

Ya hemos hablado del Imperio bizantino, y más adelante hablaremos de los demás Estados cristianos de la Europa del SE.

En Asia no había más Estado cristiano que el de Armenia, en las abruptas rocas del Tauro, en el ángulo formado por el Asia Menor y la Siria.

² Un tipo muy determinado de estos pequeños principados, fué el de Schaizar (Cesárea), poseído por la familia de los munkiditas. Es muy conocido por la autobiografía de su príncipe Usama, poeta y guerrero a la vez. Véase en las Publicaciones de la escuela de lenguas orientales, H. Derombourg, Usama Ibn Munkkidh, emir sirio en el primer siglo de las Cruzadas, tomo I, 1889.

Los cristianos de este país procedían de la Gran Armenia del Cáucaso, que atacada a la vez en el siglo XI por los seldyucidas y los bizantinos, quedó desmembrada entre ambos dominadores. En 1078, el último rey de la dinastía de los Pacratidas, tan potente y gloriosa en los siglos IX y X, se refugió en el territorio bizantino de Capadocia, siendo asesinado por los griegos. Los emigrantes de la Armenia Mayor fueron a buscar a sus hermanos de la Armenia Menor, que desde hacía tiempo tenían sus príncipes particulares.

Los armenios empezaron a reorganizar su nación en las impenetrables montañas del Tauro.

Rubén, ó Rupén, guerrero que decía descender de los Pacratidas, logró que le reconocieran como príncipe, y fundó la dinastía de los rupenios. Su capital fue Sis, en el alto valle de este nombre, donde encontraron su último refugio contra la invasión, después de haber conquistado a Tarsis. Siguiendo la costumbre armenia, por encima del thakavor, príncipe supremo o rey, había en cada distrito una familia de jefes militares, que, instalada en una fortaleza con una tropa de guerreros, gobernaba al pueblo hereditariamente.

El clero había conservado su liturgia, su doctrina monofísita, sus sacerdotes y sus obispos. Su jefe supremo, o catholicos, independiente de Roma y de Constantinopla, se hallaba en una fortaleza de la montaña.

Esta Armenia nueva supo mantener su independencia contra los turcos y los griegos a la vez y hasta conquistar una parte de la Capadocia y de la Cilicia. Representó un papel importante en la historia de las Cruzadas, y fue casi siempre la aliada de los latinos.

El Santo Sepulcro.

El Santo Sepulcro, es decir, la tumba de Cristo, erigida en Jerusalén por los emperadores cristianos, había sido respetada por los conquistadores árabes y durante los quinientos años que los musulmanes eran dueños de Jerusalén, no se habían interrumpido las peregrinaciones cristianas. En el siglo XI, al hacerse más fervorosa la piedad, las peregrinaciones fueron más frecuentes. Cuando un cristiano tenía que expiar un homicidio o cualquier otro crimen, la Iglesia acostumbraba a imponerle una peregrinación a un santuario lejano, como Roma, Santiago de Compostela o Jerusalén. De este modo se redimía de una pena más dura. El más venerado de todos los santuarios era el sepulcro de Cristo, y su contacto era el medio más eficaz de borrar los pecados. Los penitentes se embarcaban en algún puerto de

Italia, desembarcaban en Siria, iban en caravana a Jerusalén y se prosternaban descalzos ante la tumba de Cristo. Solían bañarse en el Jordán y traían palmas de Jericó.

Acudían desde todos los países de Europa, hasta de Noruega. En 1064, el arzobispo de Maguncia guió una peregrinación de 7.000 personas. Para su uso particular se habían redactado unas pequeñas guías, en las cuales se indicaban los santuarios y las reliquias de Tierra Santa.

Estos peregrinos encontraban el Santo Sepulcro en poder de los infieles, y aunque casi siempre se les dejaba practicar en paz sus devociones, creyeron que sería una obra grata a Cristo, su Señor, la de rescatar su tumba de manos de los musulmanes. En una época en que se atribuía a las reliquias virtudes milagrosas, era muy natural que los guerreros cristianos acometieran la empresa de conquistar la reliquia más santa y la más eficaz. Por lo tanto, la causa de las Cruzadas no debe buscarse en Oriente, en el estado del mundo musulmán, sino en Occidente en la disposición de espíritu del mundo cristiano a fines del siglo XI.

De todos modos, ya hemos visto el llamamiento dirigido en 1094 al papa Urbano II por el emperador griego Alejo Comneno.

II.—La primera Cruzada.

El concilio de Clermont.

La cristiandad se había transformado durante el siglo XI. La Iglesia había adquirido mayor relieve. El papa, emancipado del emperador, ejercía su autoridad sobre todos los cristianos. Los conventos, reformados a imitación del de Cluny, y los ascetas, que resucitaban la vida de los santos del desierto, hacían renacer en Europa la devoción y el respeto a la Iglesia. Los guerreros cristianos, los caballeros, estaban organizados, habiendo adoptado un modo uniforme de combatir, hallándose en condiciones de luchar juntos. Hasta entonces, sólo habían combatido generalmente unos contra otros. El papa les sugirió la idea de reunirse contra los enemigos de la cristiandad, y esta unión de los caballeros con el papa produjo las cruzadas.

Ya en 1074 hablaba Gregorio VII de ir al frente de los caballeros cristianos «hasta el sepulcro del Salvador para combatir a los infieles», pero como tenía que defenderse contra el emperador alemán, no pudo emprender nada. Urbano II, de noble familia francesa, más respetado que todos sus antecesores, especialmente por los nobles de Francia, pudo ejecutar el plan de Gregorio VII.

En el otoño de 1095 marchó a Francia para reorganizar la Iglesia francesa y condenar al rey Felipe, que se negaba a reunirse con su mujer. Convocó un concilio en Clermont, al que asistieron 14 arzobispos, 250 obispos, más de 400 abades y millares de caballeros del Mediodía, sin contar la gente del pueblo. Como aquella muchedumbre no podía alojarse en la ciudad, hubo que levantar tiendas de campaña en los alrededores. El papa, al terminar el concilio, convocó a la muchedumbre en la llanura, y allí (el 26 de Noviembre) habló del Santo Sepulcro³; exhortó a los caballeros a que empuñaran las armas para servir a Cristo «contra los hijos de Agar», y recordó la frase del Evangelio: «Que cada cual renuncie a sí mismo y tome la cruz». Los asistentes, llenos de entusiasmo, exclamaron: «¡Dios lo quiere!, ¡Dios lo quiere!» Este fue el grito de guerra de la Cruzada. El obispo de Puy, Adhemar de Monteil, se arrodilló delante del pontífice, pidiéndole que le consagrara para la expedición a Tierra Santa. Millares de caballeros solicitaron igual consagración. En recuerdo de las palabras de Cristo, se pusieron una cruz de paño (roja generalmente) pegada al hombro. Esto había de ser el distintivo de todos los que fueran a Tierra Santa: a la ida llevaban la cruz sobre el pecho y a la vuelta sobre la espalda. Por eso se los llamó cruzados.

El papa promulgó inmediatamente un reglamento. Todo el que tomaba la cruz hacía un voto: se comprometía a combatir a los infieles y a no regresar a su tierra sin haber visitado el Santo Sepulcro. En cambio, la Iglesia le perdonaba todas las penitencias que merecían sus pecados. El decreto decía así: «A cualquiera que, sólo por devoción y no por adquirir honores o dinero, haya marchado a Jerusalén para libertar la Iglesia de Dios, le servirá el viaje de penitencia». El cruzado se convertía en un peregrino, en una personalidad eclesiástica. Durante su peregrinación, no le podían perseguir sus acreedores y se excomulgaba al que tocara a sus bienes.

Salida de la Cruzada.

Los caballeros franceses y el papa habían decidido la Cruzada en un momento de entusiasmo, sin haber pensado en ella anticipadamente. Se acordó que los caballeros saldrían el 15 de Agosto siguiente para reunirse en Constantinopla. Los frailes y los clérigos empezaron a recorrer Francia y Alemania, predicando la Cruzada.

El más célebre de aquellos predicadores fue Pedro, un ermitaño de las cercanías de Amiens, que había hecho la peregrinación a Tierra Santa. Era un hombrecillo flaco, de ojos relucientes, vestido con un hábito de capucha que se ceñía con una cuerda. Predicaba especialmente a los aldeanos.

³ No se conserva el texto del discurso del papa, pero sí los relatos de cuatro testigos.

Así se reunió en el Norte de Francia una muchedumbre de gente mísera, apenas armada y sin víveres, con mujeres y chiquillos. Guiados por Pedro el Ermitaño y por Gualtero Sans Avoir (sin dinero), caballero sin fortuna, atravesaron Alemania y bajaron a lo largo del Danubio, para ir a Constantinopla.

Otras bandas, formadas en Alemania a orillas del Rhin, emprendieron el mismo camino; una de ellas llevaba delante una cabra y un ganso, animales sagrados de la antigua mitología germánica, destinados a servir de guías a la expedición. Al salir realizaron en las ciudades del Rhin matanzas de judíos, como enemigos de Cristo, y saquearon sus viviendas.

El arzobispo de Colonia quiso ampararles en su casa, pero la chusma derribó a hachazos las puertas y degolló a aquellos desdichados.

Parte de estas turbas pereció combatiendo con los húngaros y los búlgaros que, asustados de su aspecto, se habían opuesto a su paso. Los que llegaron a Constantinopla empezaron a saquear la ciudad; arrancaban el plomo de las techumbres de las iglesias y se lo vendían a los bizantinos. No quisieron esperar a los caballeros y obligaron a Pedro el Ermitaño a salir inmediatamente contra los turcos. Acamparon en dos grupos cerca de Nicea; unos, cercados en su campamento, donde se morían de sed, se rindieron o fueron degollados; los otros, intentaron atacar a los turcos, y sufrieron una derrota. Sólo unos pocos lograron salvarse con Pedro. Decíase que las osamentas de los cristianos formaban montañas en la llanura de Nicea.

Algunos años después se aseguraba que Pedro el Ermitaño había sido el verdadero iniciador de la Cruzada y la había predicado ante el papa. Decíase que durante su peregrinación a Jerusalén, se quedó dormido en la iglesia del Santo Sepulcro, y vio en sueños al Salvador, que le dijo: «Pedro, hijo mío, levántate; ve a buscar a mi patriarca y recibe de sus manos la carta de la misión que te voy a dar. Contarás en tu país la miseria de los Santos Lugares, y despertarás el corazón de los creyentes para que liberten a Jerusalén del poder de los paganos.» Pedro obtuvo del patriarca de Jerusalén una carta que entregó al pontífice, el cual le encargó de predicar la Cruzada. Esta leyenda agradaba a los cristianos exaltados, que no hallando suficiente fervor en el clero secular, preferían que la Cruzada fuese obra de un ermitaño más bien que de un papa.

La expedición acordada en Clermont no estuvo dispuesta hasta un año después. Dicen que se componía de 100.000 caballeros y 600.000 infantes, pero no había medios de calcular el número de cruzados. El papa, en una carta, habla de 300.000

hombres. Los caballeros llevaban la lanza y la cota de mallas con mangas y gola; les acompañaban sus criados, llevando carromatos para transportar los víveres. Distribuyéronse en cuatro expediciones que por diferentes caminos se dirigieron a Constantinopla:

1ª. Los provenzales e italianos, mandados por el legado del papa y por Raimundo IV, conde de Tolosa, atravesaron Italia, Dalmacia y las montañas del Epiro.

2ª. Los alemanes y los franceses del Norte bajaron por el curso del Danubio, dirigidos por Balduino de Hainaut, Reinaldo y Pedro de Toul, Hugo de Saint-Pol, Godofredo de Bouillón, duque de la Lorena Baja, y su hermano Balduino.

3ª. El tercer cuerpo, formado en la Italia Meridional con cruzados italianos y caballeros normandos del reino de Sicilia, seguía a Boemundo de Tarento, príncipe normando, y a su sobrino Tancredo. Se embarcó en el Adriático y atravesó el Epiro y la Tracia.

4ª. Los franceses del Norte, mandados por Hugo, conde de Vermandois, hermano del rey de Francia; Roberto, duque de Normandía, y los condes de Chartres y de Flandes, atravesaron Italia hasta Brindisi y siguieron el mismo camino que Raimundo.

Estos grupos no eran verdaderos ejércitos; cada cruzado hacía el viaje por su cuenta, sin recibir órdenes de nadie. Se habían agrupado alrededor de los señores más conocidos, pero sin comprometerse a obedecerles, y se pasaban del uno al otro. Adhemar, legado del papa, que no era militar, sólo tenía una autoridad moral.

Más adelante, cuando Godofredo de Bouillón fué elegido para gobernar a Jerusalén, se supuso que había tenido el mando de los cruzados desde el principio, y se creó la leyenda. Se le presentó como cumplido caballero, humilde y heroico a la vez; de un tajo decapitaba a un buey o rajaba a un turco de arriba abajo; había llevado el estandarte del Imperio, había matado con sus manos al usurpador Rodolfo y clavado en los muros de Roma la bandera del emperador. En realidad, se pasó la vida en combates insignificantes. Sólo parece que se distinguió de los demás caballeros por su piedad y desinterés.

LOS CRUZADOS EN CONSTANTINOPLA.

Los cruzados llegaron por grupos a Constantinopla (1096). Aquellos caballeros de Occidente, que no conocían más que poblaciones y casas de madera de un solo piso, quedaron deslumbrados al ver la gran ciudad con palacios de mármol, con cúpulas

doradas, con calles anchas llenas de gente. Toda esta riqueza les producía envidia, mientras que los griegos cismáticos no les inspiraban mucho respeto. Ana Comneno, hija del emperador, cuenta indignada el comportamiento de aquellos occidentales en la ciudad. Durante cierta ceremonia, uno de ellos se sentó en el trono del emperador, que «por conocer de tiempo atrás el descaro de los latinos» no dijo nada; el conde Balduino le hizo levantar, diciéndole que había que amoldarse a las costumbres de cada país, y el cruzado, señalando al emperador, replicó airadamente: «Mirad ese patán que sigue sentado, cuando tantos capitanes están de pie».

Alejo Comneno pidió a los principales señores que le prestaran juramento; es decir, que se reconocieran subditos suyos. Godofredo, que había llegado antes, instalándose en el barrio de Pera, sólo quiso tratar con el emperador como de igual a igual. El emperador mandó entonces a sus soldados que le atacasen, y le obligó a prestar juramento y luego a trasladarse a Asia. Los demás se dejaron convencer, prestaron el juramento de vasallaje y se comprometieron a entregar al emperador las poblaciones del Asia Menor que tomaran a los infieles.

Desde aquel primer contacto se evidenció que los cruzados y los bizantinos se odiaban mutuamente. A los bizantinos les parecían los occidentales groseros e insolentes, y se quejaban de que los saquearan; los cruzados acusaban a los bizantinos de querer envenenarles o hacerles traición, y les llamaban cobardes y embusteros. Se reprochaban mutuamente su religión, no pudiendo existir un acuerdo entre los cristianos griegos y los católicos. El emperador quería utilizar a los occidentales para destruir a los turcos y reconquistar el Asia. Los señores occidentales aspiraban a ser soberanos de Oriente y eludían la obediencia al emperador bizantino.

Los cruzados en Asia Menor.

El emperador, a quien urgía desembarazarse de los cruzados, les obligó a atravesar el Bósforo. Fueron a sitiar a Nicea con un cuerpo de tropas bizantinas y destruyeron el ejército del sultán (Junio 1097). Iba a rendirse la ciudad, cuando los bizantinos trataron secretamente con los sitiados, se introdujeron en la plaza y cerraron las puertas delante de los cruzados.

El ejército se internó entonces en el Asia Menor. Los jinetes turcos empezaron por hostigarlo; pero cuando quisieron atacarles de frente en la llanura de Dorylea fueron derrotados por los caballeros cristianos. Los cruzados tuvieron que atravesar después una llanura desierta y abrasadora, sin agua y sin víveres. En una sola parada murieron de sed 500 cristianos; perecieron casi todos los caballos, y hubo que cargar

los bagajes en carneros y perros. Algunos caballeros se vieron reducidos a cabalgar en bueyes o en asnos. No obstante, aquella multitud avanzaba sostenida por el fervor religioso. «No nos entendíamos unos a otros — dice un caballero francés—; pero éramos como hermanos unidos por el afecto, cual convenía entre peregrinos.» Llegados por fin a las montañas de Cilicia, encontraron a los armenios, hermanos en religión, que les proporcionaron auxilios.

Toma de Edesa.

Los caballeros cruzados querían ante todo llegar al Santo Sepulcro a fin de cumplir su voto, mientras que los señores deseaban aprovechar sus fuerzas para crearse señoríos en Oriente. Tancredo, sobrino de Boemundo, trató de instalarse en Tarsis, en la costa de Cilicia. Balduino, hermano de Godofredo de Bouillón, armó contienda con él, le echó de Tarsis, y después, separándose del ejército, se internó al SE., en la región del Eufrates, guiado por unos armenios. Llegó a Edesa, en donde reinaba Thoros, príncipe de aquella nación, que le nombró sucesor suyo. Balduino, que quería reinar en seguida, obligó a Thoros a abdicar, y fundó el condado de Edesa (1098).

Toma de Antioquía.

Antioquía, interpuesta en el camino de los cruzados, era una rica ciudad comercial, a una jornada del mar, en el valle del Orontes, y en la pendiente de una montaña escarpada. Tenía 360 iglesias; su muralla, coronada por 450 torres, era tan ancha, que un carro de cuatro caballos podía circular por encima de ella. El emir de Antioquía la defendía con un ejército disciplinado.

Los cruzados acamparon en la llanura. Llegaron las lluvias, se agotaron las provisiones y el hambre y las enfermedades asolaron el campamento. Para tomar una ciudad tan fuerte se necesitaban máquinas de sitio, y los caballeros no eran capaces de construirlas. Al saber las victorias de los cruzados acudieron marinos cristianos de Italia, peregrinos, piratas y aventureros, que fueron a anclar en la costa de Siria. Boemundo logró que se unieran a los cruzados y que construyesen una torre de sitio. Los armenios de Cilicia proporcionaron víveres.

El asedio duraba más de un año, EL emir de Antioquía había obtenido la alianza del sultán seldyucida Barkyarok, que le mandó para auxiliarle a Kerbogha, emir de Mosul, con un ejército de 200.000 hombres, formado con los contingentes de todos los príncipes musulmanes. Si los cruzados les dejaban llegar, estaban perdidos. Un renegado armenio, que mandaba una de las torres de Antioquía, deseando vengarse de antiguos resentimientos con el emir, ofreció a Boemundo, a quien creía jefe de

los cruzados, entregarle la torre. Boemundo reunió a los otros señores, para proponerles que les facilitaría la entrada en la ciudad, siempre que después le fuese entregada. Los señores empezaron por negarse, alegando el juramento hecho al emperador, pero la aproximación del ejército turco los determinó a ceder. Durante la noche del 2 de Junio de 1098, Boemundo llevó sigilosamente a su tropa por las montañas hasta el pie de la torre mandada por el armenio. Al amanecer aplicó las escalas, y subió al asalto. Los cruzados atacaron por la parte de la llanura, invadieron las calles, mataron a los musulmanes y saquearon las casas.

Tres días después, el ejército de Kerbogha fué a sitiar a Antioquía. Los cruzados habían derrochado los víveres que quedaban. Tal fue el hambre, que tuvieron que comer yerbas, cortezas de árboles y correas. Muchos descendieron de noche con cuerdas, deslizándose a lo largo de las murallas, para intentar la huida a través de los montes. Esteban, conde de Blois, regresó a Francia, a pesar de su voto.

Entre aquella muchedumbre de hambrientos y desesperados, la exaltación del ayuno y de la oración tenía que producir visiones. Pedro Bartolomeo, sacerdote provenzal, se presentó al conde de Tolosa para decirle que se le había aparecido San Andrés, y le había mostrado en la iglesia de San Pedro la Santa Lanza con que había sido herido el costado de Cristo. Esta reliquia debía dar la victoria a los cristianos. El conde mandó hacer excavaciones en la iglesia, trabajando doce obreros durante todo un día. Al anoecer, Bartolomeo encontró una lanza cerca de los peldaños del altar. Los provenzales no dudaron que fuera la Santa Lanza, pero los normandos creyeron que Bartolomeo la había enterrado en aquel sitio. Bartolomeo ofreció demostrar la verdad por medio del juicio de Dios; atravesó una hoguera con la lanza en la mano; salió de entre las llamas, pero murió poco después. Sus partidarios declararon que se había quemado, por haber dudado un momento. La Santa Lanza siguió siendo una reliquia venerada.

Los señores, ante la inminencia del peligro, decidieron nombrar un general en jefe, sólo para quince días, y eligieron a Boemundo. Por primera vez había quien tuviera derecho a mandar. Como varios grupos se negaban a combatir, Boemundo mandó prender fuego a sus viviendas. Envío emisarios a Kerbogha, para proponerle que se retirara; pero el emir respondió que los cristianos eran los que habían de elegir entre la conversión y la muerte. Los cruzados salieron entonces de la ciudad, pasaron el puente del Orontes y se formaron en batalla. Kerbogha los dejó hacer. Su ejército se componía de tropas de varios príncipes musulmanes que estaban en desacuerdo. Este ejército se desbandó desde el primer choque. Los cristianos saquearon el campamento abandonado (Junio de 1098).

Aquella guerra fué feroz. Dice el capellán del conde de Tolosa en uno de sus relatos, que «a las mujeres que encontraron en el campamento, no se les hizo más daño que clavarles las espadas en el vientre». Se había unido al ejército una cuadrilla de merodeadores, a las órdenes de un vagabundo llamado «el rey de los mendigos» (rey Tafur). Su verdadero jefe era Pedro el Ermitaño, salvado de la destrucción de su ejército de campesinos, y convertido en héroe de las canciones populares, en una especie de profeta, encargado por el mismo Cristo de guiar la Cruzada. La Canción de Antioquía cuenta cómo dijo a sus hombres, que se quejaban de hambre: «¿No tenéis ahí turcos muertos? Es una comida excelente»; y que los hombres de Tafur habían asado los cadáveres de los infieles, y se los habían comido. El autor añade esta observación: «Preferían la carne de turco al pavo con pimienta.»

Discordias entre los cruzados.

Los cruzados pasaron bastantes meses descansando en Antioquía. Una epidemia hizo grandes estragos en ellos, pereciendo, entre otros muchos, Adhemar, legado del papa (1.º de Agosto). Era quien había sostenido la paz entre los señores. Después de su muerte, las contiendas se convirtieron en guerras. La hostilidad estalló principalmente entre normandos y provenzales. Boemundo, apoyado por los normandos, aspiraba a quedarse con Antioquía, mientras que Raimundo, contando con los provenzales, quería que se le diera al emperador griego, que acababa de reconquistar el Asia Menor. Raimundo se negaba a marchar, si Boemundo se quedaba en Antioquía. Los caballeros, impacientes por llegar a Jerusalén, amenazaron con destruir la ciudad que ocasionaba tanta disputa.

Raimundo salió al fin a últimos de Noviembre de 1098, y quiso indemnizarse sitiando a Marra, población fortificada del interior de Siria; pero se unió a él Boemundo, y cuando se tomó la ciudad, la ocuparon a un tiempo normandos y provenzales. La contienda duró entonces semanas enteras. Los provenzales, exasperados, incendiaron la plaza; mientras Boemundo expulsaba de Antioquía a los caballeros provenzales que allí había dejado Raimundo. Éste volvió entonces a la costa, y empezó la conquista de Trípoli, en cuyo país permanecieron los cruzados desde Febrero hasta Mayo de 1099. Por último, como Raimundo se negara a marchar, esperando la llegada del emperador Alejo, los cruzados prendieron fuego a sus tiendas, y salieron desordenadamente en demanda de Jerusalén.

Toma de Jerusalén.

El califa fatimita del Cairo, aprovechándose de los apuros de los seldyucidas, acababa de arrebatárles Jerusalén (1098), y propuso a los cruzados que fueran allá

en peregrinación, pero en grupos pequeños y sin armas. Los cruzados pensaron aliarse con los fatimitas contra los seldyucidas; pero no querían dejar el Santo Sepulcro en poder de los musulmanes. Avanzaron a la largo de la costa, sin acercarse a poblado, y luego torcieron hacia Jerusalén. Apenas ascendían a 25.000 guerreros.

Al aproximarse a la ciudad santa se desbandaron, corrieron en tropel hasta las alturas, donde se divisaban los muros, y se prosternaron con los brazos en cruz, según se acostumbraba en aquella época, para dar gracias a Dios por haberlos llevado hasta allí. Pero como la ciudad estaba rodeada de fuertes murallas, los cruzados no las pudieron escalar. Se vieron precisados a poner sitio en toda regla.

En la desolada región que rodea a Jerusalén, no encontraron ni víveres ni madera para construir máquinas. El torrente Cedrón estaba seco, las cisternas cegadas; no había más que charcos de agua corrompida, bajo un cielo abrasador. Unas galeras genovesas que acababan de desembarcar en Jaffa les proporcionaron víveres e instrumentos. Derribaron árboles, que fueron a buscar a muchas leguas de allí, y construyeron dos torres de madera y escalas. Antes de dar el asalto, hicieron una procesión alrededor de la ciudad descalzos y con armas, para obedecer al legado Adhemar, que se había aparecido en sueños a un sacerdote. El asalto duró día y medio. Algunas vigas, echadas desde lo alto de las torres de sitio, sirvieron de puente para llegar a la muralla. Pasaron por ellas primeramente dos caballeros flamencos, y después Godofredo de Bouillón y su hermano. Al poco tiempo entraban los normandos por una brecha abierta en otro sitio. Los cruzados mataron a cuantos cogieron por delante. En la mezquita de Ornar, donde se habían refugiado los musulmanes, «la sangre llegaba hasta las rodillas de un jinete.» Hubo un descanso mientras fueron descalzos a rezar ante el Santo Sepulcro. Después se reanudó la matanza y el saqueo (15 de Julio de 1099).

¿Qué harían de Jerusalén? Los eclesiásticos deseaban que se diera la soberanía al patriarca, mientras que los caballeros la pedían para uno de los suyos. Por fin fue elegido Godofredo de Bouillón, que tomó el título de procurador (defensor) del Santo Sepulcro.

Apenas ocurrido esto, llegó desde la ciudad marítima de Ascalón un ejército de 20.000 musulmanes, procedente de Egipto. Aquella precipitación salvó a los cristianos, pues no habían tenido tiempo de salir de la ciudad, y allí estaban reunidos todos sus ejércitos. Godofredo los guió contra los musulmanes, a quienes derrotó el 12 de Agosto. No quiso apoderarse de Ascalón temiendo que Raimundo se quedara con ella. Más tarde se dijo que Godofredo había sido elegido por aclamación rey de Jerusalén, pero que no había aceptado por no querer llevar una corona de oro allí

donde el rey de los reyes la había llevado de espinas. Esta frase la pronunció el conde de Tolosa o Balduino.

III.—Los principados francos de Oriente.

El reino de Jerusalén.

La Cruzada había durado tres años. Su resultado fue instalar a los señores cristianos en cuatro sitios de Asia: Balduino, en Edesa; Boemundo, en Antioquía; Raimundo, en el territorio de Trípoli, y Godofredo, en Jerusalén. Aquéllos no eran todavía Estados. Los cristianos sólo ocupaban algunas plazas fuertes, pero cada una de ellas había de ser un centro de conquistas.

El «reino de Jerusalón» fue al principio el más pobre de todos los Estados. Los cruzados, cumplido su voto, habían regresado a sus tierras, y únicamente quedaron con Godofredo de Bouillón 200 caballeros. En Junio de 1100 llegaron a Jaffa unos navios venecianos. El «Defensor del Santo Sepulcro» reclamó su auxilio, y los venecianos accedieron a ayudarle durante dos meses, siempre que les cediera los dos tercios de las ciudades que se conquistaran. Godofredo murió en 1100. Su hermano Balduino salió de Edesa, y fué a tomar posesión de Jerusalén con 200 caballeros y la gente de a pie absolutamente precisa para ocupar las cuatro ciudades que formaban entonces todo el reino: Jerusalón, Ramla, Caifés y Jaffa.

Jaffa era el único puerto que lo ponía en comunicación con Europa. Un peregrino que fue por allí en 1102, dice que el camino de Jaffa a Jerusalón estaba todavía infestado de jinetes sarracenos, lleno de cadáveres que no habían podido ser enterrados y sembrado de ruinas de pueblos. «No habría habido salvación para nosotros — dice el capellán de Balduino—si los musulmanes nos hubiesen atacado; pero Dios no lo permitió.» El reino era tan pobre, que fué preciso suprimir parte de los obispados antiguos; de modo que bajo el mando de los príncipes cristianos hubo menos obispos que en tiempo de los musulmanes.

El verdadero fundador del reino de Jerusalén fue Balduino (1100-1118). Rechazó definitivamente a los ejércitos egipcios, y mediante la ayuda de los mercaderes de Venecia y de Genova, conquistó una tras una todas las poblaciones de la costa: Arsuf, Cesárea, San Juan de Acre o Ptloemaida, Sidón y Beirut. Tiro fue tomada en 1154 y Ascalón en 1153. Entonces quedó completo el reino de Jerusalén, que abarcaba la costa desde Ascalón hasta Beirut, toda la antigua Fenicia y un trozo de Palestina.

Fundación de los principados de Siria.

Al principio sólo habían permanecido en Siria los normandos de Boemundo; dueño de Antioquía Boemundo, queriendo acrecentar sus dominios, había sitiado a Alepo, pero llamado por un príncipe armenio, se dejó llevar hacia el Asia Menor, y le sorprendió un cuerpo de jinetes turcomanos, que le hizo prisionero (1100). Tancredo, después de intentar inútilmente que se le proclamara príncipe de Jerusalón, volvió para defender a Antioquía, atacada por los turcos, y la libertó en 1101.

Entonces llegaba a Oriente una nueva cruzada, que se había formado al saberse las victorias contra los infieles. Se componía de cristianos de todos los países: iban en ella 50.000 italianos del Norte con el arzobispo de Milán, el duque de Aquitania con otros 50.000 hombres, los condes de Borgoña, Blois y Nevers, los obispos de Laon, Soissons y París, el duque de Baviera, el arzobispo de Salzburgo y el margrave de Austria. Acompañaban a la expedición muchas mujeres.

Los lombardos fueron los primeros en llegar a Constantinopla (Marzo 1101). El emperador quiso enviarlos a Asia, pero ellos se resistieron; atacaron un convento fortificado de los arrabales; y en la primavera se les unieron los franceses y los alemanes que habían descendido por el Danubio y luchado en Bulgaria con los guerreros pechenegos del emperador. Los cruzados se dividieron en tres ejércitos.

El primero, que se calcula en 260.000 hombres, compuesto en su mayoría de lombardos y de franceses, salió en Junio con Raimundo de Tolosa y un cuerpo de soldados bizantinos. Iba al Asia Menor para libertar a Boemundo y atacar a Bagdad; llegó delante de Ancira, tomó la ciudad, la entregó a los bizantinos y después siguió la corriente del Halis, teniendo que atravesar una región que los musulmanes habían asolado. Hambrientos, rendidos y desorganizados, ya no estaban los cruzados en condiciones de resistir al ejército musulmán cuando éste los atacó a orillas del Halis. Al terminar el segundo día de combate se desbandaron y huyeron desordenadamente hacia el Mar Negro. Los jinetes llegaron hasta Sínope, donde se embarcaron para Constantinopla. La gente de a pie, los sacerdotes y las mujeres fueron muertos o hechos prisioneros.

El segundo ejército, mandado por el conde de Nevers, salió a las pocas semanas para alcanzar a los lombardos, y no encontrándolos en Ancira torció hacia el Sur para internarse en Siria; pero hostigado por el enemigo y atormentado por la sed, fue dispersado y destruido al pie del Tauro.

El tercer ejército de 100.000 aquitanos y alemanes, se embarcó para el Asia Menor, lleno de desconfianza contra el emperador bizantino, al cual se acusaba de querer hacer traición a los cruzados, entregándolos a los turcos. Millares de ellos se negaron a pasar al Asia Menor; unos se embarcaron para Siria y otros regresaron a su país. Los demás siguieron el camino de la primera Cruzada. A fines de Agosto, extenuados de sed y de cansancio, tropezaron cerca de Heráclea con un ejército musulmán, huyeron sin resistirle y fueron degollados casi todos. Guillermo de Aquitania y Giielfo de Baviera, lograron salvarse. El arzobispo de Salzburgo pereció; la margravina Ida y muchas damas nobles desaparecieron. Según una leyenda, Ida cayó en poder de un emir turco y fue madre del famoso Imad-ed-Din Zenki.

Así abortó la gran cruzada de 1101. Tres grandes ejércitos habían quedado aniquilados; sus restos se refugiaron en Antioquía. Entre ellos iba Raimundo de Tolosa, a quien Tancredo mandó prender, no soltándole hasta después de hacerle jurar que no ocuparía ninguna ciudad entre Antioquía y San Juan de Acre. Raimundo, auxiliado por una escuadrilla genovesa, fue a apoderarse de Tortosa, y entonces empezó el nuevo principado de los provenzales, que se extendió por el Sur. Raimundo se había instalado en Trípoli, construyendo una fortaleza delante de la ciudad.

Los normandos continuaban sin su jefe Boemundo, prisionero de los turcos; Tancredo no se preocupaba de libertar a su tío, prefiriendo gobernar en su puesto. Un príncipe armenio pagó el rescate de Boemundo (1108) que, en cuanto se vio libre, se alió con los armenios, con Balduino de Edesa y con su vasallo el caballero Jocelín de Courtenay, que ocupaba desde 1101 los castillos del Oeste del Eufrates. Se trataba de emprender una gran expedición contra la ciudad de Harrán, que dominaba el camino de Mesopotamia a Siria, para aislar de este modo a los musulmanes de Siria. En socorro de Harrán acudieron los príncipes musulmanes con 10.000 hombres. Los cristianos los derrotaron, pero los jinetes de Edesa se arriesgaron demasiado lejos en la persecución y fueron capturados o dispersos.

Los demás, atacados en su retirada y sorprendidos por una salida de la guarnición de Harrán, se desbandaron. Esta batalla acabó con el dominio de los normandos en Oriente. Los musulmanes sitiaron a Edesa y volvieron a apoderarse de los alrededores de Antioquía. Los bizantinos ocuparon las ciudades de Cilicia. Raimundo de Tolosa proseguía sus conquistas.

Boemundo marchó a Europa para buscar refuerzos (1104). Al cabo de tres años logró reunir un ejército de 35.000 hombres, que embarcó en Brindisi, ocupando 230

naves (1107); pero en vez de llevarlo a Siria, se empeñó en conquistar el imperio griego. Sitió a Durazzo, destruyó sus naves para construir máquinas de sitio, pero la escuadra bizantina interceptó sus comunicaciones, y forzado por el hambre tuvo que pedir la paz (1108), declarándose vasallo de Alejo, que le dejó a Antioquía como feudo vitalicio. Regresó a Italia y falleció en 1111.

Balduino de Edesa y Jocelín, prisioneros de los musulmanes, fueron rescatados por uno de los dos emires que se disputaban a Mosul, bajo condición de que le ayudasen contra su rival. Cuando quisieron volver a sus ciudades, Tancredo, que las había ocupado, se negó a devolvérselas, aliándose para resistírseles con Ridhvan, emir de Alepo.

En 1108 se dió el espectáculo de una guerra en que el cruzado Tancredo, aliado de un infiel, combatía con los cruzados Balduino y Jocelín, aliados de los armenios y de un musulmán⁴.

Al morir Boemundo, el emperador bizantino intimó a Tancredo la devolución de Antioquía Tancredo se negó. Alejo buscó entonces contra los normandos la alianza de los provenzales y del rey de Jerusalén; pero en aquellos momentos tuvo que acudir al Asia Menor para defenderse contra el nuevo sultán de Iconium, que había reanudado la guerra y asolaba a Frigia llegando hasta cerca del Helesponto. El principado de Antioquía siguió siendo Estado independiente, bajo el poder de los príncipes normandos.

Raimundo de Tolosa, fallecido en 1105, fue sustituido por su hijo Beltrán, que llegó con un ejército de provenzales en 1109. Tomó a Trípoli y prestó juramento como conde de Trípoli al rey de Jerusalén.

Organización de la conquista.

Los cristianos disponían de cuatro principados independientes: el reino de Jerusalén, el principado de Antioquía y los condados de Edesa y de Trípoli, cada cual con su soberano y frecuentemente en guerra entre sí. El rey de Jerusalén consiguió a veces el homenaje de los demás príncipes; pero fuera de su reino nunca tuvo más que una especie de preeminencia moral, sin autoridad alguna.

⁴ Por aquella época aparecieron en Siria los famosos «asesinos» de la secta de los ismaelianos. Su jefe, llamado por los cristianos el «Viejo de la Montaña», y por los musulmanes el «Príncipe de la Montaña», poseía algunas fortalezas en las montañas, entre Apamea y Tortosa. Sinan, que fué el más conocido de aquellos jefes ismaelianos, figuró mucho a fines del siglo XII, no por la importancia de su territorio, que siempre fue muy reducido, sino por el temor que inspiraban sus «asesinos» a los príncipes cristianos y musulmanes, a muchos de los cuales mandó matar.

Habían encontrado habitado el país por cristianos que descendían de la antigua población griega y conservaban su religión y sus leyes toleradas por los musulmanes, siempre que pagaran los impuestos. Estos indígenas tenían todavía sus patriarcas y sus obispos, pero a fuer de cristianos griegos, no reconocían la autoridad del papa, y, despreciados por cismáticos, siguieron formando, como artesanos y campesinos, el fondo de la población. Los católicos llegados de Occidente constituyeron las clases superiores y conservaron todo el poder. Siempre fueron poco numerosos, pues la mayor parte de los cruzados, en cuanto cumplían el voto, regresaban a sus tierras. Sólo permanecían en Oriente los que habían ido en busca de fortuna: guerreros que se instalaban como señores y comerciantes que se establecían como burgueses.

Los caballeros eran casi todos franceses; todas las familias principescas de Siria tuvieron origen francés, siendo este idioma el de todos los occidentales de Levante. Casi todos los mercaderes eran italianos. Venecia, Génova y Pisa, con el apoyo de sus flotas de guerra, comerciaban entonces en Oriente, y en cuanto supieron el triunfo de los cruzados, enviaron escuadrillas a los puertos de Siria para recoger su parte en la conquista. Los italianos ayudaban a los príncipes a apoderarse de las plazas, pero se hacían pagar muy bien; en cada ciudad conquistada recibían en propiedad un barrio (a veces la tercera parte de la población), un mercado, una iglesia, un baño, un horno, un muelle, un almacén y el derecho a desembarcar y vender sus mercaderías sin pagar impuesto. En aquel barrio era soberano el gobierno de la metrópoli italiana, la cual enviaba a un gobernador que tenía allí su palacio. Venecia dominaba en las poblaciones del reino de Jerusalén, y Génova en las del condado de Trípoli y del principado de Antioquía. Pisa tenía menos factorías que sus dos rivales. Marsella poseía en Jerusalén un barrio aparte.

El país estaba siempre amenazado; la caballería musulmana realizaba algaradas por los campos casi todos los años. Los cristianos, poco numerosos para poblar el país, se habían instalado en las plazas fuertes de la costa o en los castillos que dominaban las montañas escarpadas del interior, hasta los límites del desierto, más allá del Jordán⁵.

Los burgueses de las ciudades se enriquecían con el comercio; recibían los productos de la India, sedas, especias, almizcle, áloe, alcanfor, marfil y perlas, que les traían los musulmanes, y las revendían a los mercaderes, de Italia, de Marsella y de Barcelona. Comerciaban también con los productos naturales de Siria,

⁵ Todavía quedan ruinas de algunos de estos castillos.

naranjas, higos, almendras, azúcar, vino y aceite, y objetos fabricados en el país, como tejidos de seda de Trípoli y cristalerías de Tiro.

Los caballeros de los castillos eran propietarios de la campiña. Se hacían pagar impuestos por los campesinos sirios y saqueaban las caravanas de los musulmanes. Lo mismo en Oriente que en Occidente, la guerra era un comercio lucrativo. Los caballeros hacían excursiones de pillaje a las comarcas musulmanas, saqueaban los pueblos, apresaban a los habitantes y los obligaban a pagar rescate. Al principio se decapitaba a los prisioneros después de las batallas, pero no se tardó en introducir por ambas partes la costumbre de hacerles pagar su libertad. Cuenta Usama que un señor francés, apresado en 1119 por los musulmanes, ofreció por su rescate 10.000 monedas de oro. El emir dispuso: «Llévdselo al atabek, que acaso le saque más por medio del terror». El atabek estaba bebiendo en su tienda; cuando vio llegar al preso, se ciñó el traje, blandió la cimitarra y, arrojándose sobre el cristiano, le cortó la cabeza. El emir reconvino al atabek: «No tenemos ni una sola moneda de oro para pagar a los turcomanos; un prisionero nos ofrece por su rescate 10.000; te lo mando para que le saques más, ¿y tú lo matas?»

Los orientales llamaban francos a estos extranjeros, según acostumbraban en tiempos de Carlomagno, cuando formaban parte del Imperio franco todos los cristianos de Occidente. Aun subsiste en Constantinopla y en Levante, donde se llama francos a todos los europeos.

Es un error traducir franco por francés; aunque los franceses tomaran parte principal en la Cruzada, los musulmanes no sabían diferenciarlos bien de los demás cristianos.

Tribunales de Jerusalén.

Ni los caballeros ni la burguesía establecidos en Oriente se convirtieron en orientales; conservaban sus costumbres y sus leyes.

Los señores que habían conquistado el país tomaron los títulos de reyes, príncipes y condes; los caballeros que los ayudaron se convirtieron en barones o sires (algunos, en condes).

Conquistado un país, el príncipe lo dividía en grandes dominios para distribuirlos en feudo entre sus caballeros, a condición de que le ayudasen en la guerra. De este modo se transportó a Siria el régimen feudal. Hubo señores de Tiberiades, de Jaffa, etc., y hasta se organizó este feudalismo con más regularidad que en ningún país de

Europa. El rey de Jerusalén era «jefe señor» (soberano feudal), y sólo como a tal se le obedecía. Todos los dominios eran feudos y todos los caballeros vasallos.

En Siria, como en Europa, no había ley escrita que regulara los deberes del príncipe ni de los caballeros. Las Assises, reuniones de caballeros que fallaban las causas, seguían las costumbres feudales. A fines del siglo XII, unos particulares idearon poner por escrito las prácticas que se seguían en los tribunales del reino de Jerusalén, la recopilación de estas costumbres tomó el nombre de Assises de Jerusalén.

Como había dos especies de tribunales, la colección constó de dos partes. Las Assises de los caballeros, o sean las costumbres del tribunal de los señores, basadas en el derecho feudal, y las Assises de la burguesía, costumbres de los tribunales burgueses, que consistían en una combinación de los usos que en materia de comercio se seguían en las ciudades de la Europa meridional. En el siglo XIII se dio fuerza obligatoria a esta recopilación. Las Assises constituyeron la ley del reino de Chipre hasta su fin.

Se ha creído durante mucho tiempo que estas colecciones reproducían leyes más antiguas, llamadas Cartas del Santo Sepulcro. Afirmábase que se habían redactado por orden de Godofredo de Bouillón inmediatamente después de tomar a Jerusalén, siendo destruidas en 1187, cuando se perdió la ciudad. Esta tradición, inventada mucho después, no tenía otro objeto que hacer más respetable la autoridad de las Assises.

Hubo también Assises en Antioquía, y de ellas se ha conservado un fragmento en una traducción armenia.

Las Ordenes militares.

Los peregrinos llegaban a Tierra Santa extenuados por el viaje; muchos caían enfermos, y quedaban abandonados. Cuando la toma de Jerusalén (1099), varios caritativos señores franceses se reunieron con objeto de fundar un hospital destinado a recoger peregrinos. Fundaron una congregación religiosa, cuyos individuos habían de consagrarse a asistir a los pobres y a los enfermos, a no alimentarse más que de pan y agua, y a no vestir más que ropa burda, «como sus señores los pobres». Vivían de limosnas que sus demandaderos iban a recoger por todos los países cristianos, y que se depositaban en la sala de los enfermos; su hospital se llamaba «Hospital de San Juan», o «Casa de los pobres del hospital de Jerusalén». Más adelante cambió de carácter; había también hermanos sirvientes; es decir, enfermeros. El hospital albergó hasta 2.000 enfermos y repartió limosnas

diariamente. Cuéntase que el sultán Saladino se disfrazó de pobre para poner a prueba la caridad de los Hospitalarios. La orden conservó su nombre de Hospitalarios de San Juan y su sello, que representa un enfermo tendido con una lámpara a los pies y un crucifijo a la cabecera; pero los caballeros que ingresaron en ella constituyeron una congregación de guerreros obligada a combatir a los infieles. No se admitía más que a los nobles o a los bastardos de príncipes, y se exigía para el ingreso el equipo completo o pagar una indemnización de 2.000 sueldos torneses al arsenal de la orden. Los príncipes de Siria permitieron a los Hospitalarios que edificaran sus castillos en el campo y casas fortificadas en las ciudades.

Sus principales plazas hallábanse en Antioquía y en Trípoli, alrededor del lago de Tiberiades y en la frontera de Egipto. Su castillo de Markab, construido en 1186, ocupaba toda la cima de una meseta de flancos abruptos; en su recinto había una iglesia y un pueblo; albergaba una guarnición de 1.000 hombres, con provisiones para cinco años. El obispo de Valencia estuvo refugiado allí. Los hospitalarios, que tuvieron posesiones en todos los países de Europa, llegaron a poseer en el siglo XII hasta 19.000 moradas; en cada una instalaban a varios caballeros con un comendador. Muchos pueblos llamados San Juan, son antiguas encomiendas de los hospitalarios.

Antes de que el Hospital se transformara, varios caballeros, cansados de asistir a enfermos, buscaron una tarea más conforme con sus aficiones. En 1123, ocho caballeros franceses formaron una congregación para escoltar a los peregrinos por el camino de Jerusalén y defenderlos contra los infieles. Nombraron gran maestre de la orden a Hugo de Payens; el rey Balduino les dió una parte de su palacio, llamada el Templo, edificado en el mismo sitio en que estuvo el Templo de Salomón; los caballeros tomaron el título de «pobres hermanos del Templo de Jerusalén» o Templarios. San Bernardo les protegió, ayudándoles a redactar su regla, que en parte fué copiada de la de los monjes del Cister, y se aprobó en el concilio de Troyes (1128). Constituyéronla tres clases de miembros que habían pronunciado los votos de castidad, obediencia y pobreza. Los caballeros eran nobles y los únicos que podían mandar en el convento y ejercer dignidad. Los sargentos eran burgueses ricos que habían dado sus bienes a la orden y servían de escuderos o intendentes, llevando las cuentas. El comendador de la costa, que vigilaba los embarques y desembarques, era un sargento. Los clérigos servían como capellanes. Los papas, muy propicios a los Templarios, les autorizaron para tener capillas y cementerios y elegir los clérigos encargados del servicio religioso en sus conventos. Se les concedió que todos los clérigos al servicio de la orden no tuvieran que obedecer al obispo, sino al gran maestre de los Templarios (Bula de 1162). El Templo llegó a ser una iglesia independiente dentro de la Iglesia, y sólo sometida

al papa. Los príncipes, sobre todo los de Francia, llenos de admiración hacia aquellos caballeros que se consagraban a una cruzada perpetua, les hicieron inmensos donativos. Los Templarios llegaron a poseer 10.000 moradas en Europa, una escuadra, bancos y un tesoro, que les permitió ofrecer 100.000 monedas de oro para comprar la isla de Chipre.

Los Hospitalarios y los Templarios eran ordenes francesas. Cuando los alemanes fueron más numerosos en Tierra Santa, necesitaron un hospital donde se hablase su idioma. Había en Jerusalén una casa para los peregrinos alemanes, pero dependía del Hospital. Durante el sitio de San Juan de Acre (1189), algunos alemanes habían recogido a sus enfermos en un buque varado. Los príncipes alemanes les dieron medios de fundar un hospital, que se organizó en 1197, tomando como modelo el de San Juan. Sus miembros eran caballeros alemanes, que se comprometían a la vez a asistir a los enfermos y a combatir a los infieles. Se llamaron «Hermanos de la casa alemana»; pero se les ha dado el nombre de Caballeros de la Orden Teutónica. Durante la permanencia del emperador Federico II, adquirieron dominios y edificaron cerca de San Juan de Acre el castillo de Montfort, que fué la residencia de su orden hasta 1271.

Estas tres órdenes eran congregaciones religiosas que pronunciaban los tres votos ordinarios de pobreza, castidad y obediencia. Estaban organizadas como las de Cluny o del Cister. El Capitulo general, asamblea de dignatarios y de jefes de los conventos reunidos en la casa matriz, gobernaba a toda la orden. Los conventos eran dependencias administradas por cuenta suya; pero estos religiosos eran al mismo tiempo caballeros, y su misión era la guerra; sólo los nobles eran admitidos.

Sus jefes solían ser grandes señores. El jefe de la orden no se llamaba abad, sino gran maestre; el jefe de un convento se llamaba comendador, en vez de prior. Su traje ora mitad religioso y mitad militar; llevaban la armadura de caballero cubierta con un manto. Los Hospitalarios usaban la cruz blanca sobre manto negro; los Templarios manto blanco y cruz roja; los teutónicos manto blanco y cruz negra.

Cada orden, con su tesoro, sus dominios, sus fortalezas y sus guerreros, era como un Estado en pequeño.

IV.—Las Cruzadas del siglo XII

La segunda cruzada.

Una expedición había bastado para crear los Estados cristianos de Siria, pero no se hallaban consolidados. Los musulmanes expulsados de la costa eran todavía

dueños del interior; los cristianos disponían de un número muy escaso de combatientes y necesitaban recibir refuerzos de Europa. Por eso siguieron varias cruzadas a la primera. En Francia hay la costumbre de contar ocho cruzadas, omitiendo arbitrariamente las de 1101, 1172, 1179, 1197, 1239 y 1240. Los números de orden dados a las Cruzadas son completamente convencionales, pero seguiremos usándolos puesto que están consagrados por el uso.

Durante la primera mitad del siglo XII, los cruzados fueron a Oriente en pequeños grupos y ayudaron a los príncipes francos a completar la conquista; pero pronto se les presentó un adversario peligroso. Imad-ed-Din-Zenki, atabek de Mosul, después de haber sometido varios principados musulmanes de Siria, resolvió destruir los Estados cristianos; atacó primeramente al condado de Edesa, el más próximo a los musulmanes; los turcos se presentaron frente a la ciudad y minaron los muros, formando galerías que sostenían con armazones de madera. Luego las prendieron fuego, y cuando la muralla se desplomó, entraron por la brecha y mataron a los habitantes (1144). Los demás Estados cristianos no habían tenido tiempo de acudir en socorro de Edesa.

Este desastre consternó a los cristianos. San Bernardo, venerado en todo el Occidente, se propuso reunir un gran ejército dirigido por el clero. Luis VII, de Francia, acababa de hacer el voto de cruzarse para expiar el crimen cometido en 1143, cuando al tomar Vitry al conde de Champaña, quemó una iglesia en que estaban encerradas unas mil personas. Había reunido en Bourges a los barones y a los prelados pero no llegaron a ponerse de acuerdo cerca de la cruzada. Suger disuadía al rey de semejante aventura y se llamó entonces a San Bernardo, el cual aconsejó que se atuvieran a la decisión del papa. Eugenio III respondió alabando la valentía de los franceses, invitándoles a vengar al Señor en sus enemigos, y prometiendo la remisión de las penitencias y la protección de la Iglesia a todo el que tomase la cruz. Confió á San Bernardo la misión de predicar la cruzada. Al efecto, en Pascua de 1146, convocó una asamblea en Becelay (Borgoña). Se levantó una tribuna en medio del campo; San Bernardo subió allí con el rey, que ya llevaba la cruz; leyó la carta del papa y pronunció un sermón exhortando a los fieles para que socorrieran a sus hermanos. La muchedumbre, como había sucedido en Clermont, prorrumpió en aclamaciones, y se acercó en tropel a la tribuna para pedir la cruz. San Bernardo, que no tenía preparadas suficiente número, tuvo que desgarrar sus vestiduras para cortar nuevas cruces. La reina Leonor quiso tomar la cruz y varias damas de la corte la imitaron. San Bernardo, después de predicar en varias comarcas de Francia, se trasladó a Alemania, siendo recibido en todas partes como un santo. Asistió a la asamblea de Espira reunida en la Navidad de 1146; Conrado III, rey de Germania, no quería marchar, pues antes, según declaró, tenía que oír el consejo de sus príncipes. Asistió al oficio de la misa en la catedral; San

Bernardo solicitó permiso para predicar y habló de los peligros de la Iglesia y de los méritos de los cruzados; luego, interpelando a Conrado, le preguntó qué respondería a Cristo el día del Juicio final. Conrado, conmovido y lloroso tomó, en medio de las aclamaciones del pueblo, la cruz que le presentaba San Bernardo. Éste llamaba a tal escena «el milagro de los milagros». La dieta de Ratisbona (Febrero de 1147) acrecentó el número de cruzados. Hubo, pues, dos ejércitos: el de Francia y el de Alemania. Cada uno llevaba a la cabeza al rey y a un legado del papa; cada uno se componía aproximadamente de 70.000 caballeros, acompañados de una enorme muchedumbre de gente de a pie. Los griegos los calcularon en 900.000, cifra indudablemente exagerada. Ambos ejércitos emprendieron el camino de la primera Cruzada: las regiones del Danubio y de Tracia.

Los alemanes, que salieron en Junio de 1147, asolaron los valles de Tracia y saquearon los arrabales de Constantinopla. Tenían tanta prisa por batirse, que quisieron atravesar el Asia Menor por Nicea e Iconium, el camino más corto. Sin embargo, aquellas masas indisciplinadas avanzaban muy lentamente. Los jinetes turcos evolucionaban alrededor de ellos en sus ligeros caballos, y los caballeros, pesadamente armados, se cansaban de perseguirlos. Por último, rendidos, muertos de sed y desalentados, marcharon hacia la costa para reunirse con los franceses. La mayor parte fueron degollados o perecieron de hambre en la retirada; los demás volvieron a Nicea y encontraron a los franceses, que acababan de dejar a Constantinopla. El emperador Manuel, a fin de quitárselos cuanto antes de encima, les había dicho que los alemanes eran dueños de Iconium.

Para evitar el camino en que habían perecido los alemanes, los franceses dieron la vuelta al Asia Menor, a lo largo de la costa, por Esmirna, Efeso y Laodicea. Tuvieron que atravesar montañas por estrechos senderos abiertos en la roca. Los jinetes se desbandaron y fue indisciplinados sorprendidos por los turcos. Hubo un momento en que el rey Luis, refugiado en una roca, tuvo que defenderse solo contra varios enemigos. Una tropa de Templarios les enseñó a marchar en columna, y así pudieron llegar a Atalia, puertecillo de la costa rocosa de Panfilia, donde encontraron víveres para los hombres, pero nada para los caballos. Los cruzados, decididos a embarcarse, pidieron navios a los griegos, pero les enviaron tan pocos, que sólo hubo sitio para los caballeros. Los demás cruzados intentaron forzar el paso por tierra y perecieron casi todos. De aquellos dos grandes ejércitos sólo llegaron a Palestina algunos cuerpos de caballeros con los dos reyes (1148). Los caballeros de Jerusalén se unieron a ellos para persuadirles de que fueran todos juntos a atacar a Damasco.

Esta ciudad, una de las más ricas de Oriente, divisáronla a la salida de una garganta montañosa, junto a un valle bien regado, cubierto de fresco verdor. Los arrabales

estaban formados por jardines y huertos, rodeados de cercas y sembrados de casitas de campo. Los cruzados invadieron estos jardines, dispersándose para saquearlos.

Mientras tanto, el emir pudo levantar barricadas en la ciudad. Se supo entonces que un ejército musulmán, enviado por el atabek, acudía del Norte en auxilio de Damasco. Los caballeros de Jerusalén no quisieron prolongar el sitio, a fin de que Damasco no cayera en manos del atabek, pues preferían a esto que continuase en poder del emir. Decidieron a los cruzados a que atacaran a la ciudad por la parte del SE., con objeto de evitar los jardines. Por aquel lado no había más que una llanura pelada, árida y abrasada. Los cruzados, no pudiendo permanecer en ella, se retiraron, y poco después regresaban a Europa.

Aquella gran Cruzada no había dado ningún fruto. Los cristianos se preguntaban qué pecados habían cometido para merecer tal desastre. Otros echaban la culpa a las falsedades de los griegos o a la traición de los cristianos de Oriente. Decíase que los de Jerusalén se habían vendido al emir de Damasco por 250.000 monedas de oro, pero añadían que el emir les había engañado, entregándoles monedas de cobre dorado.

Pérdida de Jerusalén.

El atabek Nur-ed-Din (Luz de la religión) conservó a Edesa, y, siguiendo su avance, se apoderó de Damasco (1154) y atacó las avanzadas del reino de Jerusalén al Este del Jordán. Mientras tanto, los cristianos luchaban unos con otros. En Jerusalén, la reina Melisenda con su hijo Balduino III; en Antioquía, la princesa Constanza con sus barones, y en Trípoli, la condesa Hodierna con su marido el conde Raimundo.

Hasta entonces los cristianos no se habían visto amenazados por la parte del Sur, pues el califa fatimita de Egipto vivía en paz con ellos; pero cuando Nur-ed-Din quiso extender su dominación hasta el Egipto, cambió todo. Dos generales se disputaban el visirato de Egipto que otorgaba el poder (el califa sólo era un soberano nominal); Shawer, que fue el vencido, huyó a Damasco y pidió auxilio a Nur-ed-Din.

El atabek envió a Egipto un ejército a las órdenes de Shirkuh, general kurdo. Los kurdos eran los montañeses guerreros que habitaban la antigua Asiría. Shawer fue nombrado visir con el apoyo de Shirkuh; pero después, como se viese amenazado por su mismo protector, solicitó auxilio del rey de Jerusalén. Los cristianos, unidos al ejército de Egipto, expulsaron a Shirkuh (1164), que renovó las hostilidades en 1167 y tomó a Alejandría. Nuevamente le obligaron a salir de Egipto, pero esta vez, excitada la codicia de los cristianos por los beneficios de la campaña (el visir les

pagaba anualmente 10.000 monedas de oro), decidieron atacar a su propio aliado. Invadieron Egipto y empezaron a saquearlo (1168). Shower pidió entonces socorro a Nur-ed- Din. El califa del Cairo le envió mechones de pelo de sus mujeres, diciéndole que le pedían protección, contra los ultrajes que tenían sufrir de los francos.

Shirkuh volvió a Egipto, mandó ajusticiar a Shower, tomó el título de gran visir, y, a la sombra del califa, fué el amo de Egipto. Murió poco después y le sucedió su sobrino Yusuf, hijo de Eyub, apellidado Saladino (Salah-ed-Din). Se aprovechó de la muerte del califa (hay quien dice que lo mandó asesinar) para suprimir el califato del Cairo (1171). Después, muerto Nur-ed-Din (1174), sometió la Siria y la Mesopotamia, y tomó el título de sultán. Era un musulmán piadoso que consideraba como un deber expulsar de Oriente a los cristianos.

Los cristianos de Jerusalén, amenazados al mismo tiempo al Este y al Sur, ya no se consideraron bastante fuertes para atacar a su vez. Después de una victoria inesperada frente a Ascalón (1177) y una derrota a orillas del Jordán (1179), consiguieron una primera tregua, mientras Saladino iba a combatir al sultán de Iconium y sometía el emirato de Alepo. La segunda tregua se concertó en 1184, pero Reinaldo de Châtillon, especie de caballero-bandido, que ocupaba un castillo al otro lado del Jordán, se lanzó sobre una caravana que iba de Damasco a Arabia, la saqueó y cargó de cadenas a los mercaderes. Saladino reclamó aquellos prisioneros, y el rey se negó a devolverlos. Saladino juró matar por su propia mano a Reinaldo; mandó proclamar la guerra santa en Mesopotamia, en Siria y en Egipto, invadió el reino de Jerusalén (1187) y puso sitio a Tiberiades.

Los cristianos acamparon al Oeste de la ciudad; ascendían, según se asegura, a 2.000 jinetes y 18.000 infantes, ricamente armados. El calor era horrible. Los jefes no estaban muy resueltos a combatir, pero una mañana el rey Guido se decidió repentinamente; lucharon hasta el medio día, y después, fatigados, se retiraron hacia una colina escarpada, cerca de Hitin. Los sarracenos prendieron fuego a las malezas y a las yerbas. Los caballeros, rendidos por la sed, el calor y el humo, no tenían ya fuerzas para batallar. Se les rechazó hasta la colina, donde se les cercó, y los que se salvaron de la matanza cayeron prisioneros. Saladino tenía en su poder al rey de Jerusalén, al gran maestre de los Templarios y la Vera Cruz, que los cristianos habían llevado como enseña a la batalla. Mandó llamar a prisioneros, y dió de beber personalmente al rey. Después echó en cara a Reinaldo de Châtillon sus latrocinios y le mató con sus propias manos, según había prometido. Mandó ejecutar a todos los templarios y sanjuanistas y degollar a la muchedumbre de prisioneros plebeyos.

Todas las poblaciones del reino, menos Jerusalén y Tiro, se rindieron en pocas semanas. Saladino sitió a Jerusalén; cuando hubo abierto una brecha en la muralla, los sitiados pidieron capitulación, y lograron salir libremente, pero sin llevarse sus bienes, y mediante un rescate de 10 monedas de oro por cada hombre, 5 por cada mujer y 30.000 por la masa de los pobres. La mayor parte de aquellos emigrados pereció miserablemente.

Saladino, al entrar en Jerusalén, mandó derribar las cruces, romper las campanas y purificar las mezquitas con incienso o esencia de rosas.

En su tienda, cuyas puertas no se cerraban, se pasaba el día recibiendo a los visitantes y haciéndoles magníficos regalos. Añade un historiador árabe que «se leyeron las cartas en que el príncipe anunciaba el feliz acontecimiento, sonaron las trompetas, y todo el mundo lloraba de alegría, todos los corazones daban gracias a Alá por el triunfo, y todas las bocas cantaban sus alabanzas”.

La tercera cruzada.

La pérdida de Jerusalén consternó a los cristianos. El papa Urbano III escribió a todos los príncipes, invitándolos a unirse contra los infieles; proclamó una paz universal por siete años, dispuso ayunos y rogativas y prometió indulgencia plenaria a cuantos se cruzaran.

Esta vez tomaron la cruz tres soberanos. Federico Barbarroja había reunido en Maguncia una asamblea de todos los grandes de Alemania. Se predicó la cruzada. «Barbarroja no pudo resistir el sople del espíritu, y tomó la cruz». A fin de evitar la aglomeración de gente, tan funesta cuando la expedición de Conrado, se prohibió el ingreso en el ejército a quien no poseyera por lo menos tres marcos de plata (150 francos). El ejército alemán, compuesto de unos 100.000 hombres, tomó el camino de la primera Cruzada; marchaban en buen orden; el emperador los había distribuido en batallones de a 500 hombres, cada uno con su jefe, y había formado un consejo de guerra de 60 señores. Hubo que empezar por batirse con los bizantinos; por fin lograron barcos para pasar el Helesponto, y se internaron en las montañas del Asia Menor, a través de un país asolado por las guerras. No tardaron en carecer de víveres y forraje y en perder los caballos. Llegaron frente a Iconium cansadísimos y hostigados por la caballería turca. Se dividieron en dos cuerpos: uno forzó una puerta y entró en la ciudad, y el otro, mandado por el emperador, rechazó a los turcos gritando: «¡Cristo reina! ¡Cristo es vencedor!» Los cruzados descansaron algunos días en la ciudad, y después franquearon los senderos pedregosos del Tauro. Habían llegado a Siria, al valle de Selef, y estaban

descansando cuando Federico, después de haber comido a orillas del río, quiso bañarse, y fué arrebatado por la corriente. Desesperados los alemanes, se dispersaron. La mayor parte se volvió a embarcar; los demás marcharon a Antioquía, donde una epidemia acabó con ellos (Junio de 1190).

Los reyes de Francia e Inglaterra, que estaban en lucha al predicarse la Cruzada, se reunieron debajo del olmo de Gisors, se abrazaron y tomaron la cruz (Enero de 1188). En ambos países se predicó la Cruzada, y para cubrir los gastos, se acordó que los que no marcharan pagasen el diezmo de su renta. Este fué el diezmo saladino. Sin embargo, como la guerra se reanudó, los dos reyes no pudieron marchar hasta 1190.

Se había desistido del viaje por tierra. Felipe Augusto embarcó en Génova; Ricardo atravesó a Francia e Italia para reunirse con él en Mesina; pero no tardaron en surgir las discordias. Los sicilianos miraban con ira a aquellos extranjeros; cierto día disputó un inglés con una vendedora por el precio de un pan; los mesinenses, después de golpearle, se sublevaron y cerraron las puertas de la ciudad; Ricardo tomó a Mesina por asalto y la entregó al saqueo. Dícese que entonces, aterrados los sicilianos, le pusieron el sobrenombre de Corazón de León. Felipe reclamó su parte de botín, y escribió secretamente al rey de Sicilia para ofrecerle su apoyo contra los ingleses.

Durante todo el invierno siguieron las discordias entre los dos ejércitos, mientras que los caballeros gastaban su dinero. En la primavera de 1191 los franceses se embarcaron para Siria. Los ingleses, que los seguían, fueron empujados por el viento hacia la costa de Chipre; la isla estaba gobernada por el usurpador Isaac Comneno, que mandó saquear varias naves. Ricardo desembarcó entonces, se arrojó sobre las tropas griegas que cubrían la playa, y en veinticinco días conquistó toda la isla; arrebató a sus habitantes la mitad de sus tierras, que repartió en feudos a sus caballeros, y puso guarnición en todas las fortalezas.

Los dos reyes encontraron en Siria a los cruzados de todos los países, que desde hacía dos años sitiaban a San Juan de Acre; obedecían con esto el consejo del rey de Jerusalén, Guido de Lusignan, al cual interesaba sobre todo la posesión de un puerto. San Juan de Acre edificado sobre un peñón, disponía de recias murallas; los cruzados se habían instalado en la llanura, rodeando su campamento con un foso; los buques bloqueaban el puerto. Saladino había acudido con su ejército, acampando a retaguardia de una colina, y comunicándose con los sitiados por medio de palomas mensajeras y de buzos; de cuando en cuando, algunos barcos musulmanes conseguían abastecer la plaza.

El sitio adelantaba poco. Los cruzados habían construido con madera traída de Italia tres torres de cinco pisos, pero los sitiados las incendiaron. Las lluvias invernales produjeron una epidemia en el campamento. Por fin llegaron los franceses con Felipe Augusto, y los alemanes con Leopoldo, duque de Austria. Todavía duraron los combates algunos meses y, por último, después de dos años de sitio, la guarnición capituló. Consiguió salir libremente, con la condición de que Saladino pagase 209.000 besantes de oro, devolviera la Vera Cruz y pusiera en libertad a los prisioneros cristianos en un plazo de cuarenta días. Los sitiados entregaron 2.000 rehenes en garantía del tratado (Julio de 1191).

Los combates alrededor de San Juan de Acre le habían dado a Ricardo la fama de ser el más valeroso de todos los cristianos. Asegúrase que volvía al campamento con el escudo erizado de flechas, como un acerico. Era el terror de los musulmanes; las madres asustaban a los niños, diciéndoles: «Si no eres bueno, llamo al rey Ricardo». Cuando un corcel se espantaba, el jinete solía preguntar: «¿Has Visto a Ricardo? Este modelo de caballeros era brutal y feroz. Al entrar en San Juan de Acre, mandó arrancar de la muralla la bandera del duque de Austria y tirarla al lodo. Como Saladino no pudiera reunir la cantidad fijada en los cuarenta días siguientes a la capitulación, Ricardo mandó llevar frente a los muros a los 2.000 rehenes, y allí fueron degollados. Saladino conservó en su poder el dinero, los prisioneros cristianos y la Vera Cruz.

Terminado el sitio, Felipe Augusto, que tenía prisa por volver a Francia, se embarcó después de la toma de San Juan, jurando a Ricardo no atacar sus dominios. Ricardo perdió el tiempo en pequeñas expediciones a lo largo de la costa, y cuando se decidió a atacar a Jerusalén, ya había llegado el invierno, le sorprendieron las lluvias y tuvo que volver a la costa (1192). Ayudó a reedificar Ascalón, y luego libertó a San Juan de Acre, cuyo mando se disputaban los dos pretendientes al reino de Jerusalén: Conrado de Monteferrato con franceses y genoveses, y Guido de Lusignan con ingleses y pisanos. Al saber que su hermano Juan pactaba con Felipe Augusto para invadir sus dominios, decidió embarcarse. Conrado se acababa de aliar con Saladino cuando le mataron dos asesinos enviados por el Viejo de la Montaña (1192). Saladino murió en 1193.

Una nueva Cruzada de alemanes que se había embarcado en Italia (1197) permitió a los cristianos de Siria recuperar todas las ciudades de la costa, pero al enterarse de la muerte del emperador Enrique VI se dispersaron, quedando Jerusalén en poder de los musulmanes.

A fines del siglo XII la dominación cristiana había sufrido grandes transformaciones. Los cristianos, después de haber perdido sus conquistas del interior, fueron rechazados hacia la costa. El reino de Jerusalén quedaba reducido a Fenicia; su capital era San Juan de Acre, donde Templarios y Hospitalarios habían transportado su convento principal. El condado de Trípoli y el principado de Antioquía obedecían al mismo príncipe. Edesa se había perdido definitivamente. Los cuatro Estados del siglo XII se habían reducido a dos.

En cambio, se habían adquirido otros dos nuevos. La isla de Chipre, conquistada por Ricardo y dada a Guido de Lusignan, constituyó el reino de Chipre. El príncipe armenio León II, que había recibido del emperador Enrique VI el título de rey, se apoderó de todos los pequeños territorios armenios de Cilicia, extendiendo su dominación fuera de las montañas del Tauro, llegando por la costa hasta el golfo de Panfília, y al Este, hasta las llanuras del Eufrates; mandó llamar caballeros y mercaderes europeos, y les dió castillos y barrios en las ciudades; transformó a los jefes armenios en vasallos, convirtiendo sus posesiones en feudos, y a pesar de la resistencia de los clérigos y de las clases inferiores, adoptó los usos y leyes de los francos (Assises de Antioquía) imponiendo la autoridad del papa. Un legado del pontífice fué a Tarso para coronarle rey. Así se fundó el nuevo reino de la pequeña Armenia, donde por encimado un pueblo que siguió siendo armenio, se formó una aristocracia francesa, pudiendo considerarse como un Estado franco.

V.—Las Cruzadas del siglo XIII.

La cuarta Cruzada.

Inocencio III, al llegar al pontificado en 1198, creyó que era deber suyo procurar la reconquista de la ciudad santa. Todos los príncipes cristianos—decía—son vasallos de Cristo, y deben ponerse al servicio de su señor para recuperar su dominio. Envió legados a todos los países católicos para predicar la cruzada. Mandó a todos los eclesiásticos que dieran la cuadragesima parte de sus bienes para equipar a los cruzados, y que se pusieran cepillos en las iglesias para recoger las ofrendas.

Los soberanos estaban tan ocupados en sus guerras que ninguno tomó la cruz. Foulque de Neuilly, predicador francés, despertó tal entusiasmo que, según parece, repartió cruces, hasta a 200.000 personas. Presentóse en un torneo celebrado por los condes de Champaña y de Blois, y les decidió a que se cruzasen (1199). Así se formó en el NE. de Francia un ejército de señores y de caballeros.

Para ir a Tierra Santa necesitaban una flota. Seis de estos cruzados, entre los cuales estaba el caballero Villehardouin, señor en Champaña, que luego escribió el relato

de la expedición, fueron a pedir naves al Senado de Venecia, que accedió a transportar y mantener durante un año un ejército de 4.500 caballeros, 9.000 escuderos y 20.000 sargentos (hombres de a pie) y en unir a la expedición 50 galeras tripuladas. Los cruzados se comprometieron a pagar 85.000 marcos de plata (4.200.000 francos). El botín tenía que repartirse entre ellos y los venecianos. Los cruzados nombraron jefe al príncipe piamontés Bonifacio, marqués de Monteferrato, muy estimado de los caballeros por su valentía, y de los poetas por su generosidad. El dux Dándolo, de noventa años, mandaba a los venecianos.

Los cruzados deseaban atacar primeramente a los musulmanes de Egipto, pero Venecia tenía interés en llevar la expedición hacia Constantinopla. Se reunieron en Venecia, y como no podían pagar toda la cantidad, el Senado les ofreció que, en pago de lo que le debían (34.000 marcos), combatesen a su servicio. Una vez aceptado, se les llevó a la costa de Dalmacia para sitiar a Zara, que estorbaba el comercio de Venecia en el Adriático (1202). El papa les prohibió, bajo pena de excomunión, que atacasen a una ciudad cristiana; pero, tomada Zara (1203), no excomulgó más que a los venecianos, y perdonó a los cruzados, sin prohibirles siquiera que siguieran combatiendo al lado de aquéllos.

En Constantinopla acababa de desarrollarse una revolución palatina. El emperador Isaac había sido destronado por Alejo III, que mandó sacarle los ojos y encerrarle en una prisión con su hijo Alejo. Éste se escapó en 1201, y pidió socorro al papa, y luego a Felipe, rey de Alemania, cuñado suyo, que le recomendó a los cruzados. Alejo fué a buscarlos delante de Zara, y prometió pagarles 200.000 marcos, darles 100.000 hombres y hacer reconocer la autoridad del pontífice si le ayudaban a expulsar al usurpador. Dándolo aprovechó esta ocasión para llevar a los cruzados a Constantinopla, diciendo que aquello no sería más que el principio de la cruzada. El papa se contentó con advertirles que, aunque los griegos habían cometido crímenes contra Dios y contra su Iglesia, no eran los cruzados los llamados a castigarles.

Los cruzados desembarcaron frente a Constantinopla. Alejo III no contaba más que con mercenarios indisciplinados. Los únicos que defendieron la ciudad fueron los soldados varegos, acostumbrados a batirse, y los mercaderes de Pisa, enemigos de los venecianos. A los trece días de sitio, Alejo III se escapó. Isaac salió de la cárcel y fué proclamado emperador con su hijo Alejo IV; pero no pudo cumplir ninguna de las promesas hechas a los cruzados ni lograr que sus súbditos reconocieran al papa. Los griegos se sublevaron y proclamaron a un nuevo emperador con el nombre de Alejo V, que mandó a los cruzados que se retiraran en el plazo de ocho días.

Éstos comenzaron un nuevo sitio en Noviembre de 1203. Llegó el invierno, se encontraron sin víveres y no pudieron retirarse, pues los griegos habrían acabado con ellos en la retirada. Este segundo sitio fué muy duro. Por fin, en un combate bajo las murallas, cogieron la bandera imperial y la imagen milagrosa de la Virgen, y pocos días después Constantinopla fué tomada por asalto. Los cruzados, a pesar de las órdenes de sus jefes, saquearon e incendiaron la ciudad.

Más adelante se verá cómo organizaron este Imperio.

Quinta y sexta Cruzadas.

Inocencio III no había renunciado a la conquista de Jerusalén. En 1213 mandó predicar de nuevo la Cruzada, con orden de admitir a cuantos se ofrecieran, aunque fuesen criminales. Cada mes debía pedirse a Dios la victoria por medio de una procesión solemne; se anunciaba el fin de la dominación del Falso Profeta, pues a él era a quien el Apocalipsis llamaba la Bestia; la cifra de la Bestia era 666, y hacía seiscientos sesenta y seis años que había aparecido Mahoma.

Tres reyes tomaron la cruz: Juan de Inglaterra, Andrés de Hungría y Federico II, emperador y rey de Sicilia, los tres vasallos del papa. El concilio de Letrán (1215) decidió que en Junio de 1217 partieran todos los cruzados de Mesina y de Brindis; se dispuso que durante tres años se abstuviesen todos los caballeros de tomar parte en guerras ni torneos, y que el clero contribuyese con la vigésima parte de sus ingresos. El papa y el rey de Inglaterra fallecieron. Los preparativos sirvieron para formar dos expediciones: el rey de Hungría salió en 1217 (quinta Cruzada), y el emperador alemán diez años después (sexta Cruzada)⁶.

La de 1217 estaba formada por húngaros y alemanes. Se embarcaron en Spalato, a orillas del Adriático, dirigieron a San Juan de Acre, y pasaron un año en expediciones desdichadas y peleándose con los cristianos de Siria. Se les unió una

⁶ Relatos cuya autenticidad es discutible, atribuyen a esta época la cruzada de los niños. Esteban, pastorcillo de las cercanías de Vendôme, recorrió Francia diciendo que le enviaba Dios para salir al frente de los cristianos, a fin de libertar la Tierra Santa. Reunió una muchedumbre de muchachos, con los cuales se unieron aldeanos, obreros y mujeres. Salió en un carro rodeado de tapices, siguiéndole 30.000 peregrinos. En Marsella, dos mercaderes les ofrecieron llevarlos a Siria, y embarcándolos en tres naves los transportaron a Egipto, donde los vendieron como esclavos a los musulmanes. Decíase que en 1229 Federico II libertó a los que quedaban. Refiérese también que otra multitud de niños alemanes, en número de 20.030, guiados por uno de diez años, llegó hasta Brindis para embarcarse, y que los detuvo el obispo. Los niños trataron de volver a su país, pero casi todos perecieron antes de llegar a Alemania.

escuadra de 300 naves tripuladas por alemanes, que habiendo salido de las orillas del Rin dieron la vuelta por el estrecho de Gibraltar, después de haber estado peleando en Portugal durante un año.

El príncipe musulmán más poderoso era entonces Aladil, sultán de Egipto. Su ejército estaba formado por jóvenes comprados a los montañeses del Cáucaso y adiestrados para la guerra; constituían un cuerpo de caballería montado en rápidos corceles y se les llamaba mamelucos (esclavos).

Los cristianos de Tierra Santa convencieron a los cruzados de que debían atacar a Egipto. Desembarcaron frente a Damietta, gran ciudad comercial al Este de uno de los brazos del Nilo, defendida por tres murallas y por una inmensa torre, edificada en una isla en medio del río. De esta isla arrancaban unas cadenas que cerraban el paso por el Nilo. Los marinos frisonos construyeron un castillo de madera que colocaron entre los mástiles de dos naves, y desde allí se asaltó la torre, pudiéndose bloquear la ciudad, asediándola por hambre. El sitio fue largo.

Asegúrase que una epidemia se llevó la sexta parte de los sitiadores. El sultán intentó abastecer a la ciudad arrojando a la corriente del río camellos muertos con el vientre lleno de provisiones, pero los cristianos los capturaron. Aladil ofreció a los cruzados devolverles la Verdadera Cruz y cuanto poseía en el reino de Jerusalén a cambio de que se retiraran, pero Pelagio, sacerdote español legado del papa, que se había hecho nombrar general en jefe, rechazó la proposición. Los cruzados tomaron a Damietta por sorpresa, la saquearon, cogieron un botín de 400.000 monedas de oro o instalaron en ella a un obispo (Noviembre de 1219). Los venecianos se establecieron inmediatamente en la ciudad y la convirtieron en centro de su comercio con Egipto. Esta conquista tuvo gran resonancia en Europa. El papa llamó a Pelagio «segundo Josué». Los cristianos se dispusieron a invadir a Egipto, pero lo hicieron con tanta lentitud, que el sultán tuvo tiempo para reunir un ejército y construir una fortaleza, a la cual llamó Mansurah (la Victoriosa). Los cristianos perdieron todo el invierno en disputarse la posesión de Damietta, les llegó el refuerzo de un nuevo ejército de cruzados alemanes, y llenos de entusiasmo se pusieron en marcha en Julio de 1221. El sultán volvió a ofrecerles el cambio de Damietta por el reino de Jerusalén, pero Pelagio rechazó de nuevo el ofrecimiento. Al emprender el asedio de Mansurah, no tuvieron en cuenta la inundación periódica del Nilo, que convirtió su campamento en una isla, y los musulmanes les cortaron la retirada. Cercados y muertos de hambre, se dieron por muy contentos con que el sultán los dejara marchar mediante la devolución de Damietta.

Ya hemos referido las peripecias de la cruzada de Federico II y su tratado con el sultán de Egipto. Un cronista árabe, refiere que cierto día, un muezín, según la

costumbre musulmana, anunciaba la oración desde lo alto de un minarete, en las inmediaciones del campamento de Federico; el sultán, por cortesía hacia su aliado, mandó al muezín que se callara, pero el emperador no lo consintió. Esta tolerancia exasperaba a los cristianos, que acusaban a Federico de ser musulmán en lo íntimo del corazón.

Cuando se marchó el emperador, los caballeros franceses se rebelaron contra sus gobernadores.

El reino de Jerusalén fué durante quince años un semillero de guerras y bandolerismo; debiendo su salvación a que el imperio egipcio, que se extendía por Siria y Mesopotamia, se hallaba repartido otra vez entre varios príncipes que luchaban por la supremacía. Por último, en 1214, una tribu de jinetes turcomanos, llamados por el sultán Eyub, sorprendió a Jerusalén y destruyó al ejército cristiano cerca de Gaza.

Séptima y octava Cruzadas.

Inocencio IV, en el concilio de Lyon (1245), decretó una paz de cuatro años y quiso organizar una gran Cruzada para recobrar a Jerusalén, pero Italia y Alemania no tenían más preocupación que la guerra entre el emperador y el pontífice. San Luis hizo las dos últimas Cruzadas, casi exclusivamente compuestas de franceses.

Hakín, rey de Noruega, que había tomado la cruz en 1237, fué autorizado por el papa para cumplir su voto combatiendo a los paganos del Norte.

La séptima Cruzada (1248) vino a ser una reproducción de la quinta, y se conoce detalladamente por el ingenuo relato de Joinville, que acompañaba al rey. San Luis, después de recibir solemnemente la oriflama en la abadía de San Dionisio, partió como un verdadero peregrino, con un traje de color obscuro, sin pieles, sin adornos de metal precioso y con espuelas de acero. Sus caballeros lo habían imitado. Descendió por el valle del Ródano y se embarcó en el puertecillo de Aigues Mortes que acababa de comprar. Parte de los cruzados se habían quedado en Lyon, desde donde pidieron al papa que anulase sus votos. Los que perseveraron en marchar se embarcaron en otros puertos, la mayoría en Marsella. Tenían que reunirse en la isla de Chipre, donde San Luis había mandado preparar provisiones desde hacía dos años, y allí pasaron todo el invierno en continuas desavenencias con los habitantes.

Acordado el plan de campaña, decidieron atacar al sultán Eyub, no en Siria, que había sido conquistada por él, sino directamente en Egipto. En la primavera de

1249, embarcaron en 120 naves grandes y 1.600 pequeñas, desembarcando frente a Damietta. La guarnición musulmana, poseída de pánico, abandonó la ciudad durante la noche; los franceses entraron al día siguiente sin combatir (1249); pero la inundación del Nilo les obligó a permanecer inactivos varios meses, y esta inacción desorganizó el ejército.

El sultán Eyub acababa de morir. Su viuda Scheljer-Eddur ocultó su muerte para dar tiempo a que llegara su hijo Turanshah, gobernador de Mesopotamia. El emir Fakr-ed-Din dirigió la defensa, hostigando a los cruzados.

Llegaron refuerzos; eran los señores ingleses y el hermano de San Luis, Alfonso de Poitiers, con un ejército. Se discutió si convendría apoderarse escalonadamente de toda la costa de Egipto, tomando a Alejandría, o marchar contra el Cairo para destruir el poderío del sultán. Roberto de Artois, hermano del rey, caballero impetuoso e irreflexivo, hizo que se acordara la expedición contra el Cairo. Ésta se verificó con extremada lentitud, tardándose un mes en recorrer las diez leguas que separan a Damietta de Mansurah. Lo mismo que en la quinta Cruzada, los cristianos sitiaron a Mansurah y acamparon en la arena, en medio de los canales. Perdieron cincuenta días construyendo un dique y tres torres de madera que los musulmanes incendiaron con el fuego griego.

Un beduino ofreció a San Luis enseñarle un vado para pasar el canal que les separaba de Mansurah. Parte del ejército se quejó en el campamento mientras los otros vadeaban el río. Delante debían ir los Templarios, que conocían la manera de combatir a los musulmanes, pero Roberto de Artois suplicó al rey que le dejase pasar el primero, prometiendo no precipitarse en el ataque. San Luis accedió, y Roberto, apenas vio a los musulmanes, se arrojó sobre ellos, lanzando su grito de guerra.

Precieron muchos infieles, entre ellos Fakred-Din. El conde de Artois persiguió a los vencidos hasta Mansurah, por donde pasó al galope, seguido de su escolta y de los Templarios que no quisieron abandonarle. Los musulmanes, rehechos merced al enérgico Bibars, llenaron la ciudad de barricadas, cortaron la retirada a los cristianos y mataron a Roberto, a 300 franceses, 80 Templarios y a casi todos los ingleses. Su escuadrilla venció en un avance a la de los cristianos, destruyéndola completamente. El resto del ejército fué rechazado al otro lado del canal. San Luis estuvo en peligro de caer prisionero (Febrero de 1250.)

Los cristianos, rendidos y desalentados, sufrían los tormentos del calor, la infección de los cadáveres y la falta de alimentos. Las caravanas habían sido interceptadas; no podían comer otra cosa que peces del Nilo. Una epidemia diezmoó el

campamento; era una especie de escorbuto que pudría las encías y salpicaba la piel de las piernas «de manchas negras y terriizas —dice Joinville— como si fuesen una bota vieja que hubiera estado mucho tiempo detrás de un cofre».

Los cruzados, enfermos y extenuados, ya no podían sostenerse allí más tiempo. San Luis decidió el regreso a Damietta pero no se pudo cortar el puente y los mamelucos que les perseguían lograron alcanzarles, matando a muchos y capturando sin resistencia a los demás. San Luis hubiera podido escaparse, pero no quiso abandonar la retaguardia. Por último, no pudiendo ya tenerse en pie, fue apresado, el ejército se desbandó y todos cayeron prisioneros. Los mamelucos los condujeron a Mansurah y los mataron a casi todos, conservando únicamente a los más ricos. Por el rescate del rey y de los señores empezó por pedir Turanshah algunas ciudades de Palestina, amenazando a San Luis con someterle al tormento; pero se contentó con la cesión de Damietta y un rescate de 800.000 monedas de oro. Ultimado el tratado, Bibars y los mamelucos, molestos por las preferencias que demostraba Turanshah a los favoritos llegados de Mesopotamia, fraguaron una conspiración y mataron al sultán junto a los barcos en que estaban los prisioneros cristianos. Estos se vieron muchas veces a punto de ser degollados antes de que los mamelucos se decidieran a dejarles libres. A consecuencia del asesinato de Turanshah se extinguió la dinastía eyubita, fundada por Saladino, entronizándose en Egipto una serie de sultanes mamelucos, que empezó con Ibek.

Cuando los cruzados evacuaron a Damietta, los musulmanes mataron a los peregrinos enfermos que no habían podido marchar, pero San Luis no por esto se creyó desligado de su promesa. Pagó el rescate concertado y marchó a Siria, donde permaneció tres años en espera de refuerzos que no llegaron. Fué en Siria donde Luis IX empezó a ser el rey santo; peregrinó a Nazaret descalzo y con un cilicio de crin; trabajó personalmente en la construcción de los muros de Cesárea y en la inhumación de los cadáveres de cristianos que se pudrían alrededor de Sidón.

Regresó á Francia en 1254, pero no renunció a la Cruzada. En 1270 volvió a salir con sus tres hijos, su hermano Alfonso de Poitiers, su yerno y su hija, el rey y la reina de Navarra, los condes de Artois, de Bretaña y de Flandes; aunque le seguía menor número de caballeros. El entusiasmo por la Cruzada se había enfriado en Francia, hasta tal punto, que el mismo Joinville se negó a acompañar al rey, y la mayor parte de los caballeros sólo marchaban a sueldo. San Luis contrató naves de Génova, porque Venecia no había querido dar las suyas para no enemistarse con el sultán de Egipto; detuviéronse en Cagliari (Cerdeña), para celebrar consejo acerca de la dirección que habían de seguir. El hermano de San Luis, Carlos de Anjou, rey de Sicilia, desvió la Cruzada de Siria o Egipto, su objetivo natural. Cuando el reino de Sicilia pertenecía a los Hohenstaufen, el sultán hafside de Túnez se había

sometido a pagarles tributo; pero después de la derrota de los Hohenstaufen, sus partidarios fueron recogidos por el sultán Mostansir, que se negó a pagar tributo. Carlos de Anjou quiso obligarle a que lo pagara y le entregase sus adversarios⁷ y por eso aconsejó que se empezara por una expedición contra Túnez. Accedió San Luis, porque se le había dicho que sólo con ver el ejército cristiano el sultán se convertiría. Desembarcó el ejército en las ruinas de Oartago, cerró con tablones las brechas de las murallas y volvió a abrir el foso; pero se dejó bloquear y padeció el suplicio de la sed.

San Luis no quiso romper las hostilidades hasta que llegara Carlos de Anjou, pues esperaba convertir al emir sin apelar a la lucha. Estalló la peste, que mató á Tristán de Nevers, hijo de San Luis, y a muchos señores; y cuando llegó Carlos ya le quedaban pocos días de vida a San Luis, que murió el 25 de Agosto. Los cruzados, después de rechazar a los musulmanes que habían atacado su campamento, ocuparon parte del lago de Túnez; pero como tenían prisa por regresar, trataron con el sultán, quien prometió pagar doble tributo al rey de Sicilia, devolver los cautivos cristianos, abonar una indemnización de 210.000 onzas de oro y consentir que el culto cristiano se celebrara públicamente en Túnez.

Jaime el Conquistador, rey de Aragón, tomó la cruz y se embarcó en Barcelona, en Septiembre de 1269; pero una tormenta arrojó su escuadra contra las costas de Francia, renunciándose a una expedición que «Dios mismo parecía reprobar». Así acabó la única gran Cruzada española. El rey de Castilla, irritado por el maltrato impuesto a su hermano Enrique de Castilla por Carlos de Anjou, se había abstenido. Téngase en cuenta que España sostenía cruzada permanente contra los infieles. El príncipe Eduardo de Inglaterra (futuro Eduardo I) desembarcó en Cartago con muchos ingleses y escoceses, después de la muerte de San Luis.

Fin de las Cruzadas.

La Cruzada de 1270 fue la última. Durante más de un siglo, el papa y los príncipes cristianos siguieron preparando expediciones y cobrando impuestos para la Cruzada; pero no se volvió a lograr que saliera otro ejército para Siria. Los turcos otomanos invadieron a Europa, y la Cruzada consistió en defenderse de los musulmanes, en vez de ir a atacarlos en Oriente. Hubo otras cruzadas en España, en Prusia y en Hungría; pero ninguna más a Tierra Santa.

⁷ Sostenía también las reivindicaciones, más o menos fundadas, de mercaderes francos, especialmente provenzales, que reclamaban a Mostansir una cantidad de 300.000 dinares (3.000.000 de francos), que decían les debía Abu-el-Abbasel- Lullani, gran negociante tunecino, a quien el sultán había mandado matar y confiscado sus bienes. (Ibn-Khaldun, Historia de los berberiscos, tomo II, página 358 y siguientes.)

Los cristianos de Siria, entregados a sus propias fuerzas, no resistieron mucho. Esperaron durante algún tiempo que los salvaran las tribus de jinetes mongoles que, después de haber destruido a Bagdad (1258), llegaron hasta Siria. Estos mongoles estaban en relaciones con el rey cristiano de la Pequeña Armenia, y confiaba en convertirlos, diciéndose que, desde el tiempo del emperador Constantino, nadie había hecho tantos favores a la cristiandad como el khan Hulagú y su mujer. El khan pidió a los cristianos que reconocieran su soberanía, y los Templarios contestaron: «Si los demonios mongoles llegaran aquí, encontrarían servidores de Cristo dispuestos a presentarle la batalla». Los mongoles se hicieron musulmanes y regresaron al Asia Menor.

Bibars, antiguo esclavo turcomano, que llegó al trono de Egipto en 1260, se apoderó una tras otra de las ciudades cristianas. Su sistema era fortificar los castillos del interior y destruir las poblaciones de la costa, a fin de que los cristianos no pudiesen volver a ellas, y por eso arrasó a Cesárea, Arsuf (1265), Jaffa y Antioquía (1268). La muerte de Bibars detuvo la obra de destrucción, pero el emir Kilauun, sultán en 1280, la reanudó y la terminó. Atacó primeramente el territorio de Trípoli, tomó a Markab, fortaleza de los Hospitalarios (1285), y a Trípoli (1289), incendió la ciudad, acuchilló a los hombres y se llevó a las mujeres y los niños. Después le tocó al reino de Jerusalén.

Perecieron 100.000 cristianos. San Juan de Acre, una de las poblaciones más ricas de aquel tiempo, «la puerta de los Santos Lugares», gran emporio comercial, sostuvo un sitio terrible. Los musulmanes tenían 92 máquinas de asedio, minaron las murallas y entraron por la brecha. La ciudad fue tomada por asalto, incendiada y arrasada (1291) y todas las demás poblaciones se rindieron inmediatamente. Así desaparecieron los principados cristianos de Siria. Todos los francos que no pudieron emigrar fueron muertos.

El reino de Chipre, que dió albergue a la mayor parte de estos fugitivos, alcanzó una señalada prosperidad, y duró cerca de dos siglos. Grandes ciudades como Venecia, Génova y Barcelona obtuvieron de los reyes de Chipre privilegios comerciales. Famagusta, puerto de Chipre, fue, por algún tiempo, el mayor de los puertos de Levante. El papa había prohibido a los cristianos, so pena de excomunión, que comerciaran con los infieles. Famagusta llegó a ser el depósito, al cual iban a buscar los cristianos de Europa las mercancías de los países musulmanes, principalmente las especias, y a llevar las maderas de construcción y el hierro que necesitaban los musulmanes de Egipto. También era punto de venta de los productos naturales de Chipre, como vino, azúcar y algodón. Los buques cipriotas se encargaban de la policía del mar y capturaban los navios de los «malos

cristianos» que se aventuraban por la parte de Egipto. El fondo de la población de Chipre se componía de griegos ortodoxos, convertidos en súbditos de los caballeros francos, y que siempre fueron hostiles a los extranjeros católicos; pero se estableció en la isla una colonia numerosa de mercaderes, clérigos y burgueses católicos que constituyó la clase dominante. El soberano siguió ostentando el título de rey de Jerusalén, y su corte de Nicosia era el centro de reunión de los señores francos de Levante. Se seguía aplicando y desarrollando el derecho feudal de las Assises.

Un rey de Chipre arrebató Esmirna a los musulmanes (1343). Otro conquistó a Atalia, tomó y saqueó a Alejandría (1365). Más tarde se arruinó el reino en las guerras contra los genoveses, que tomaron a Famagusta, y la retuvieron cerca de un siglo (1373-1464). La veneciana Catalina Cornaro, viuda del último rey de Chipre, legó el reino a Venecia (1489).

El reino de Armenia se aprovechó también de la emigración de los cristianos de Siria. Le abrumaba el tributo que tenía que pagar a los mamelucos de Egipto, y le desgarraban las luchas entre el pueblo, que tendía a conservar su religión armenia, y el rey y los guerreros, que para conservar el apoyo de los francos, prometían someterse a la Iglesia católica. Los caballeros francos, emigrados, robustecieron el partido del rey; los mercaderes italianos convirtieron el puerto de Lajazzo (golfo de Cilicia), en gran centro comercial, adonde iban a buscar los europeos las mercancías de Asia, llevadas por caravanas desde los países sometidos a los mongoles, aliados de los reyes de Armenia.

La dinastía rupenia de Armenia se había extinguido en 1342. Los Lusignanes de Chipre, príncipes católicos, herederos de la corona por línea femenina, no pudieron lograr que los armenios los aceptaran, con lo cual se reanudaron las guerras civiles. Los mamelucos, aprovechándose de estas discordias, invadieron el país, saquearon las poblaciones y destruyeron el ejército. El rey León VI, cercado en un castillo de la montaña, fue hecho prisionero y enviado al Cairo (1375). El país quedó arruinado y sometido a los musulmanes.

Los Templarios se refugiaron en Chipre, y después en París. Los caballeros Teutónicos en Venecia, y más adelante en Marienburgo, su conquista de Prusia. Los Hospitalarios conquistaron (1310) la isla de Rodas, que conservaron en su poder hasta 1522, y algunas islas vecinas. En el continente poseyeron a Esmirna (1343-1402) y la fortaleza de San Pietro.

VI.—Generalidades sobre las Cruzadas.

Caracteres de las Cruzadas

Las Cruzadas eran expediciones de cristianos organizadas por el papa, jefe común de los católicos. Todo cruzado era un peregrino armado a quien, en gracia a su peregrinación, le perdonaba la Iglesia las penitencias en que hubiera incurrido. Los peregrinos se reunían en grandes tropas alrededor de un rey, de un poderoso señor o de un legado del papa, pero no estaban sujetos a ninguna disciplina, podían pasar de una a otra tropa y hasta abandonar la expedición cuando creyeran cumplido su voto. Un ejército de cruzados no era más que una reunión de bandos que emprendían el mismo camino. Marchaban lentamente y en desorden, montaban enormes caballos, llevaban una gran impedimenta de bagajes, seguíanles los criados, y cuando tenían que combatir debían ponerse la pesada cota de malla.

Perdían meses enteros en atravesar el imperio bizantino y en luchar contra la caballería turca del Asia Menor. En los desiertos en que faltaba el agua y no se podían renovar los víveres, los hombres y los caballos se morían de hambre, de sed y de cansancio. En los campamentos donde hacían paradas, la falta de cuidados, las privaciones y los ayunos, que alternaban a veces con los excesos en comer y beber, originaban epidemias que producían millares de víctimas. Muy pocos de los que salían de Europa llegaban a Siria: el camino de Tierra Santa, sobre todo en el siglo XII, se señaló con una espantosa mortandad. Por eso desistieron de esta mortal peregrinación por tierra; en el siglo XIII todos fueron por mar. Los navios italianos los transportaban en pocos meses con caballos y todo a Tierra Santa, donde se hacía la verdadera guerra. Este cambio de ruta modificó profundamente el carácter de las Cruzadas.

En los combates con los musulmanes, y en igualdad de número, los cristianos solían salir vencedores. Con sus grandes caballos y sus impenetrables armaduras formaban batallones compactos, que los sarracenos, montados en caballos pequeños, no podían destruir con sus flechas y sus sables. Sin embargo, los resultados de sus victorias no eran duraderos. Los vencedores regresaban a Europa dejando el campo libre a los musulmanes.

Aquellos ejércitos intermitentes podían conquistar Tierra Santa, pero nunca habrían bastado para conservarla en su poder. A los cruzados que iban allí para ganar su salvación se unieron caballeros que querían conquistar tierras, y mercaderes que acudían en busca de fortuna. A éstos les interesaba retener lo conquistado y a ellos se debe el éxito de las Cruzadas, pues supieron utilizar la fuerza momentánea que

les proporcionaba la masa de peregrinos. Ellos dirigían las operaciones, construían las máquinas de sitio, tomaban las ciudades y se fortificaban en ellas para desafiar los futuros ataques del enemigo. Entregados a sí mismos, los cruzados no podían sostener por sí solos la guerra en aquellos lejanos países. Las pomposas expediciones, guiadas por soberanos, fracasaron miserablemente. Las únicas Cruzadas que dieron verdadero resultado (la primera, que conquistó a Siria, y la cuarta, que se apoderó del Imperio griego) fueron dirigidas respectivamente por los normandos de Italia y por los venecianos. El entusiasmo y la valentía de los cruzados eran fuerzas ciegas, necesitadas de la dirección de un hombre de experiencia. Los cruzados no eran más que instrumentos. Los verdaderos fundadores de los reinos cristianos fueron los aventureros y los mercaderes, que, a semejanza de los emigrantes modernos, salieron para instalarse en Oriente.

Estos emigrantes no llegaron a ser bastante numerosos para poblar el país, en el cual quedaban acampados frente a los indígenas. Los principados francos eran como una aristocracia de algunos millares de caballeros franceses y de mercaderes italianos. Les faltaba la solidez de los Estados de Occidente, basados en las nacionalidades, y se parecían a los Estados que fundaban los guerreros árabes o turcos, en los cuales la población era indiferente hacia sus gobernantes y el Estado se confundía con el ejército, triunfando o pereciendo con él. Estos principados subsistieron cerca de dos siglos, vida muy larga para Estados orientales. Sólo una poderosa emigración hubiera podido sostenerles frente al Asia musulmana o bizantina, pero la Europa de la Edad Media no podía dar abasto a semejante emigración.

Durante medio siglo, los Estados cristianos sólo tuvieron que combatir contra los pequeños príncipes de Siria y contra el atabek de Mosul; los musulmanes de Egipto vivían en paz con ellos, y esta fue la época de su prosperidad. Cuando el Estado militar de los mamelucos sustituyó al califato del Cairo, destruido por Saladino, los cristianos, atacados por la parte de Egipto, no pudieron resistir ya mucho tiempo, como lo prueban las victorias de Saladino. Si todavía conservaron durante un siglo los restos de sus Estados, fué porque los sultanes no tenían interés en destruirlos. La guerra, tanto para los mahometanos como para los cristianos, era una guerra santa, pero se interrumpía frecuentemente con treguas de bastantes años. No se debe creer que todos los príncipes cristianos estuvieran unidos contra todos los príncipes musulmanes. Los intereses políticos solían sobreponerse a los odios de religión. Los combates de cristianos contra cristianos y de musulmanes contra musulmanes eran incesantes, no faltando príncipes cristianos que se aliaran con musulmanes contra otros cristianos.

En el campo cristiano nunca hubo acuerdo completo. EL entusiasmo religioso que les unía no destruyó sus rivalidades de intereses ni sus odios de raza. Había

continuas discordias entre los príncipes de diversos Estados, entre alemanes, ingleses y franceses, entre mercaderes de Génova y de Venecia, entre templarios y hospitalarios, acudiendo a las armas en más de una ocasión. En 1256, los genoveses y venecianos de San Juan de Acre se batieron por la propiedad de un convento que había sido edificado en la colina que separaba sus dos barrios. Los Hospitalarios, los catalanes, los de Ancona y los de Pisa, se declararon por los genoveses, mientras que los Templarios, los teutones, los provenzales, el patriarca de Jerusalén y el rey de Chipre se pronunciaron en favor de Venecia. Los genoveses destruyeron la torre de los pisanos, y los venecianos incendiaron los barcos genoveses y tomaron por asalto su barrio. Esta guerra duró dos años.

No era menor el desacuerdo entre los cruzados procedentes de Europa y los francos instalados en Siria. Los francos, que vivían entre los orientales, habían adoptado sus costumbres, sus baños y sus trajes; habían organizado una caballería ligera, armada a la turca; reclutaban soldados musulmanes y estaban dispuestos a tratar como a vecinos a los príncipes musulmanes, no queriendo combatir con ellos sin motivo. Los caballeros que llegaban de Europa, llenos de odio contra los infieles, querían exterminarlos a todos y se indignaban con aquella tolerancia. Apenas desembarcaban, caían sobre el territorio musulmán, ansiosos de batirse y de saquearlo, sin atender los consejos de los cristianos del país, más expertos en la guerra de Oriente. Los escritores occidentales de la Edad Media tratan de traidores y corrompidos a los cristianos de Tierra Santa y les achacan la caída de los Estados de Siria. ¿Tienen fundamento estas acusaciones? Indudablemente, aquellos aventureros francos, enriquecidos rápidamente y que llevaban una vida lujosa entre poblaciones corrompidas, debieron adquirir muchos vicios, principalmente los nacidos en Siria (llamados potros), pero los cruzados europeos no se encontraban en condiciones para juzgarlos. Más desastres causaron ellos con su imprevisión y su indisciplina que los cristianos de Siria con su molicie.

Consecuencias de las Cruzadas.

El resultado directo de las Cruzadas, prescindiendo de la pérdida de millones de hombres, fue crear en Oriente, a costa de musulmanes y bizantinos, nuevos Estados católicos, ocupados por caballeros franceses y por comerciantes italianos. Estos europeos, siempre poco numerosos, acabaron por ser expulsados, sin dejar más rastro que las ruinas de sus castillos en los puertos y peñascales de Grecia y de Siria; pero en los dos siglos que duró su dominación pusieron a los cristianos de Europa en comunicación regular con Oriente.

Las ciudades del Mediterráneo organizaron servicios marítimos para transportar peregrinos a Tierra Santa. Los caballos se embarcaban en transportes, cuya bodega

tenía una puerta lateral. Para defenderse contra los piratas se utilizaron naves de guerra, y cada vez salía toda una escuadra. Había dos pasajes: uno en primavera, para los peregrinos que iban a las fiestas de Pascua, y otro en verano. Como el transporte de peregrinos era un comercio muy provechoso, se lo reservaron las ciudades poderosas y sólo podían salir tales expediciones de ciertos puertos; en Italia, de Venecia, Pisa y Génova, y en Francia, de Marsella. Los Templarios tenían el privilegio de enviar un buque en cada expedición.

Por mar o por tierra acudieron a Oriente millones de cristianos de Europa. Las Cruzadas eran para ellos como un viaje de estudio. Salían de sus castillos o de sus lugares sin haber visto nada, más ignorantes todavía que nuestros aldeanos; se encontraban de pronto en grandes ciudades, en medio de países nuevos, frente a usos desconocidos y todo aquello les hacía reflexionar y les inculcaba ideas nuevas. Al relacionarse con los orientales, copiaron algunas de sus industrias y de sus costumbres. De este modo llegaron a tener un conocimiento más exacto de los musulmanes. Los primeros cruzados se los imaginaban salvajes o idólatras; confundían a Mahoma con un ídolo, y más adelante lo creyeron un hereje. En el siglo XIII sabían ya lo que era el islamismo, y reconocían que los musulmanes estaban más civilizados que ellos.

De todas suertes, es muy difícil determinar lo que Europa debe a las Cruzadas. Durante la Edad Media, los cristianos de Occidente tomaron multitud de usos e invenciones de los árabes y de los bizantinos. Se acostumbra a creer que todo uso oriental fue traído a Europa por los cruzados; pero no eran éstos el único medio de darlos a conocer. La civilización oriental se había establecido en toda la costa de África y en el Mediodía de España. Los cristianos tenían un comercio regular con los mahometanos de Egipto, de Túnez y de España, y con los ortodoxos de Constantinopla. Se conoce, en general, lo que tomaron de Oriente los cristianos; pero se ignora, respecto a cada objeto ó cada costumbre, si procede de España, de Sicilia, del Imperio bizantino o de las Cruzadas. Cuando se atribuyen a éstas todos los usos orientales adoptados por la Europa medioeval, se exagera su influencia y se confunden en su nombre todas las relaciones de los cristianos con los musulmanes.

Es indudable que la Europa de la Edad Media aprendió mucho de los orientales; pero no se puede determinar exactamente la parte que corresponda a las Cruzadas en esta obra de educación. Lo que con seguridad se les puede atribuir es todo aquello que procedía directamente de Siria: entre los usos militares, la ballesta, el tambor, la trompeta y la lanza con gallardete; entre las plantas, el sésamo, el albaricoque (damasco en italiano y en español), la escaloña (de Ascalón) y la sandía. Los cristianos, que tenían la costumbre de ir afeitados, empezaron a dejarse la barba

cuando fueron a Oriente. Es probable que el uso de los molinos de viento proceda también de Siria.

Para conocerse unos a otros entre aquella enorme muchedumbre de guerreros, los caballeros necesitaron emplear signos distintivos. Ya tenían la costumbre de pintar un adorno en su escudo, pero durante las Cruzadas este adorno se convirtió en un emblema de familia que no volvió a variar, y así se formó el sistema de los escudos de armas, llamado más adelante blasón. Nació en Oriente, según lo demuestran los nombres orientales que utiliza; gules (rojo) es una palabra árabe; gül, rosa; azur, una palabra persa; sinople (verde), una palabra griega; las monedas de oro se llaman besantes (monedas de oro bizantinas); la cruz del blasón es una cruz griega.

Se han atribuido a las Cruzadas otros muchos resultados: la emancipación de los siervos, el acrecentamiento del poder regio, la formación del régimen feudal, el desarrollo de la poesía épica, la riqueza de Italia y hasta el decaimiento de la devoción y la disminución del poder pontificio, es decir, casi todos los cambios verificados en las naciones de Occidente, desde el siglo XI hasta el XIII. Las Cruzadas ejercieron indudablemente una influencia general en las sociedades cristianas, pero todos los hechos mencionados se debieron a causas más activas y más ciertas, existentes dentro de los mismos pueblos occidentales.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.

La Collection de l'Histoire des Croisades, publiée par l'Académie des Inscriptions. París, desde 1841, in-folio, en publicación; debe reunir todos los documentos sobre las Cruzadas. Se divide en dos partes: Historiadores y Leyes.

1.º Los Historiadores se subdividen en cuatro series:

a) Historiadores griegos. 2 vol. Extractos con una traducción latina (el tomo II sólo contiene notas). El principal es Anne Comnène, l'Alexiade, vida del emperador Alejo contada por su hija Ana.

b) Documentos armenios. Extractos de crónicas armenias, con una traducción en francés.

c) Historiadores árabes. Sólo se ha publicado el tomo I; extractos de escritores árabes, con una traducción inglesa.

d) Escritores occidentales. Obras publicadas completas. Publicados 4 tomos. Se hallará, en el tomo III: los historiadores originales de la primera cruzada. 1.º, *Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum* (nueva ed., 1890, de Hagenmeyer). Anonyme, obra de un caballero francés del séquito de Boemundo, escrita en latín sencillo, claro, sin frases inútiles, el mejor relato de la cruzada. 2.º, *Historia*, de Raymond d'Aguilers, canónigo del Puy, de la escolta del conde de Tolosa. 3.º, *Historia hierosolymitana*, de Foucher de Chartres, sacerdote de la escolta de Balduino de Edesa. Los relatos de estos tres testigos oculares se completan mutuamente, pues cada uno de ellos formó parte de una de las fracciones que constituían la cruzada. 4.º, *Gesta Tancredi in expeditione hierosolymitana*, de Raoul de Caen; no asistió a la Cruzada, pero coleccionó los relatos de Tancredo, de quien era capellán.— En el tomo IV: *Historia hierosolymitana*, de Albert d'Aix; el autor (canónigo de Aix-la-Chapelle) coleccionó, entre 1110 y 1125, las leyendas que circulaban en la región del Rin acerca de las Cruzadas, las combinó con el relato de un cruzado de la escolta de Godofredo de Bouillón y compuso una narración muy larga y muy animada, en la que es muy difícil distinguir los hechos verdaderos de los fantásticos (véase Kugler, Albert von Aachen, 1885. Véase también *Epistolae*, cartas escritas desde Oriente por los señores cruzados).

Los demás escritores de la Edad Media no hicieron otra cosa que diluir en un latín más florido relatos de testigos oculares. Desgraciadamente, durante mucho tiempo, han sido consultados con preferencia a los originales, porque se les juzgaba inás detallados. Son: Pierre Tudebod, sacerdote de Civray (tomo III), considerado durante mucho tiempo como autor de la *Gesta Francorum*, de las que sólo fué mero copista.—La *Historia peregrinorum* (tomo III).—Robert le Moine (tomo II), Baudri de Bourgueil, *Historia hierosolymitana* (tomo IV).—Guibert de Nogent, *Gesta Dei per Francos* (tomo IV) (al parecer añadió al relato de sus antecesores algunos recuerdos del conde Roberto de Flandes).

Interpolando los relatos de los primeros narradores con las leyendas de Alberto de Aix, fue como Guillaume de Tyr (obispo de Tiro), compuso, hacia 1180, su gran historia en 15 libros (tomo I). Como estaba escrita en latín elegante y presentaba una exposición ordenada, llegó a ser la obra clásica para el estudio de las Cruzadas. La comparación de todos los relatos de la Cruzada (Sybel, *Gesch. des Kreuzzuges*, 1841) demostró que Guillermo de Tiro era un guía engañoso para la primera Cruzada; sólo se le debe consultar para el período siguiente. (En la 2.ª edición (1881), Sybel, después de consignar que habían transcurrido cuarenta años desde que publicó la 1.ª edición, añade: «Me felicito de ver que los eruditos aceptan los resultados de mis investigaciones. Tal vez dentro de otros cuarenta años tengan la fortuna de formar parte de los manuales de nuestras escuelas.»)

La Histoire d'Heracle (tomo II), traducida al francés, es la continuación de Guillermo de Tiro, prolongada por los Continuateurs (tomo II); tres en Oriente (1183-1277) y tres en Occidente (1183-1281).

2.º Las Leyes forman dos volúmenes. (Estos textos habían sido ya publicados por Thaumas de la Thaumassière, 1690, y en Canciani, *Leges Barbarorum*, t. II. Hubo también dos ediciones incompletas: Kausler (Munich, 1839); V. Foucher (*Assises du royaume de Jérusalem*, 1840.). El texto de Beugnot no es irreprochable tampoco.

Tomo I. Assises de la Haute Cour.— Colección de las costumbres francesas redactadas por los jurisconsultos del reino de Jerusalén a partir de fines del siglo XII (publicadas por el conde de Beugnot, con una larga introducción).

1.º Philippe de Navarre: *Le Livre de forme de plait que sire Felipe de Novaire fit pour un sien ami apprendre et enseigner comment on doit plaider en la Haute Cour*, colección de consejos de procedimiento de mediados del siglo XIII. 2.º, Jean d'Ibelin: *Livre des Assises et des bons usages du royaume de Jérusalem*, contiene, además del procedimiento, teorías sobre los derechos y deberes del rey. Redactado en la segunda mitad del siglo XIII, este tratado llegó a ser, desde 1369, la ley oficial del reino de Chipre (quizá experimentó entonces adiciones que están fundidas en el texto).— Los otros dos tratados son poco importantes. (Véase, en lo que se refiere a Felipe de Navarra y Juan de Ibelín, la *Histoire littéraire de la France*, t. XXI, p. 441.)

Tomo II. Assises des Bourgeois. Redactado entre 1173 y 1180, expone las reglas observadas en los procesos de la burguesía.

Las Assises d'Antioche (Venecia, 1876, en 4.º) están unidas a la colección y dedicadas a la Academia de Inscripciones. El texto de las Asisias, redactado en Antioquía en el siglo XIII, no ha podido encontrarse; es una traducción armenia de estas Asisias que se ha vuelto a traducir al francés y publicado.

La antigua colección *Gesta Dei per Francos*, 2 tomos, 1611, in-folio, publicada por Bongars, contiene algunos textos que no se han insertado todavía en la colección de la Academia.— Jacobus de Vitriaco (Santiago de Vitry) describió la Tierra Santa en el siglo XIII.— Marini Sanudi, *Secreta fidelium Crucis*, escrito hacia 1320 por el Veneciano Sañudo, describe el Estado de Oriente y los recursos de los Estados cristianos.

Aparte de estas dos colecciones han quedado: Ekkehard d'Urach, Hierosolymita, 1877, ed. Hagenmeier (y en las Monumenta Germaniae, t. VI). Ekkehard, abad alemán, hizo una peregrinación en 1101 (importante para la primera Cruzada alemana).—La Chanson d'Antioche, 2 vol., 1848, edit. P. París; relato en verso de la cruzada lleno de detalles legendarios.— Villehardouin, ed. P. París, 1838, y de Wailly, 1872, ha relatado la cuarta Cruzada, en la que fue uno de los jefes principales. Joinville, La vie du bon roi Louis, 1867, en 4.º, ed. de Wailly, ha redactado la séptima Cruzada, en la cual figuró como uno de los jefes principales. Joinville, La vie du bon roi Louis, 1867, en 4.º, ed. de Wailly, que refiere la séptima Cruzada, a la cual asistió. (Publicadas ambas en las Colecciones de Memorias: 1.º, de Petitot; 2.º, de Michaud.)— Robert de Clary (ed. P. Riant, 1868, y K. Hopf, Chroniques gréco-romanes Berlín, 1873), fue un pobre caballero picardo que relató la cuarta Cruzada desde el punto de vista de la masa de guerreros.— K. Hopf, Chroniques grecoromanes, 1873, in-8.º, colección de documentos en diversos idiomas acerca de la conquista del Imperio griego.— Chronique d'Ernoult et de Bernar le Trésorier (Soc. de l'H. Fr.), es un relato francés de las expediciones a Oriente desde fines del siglo XII.

La Société de l'Orient latin, fundada en Francia para estudiar la historia de los Estados cristianos de Oriente, publicó documentos y estudios, que forman cuatro colecciones diferentes:

1.a Serie géographique, todavía incompleta.— Itinera hierosolymitana et descriptiones Terrae Sanctae latine conscripta— Itinéraires français.— Itineri ilaliani.— Itinera græca. Contiene descripciones de Tierra Santa escritas en la Edad Media para servir de guías a los peregrinos.

2.a Série historique.— Quinti belli sacri scriptores minores. Chroniques de Morée. Gestes des Chiprois.

3.a Publications patronnées par la Société.— Entre, ellas: De passagiis in Terram Sanctam (ed. Thomas), con la reproducción de las viñetas del manuscrito. Exuvia sacrae Constantinopolitanae, 2 vol. (ed. Riant), documentos relativos a las reliquias traídas por los occidentales.

4.a Archives de l'Orient latin— Riant, Inventaire critique des lettres historiques des croisades.

Hace falta, además, reunir los detalles diseminados en casi todas las crónicas de la época.

Las actas y cartas relativas al reino de Jerusalén están analizadas en forma de «regestas» en latín por Roehricht, *Regesta regni hierosolymitani*, 1097-1291. Innsbruck, 1893.

OBRAS.

No hay en francés una historia general de las Cruzadas que sea recomendable. Michaud, *Histoire des croisades*, 1.a ed., 3 volúmenes, 1812-1817, reeditada varias veces hasta 1840; fue en su tiempo una obra clásica, pero debe consultarse con desconfianza; el autor tomó como guía a Guillermo de Tiro.— Michaud, *Bibliothèque des croisades*, 4 vol., 1830. Colección de extractos traducidos de los escritores de la época; está sujeto á la misma censura; se puede utilizar aun el volumen de extractos de los escritores árabes.

En alemán hay tres obras de conjunto sobre las cruzadas: Wilken, *Geschichte der Kreuzzüge*, 7 volúmenes, 1807-1832, tiene el mismo defecto que Michaud respecto a la primera Cruzada; está un poco anticuado respecto a la segunda y la tercera; puede servir para las restantes Cruzadas.—Kugler, *Geschichte der Kreuzzüge*, 1880, in-8.º, 2.a ed., 1891 (colección Oncken), expone concienzudamente, en forma mediocre, los trabajos más recientes.—H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, 1883, in-8.º, describe con detalles la vida de los cruzados y de los cristianos de Oriente, muy animada, a veces fundada en conjeturas y a veces inexacta.

Se han escrito varias monografías excelentes en los últimos veinte años acerca de las principales cuestiones de la historia de las Cruzadas.

Los editores de la *Collection de l'Histoire des croisades* insertan, precediendo a los documentos, varios prólogos, algunos de los cuales son trabajos importantes. Véase, especialmente, respecto a los cristianos armenios de Cilicia, la introducción de Dulaurier a los *Documents arméniens*.

Sobre los preliminares de la Cruzada: Riant, *Inventaire critique des lettres historiques des croisades. Expéditions et pèlerinages des Scandinaves en Terre-Sainte*, 1865, estudio sobre las relaciones de los pueblos del Norte con Tierra Santa antes de las Cruzadas.

Sobre la 1.a Cruzada: H. von Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges* (1.a ed., 1841; 2.a, 1881).— Hagenmeier, *Le vrai et le faux sur Pierre l'Ermite* (trad. del alem), 1879, in-8.º

Sobre la 2.a Cruzada: Kugler, Studien zur Gesch. d. zweiten Kreuzz.

Sobre las Cruzadas contra los musulmanes: Rcehricht, Beiträge zur Geschichte der Kreuzzüge, 2 vol., 1874-78, in-8.º, estudia principalmente la misión de los alemanes en las Cruzadas. — Prutz, Kaiser Friedrich /, 3 vol. (1871-74), Cruzada de Federico Barbarroja.— Wallon, Saint Louis et son temps, 2 vol., 1875, relata las expediciones de San Luis.— Forschungen zur deutschen Geschichte. Esta colección contiene varios estudios sobre las Cruzadas: Cruzada de Federico I (1870).—Sitio de San Juan de Acre; Cruzada de 1217 (1876), Cruzada de Tibaldo de Champaña (1886).—Pérdida de San Juan de Acre en 1291 (1879).

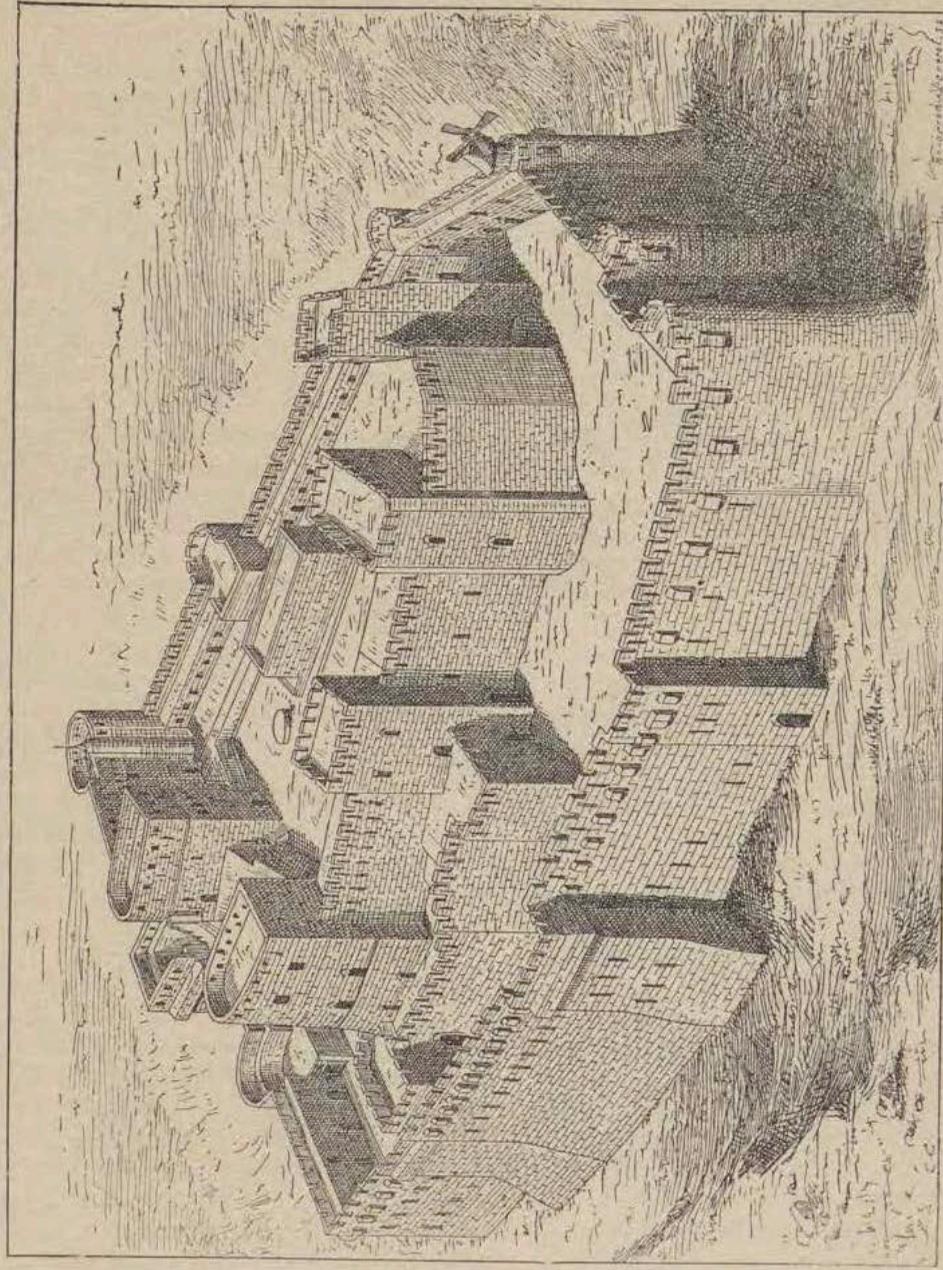
Sobre las tentativas de Cruzadas en el siglo XIV: Delaville le Roulx, La France en Orient au XIVe siècle, 1886.

Sobre la 4.a Cruzada: Revue des questions historiques: Riant, Innocent III, Philippe de Souabe et Boniface de Montferrat, 1875.— Changement de direction de la quatrième croisade, 1878.— Tessier, La quatrième croisade (1884).— Streit, Beitrag zur Geschichte des vierten Kreuzzuges (1877).— E. Bouchet (nueva ed. de Villehardouin, 2 vol.), 1892, discute los motivos que desviaron a las Cruzadas hacia Constantinopla.—Klimke, Die Quellen zur Gesch. des vierten Kreuzz, Breslau, 1875.

Sobre las órdenes militares: Delaville le Roulx, De prima-origine Hospitalariorum, 1885 (tesis). Wilcke, Geschichte des Ordens der Tempelherren, 2 vol., 1861. Prutz, Entwicklung und Untergang des Tempelherrenordens, 1888.

Sobre los Estados cristianos de Oriente: Du Cange, Les familles d'outre-mer, escrito en el siglo XVII, publicado por Rey, 1876, bajo el patronato de la Soc. del Oriente latino; investigaciones sobre las familias nobles establecidas en Oriente.— Rey, Les colonies franques de Syric aux XII el XIII siècles, 1882, en 8.º, describe la vida de los principados cristianos.—Rey, Architecture militaire des croisés, estudio sobre los castillos de Palestina, con grabados y ensayos de reconstitución.— Heyd, Histoire du commerce du Levant au moyen Age, 2 vol., 1879 (trad. fr. 1885-1886), bonísima descripción de la vida de las colonias de mercaderes italianos en Siria.— Mas Latrie, Histoire de l'île de Chypre sous le régime des Lusignan, 3 vol., 1861, en 4.º.— Schlumberger, Numismatique de l'Orient latin, en 4.º, monografías sobre los príncipes cristianos de Siria y de Grecia, seguidas de planchas que reproducen las monedas.— Heeren, Essai sur l'influence des croisades, 1821, en 8.º, obra célebre en su tiempo, exagera mucho la influencia de las Cruzadas en la civilización europea.

CONSTRUCCIONES DE LOS CRUZADOS



EL KRAK DE LOS CABALLEROS

LAS CRUZADAS¹.

1. Las Cruzados. **2.** La dominación musulmana en el siglo XI. **3.** El imperio griego al comenzar las Cruzadas. **4.** Estado de los pueblos de Occidente. **5.** Causas de las Cruzadas. **6.** Motivos u ocasiones. **7.** Primeras Cruzadas. **8.** Resultados de la primera Cruzada. **9.** Decadencia del reino de Jerusalén.

1. Las Cruzadas. El tercer período de la historia de la Edad Media está caracterizado por un hecho, único en la historia universal, grande y extraordinario, no tanto por lo que en sí mismo representa, como por sus trascendentales consecuencias en la vida de la humanidad; este hecho son las Cruzadas que comienzan a fines del siglo **XI** (1096) y se prolongan casi por doscientos años (1270).

Llámanse Cruzadas las expediciones de los pueblos de Europa al Asia para rescatar del poder de los infieles los lugares de Palestina santificados por la vida y muerte de Jesucristo; tomaron ese nombre de la cruz roja en el pecho que como distintivo usaban los expedicionarios. íntimamente relacionadas con el feudalismo, por haber sido la nobleza feudal el principal elemento de aquellas expediciones, aunque los cruzados procedían de todos los pueblos de Europa, tuvieron en ellas mayor participación los Franceses, por encontrarse allí más desarrollada aquella institución. Sola España, demasiado ocupada por la guerra o cruzada que mantenía en su propio territorio contra los musulmanes, y por la escasa importancia que aquí tuvo el feudalismo, no tuvo participación en aquellas célebres expediciones.

Generalmente se cuentan ocho Cruzadas hasta la muerte de S. Luis. Sin embargo, atendiendo al espíritu cristiano y caballeresco que las informa y caracteriza, y al fin que se proponen de rescatar la Tierra Santa, bien podrían reducirse a las tres primeras, puesto que la cuarta se desvió ya del objeto principal, y las restantes no tienen el carácter general ni revisten la importancia que las primeras.

2. La dominación musulmana en el siglo XI. Ya hemos visto en lecciones anteriores que los Turcos Seljiúcidas, al mando de Togrul-Bec, obligaron a los Gaznevidas a replegarse hacia la India, y arrebataron a los Buidas el título de Emir al Omrah, dejando a los Califas de Bagdad reducidos al vano papel de Jefes de los Creyentes, sin autoridad alguna política, militar ni administrativa. Alp-Arslán y Malek Schah

¹ Tomamos estos apuntes de la obra de Juan de la G. ARTERO, *Historia de la Edad Media*, por D., Catedrático por oposición de Geografía Histórica, y actualmente de Historia Universal en la Universidad de Granada. Segundo Curso de Historia Universal. Granada, Imp. De J. López Guevara, 1882.

que sucedieron a Togrul, extendieron sus conquistas y su imperio del Caspio al Yémen, y del Helesponto y la China.

Á la muerte de Malek aquel vasto imperio se dividió en gran número de principados feudatarios, siendo los principales, la Sultanía de Rum, o de Iconio en el Asia Menor, con las ciudades de Iconio, Nicea, Dorileo, Tarso, etc., la de Irún o de Persia, cuya capital era Bagdad; la de Mosul en la antigua Mesopotamia; y las de Alepo, Antioquía y Damasco, al O. del Eufrates, en la Antigua Siria. No quedaba, pues, en aquel tiempo al imperio griego en Asia más que algunas plazas del litoral del Asia Menor.

En Egipto dominaban los Fatimitas, que extendieron sus conquistas por Arabia, Siria y Palestina. A ellos se debe el origen de la secta de los Asesinos, que desde su establecimiento del Antilíbano, ejecutaban ciegamente las órdenes de su jefe el viejo de la montaña, sembrando el terror y el espanto lo mismo entre los cristianos que entre los mahometanos. Poco antes de las Cruzadas perdieron los Fatimitas Siria y Palestina, que pasaron a los Seljiúcidas, si bien recobraron Jerusalén.

3. Estado del imperio griego al comenzar las Cruzadas. Continuaba envejeciendo y lentamente aniquilándose el imperio de Constantinopla, combatido sin cesar por los ávaros, húngaros, búlgaros y rusos, por el Danubio, y mermadas cada día sus posesiones en el Asia por el poder creciente de los turcos, hasta quedar reducidas a unas pocas fortalezas en la costa del Asia Menor. En el interior las discordias civiles, las disputas religiosas, la separación de la Iglesia griega de la latina, y la corrupción de costumbres, habían conducido aquel imperio a la más aflictiva situación.

En tales circunstancias, después de los reinados escandalosos de Zoe y de Teodora, que prostituyen la púrpura imperial con sus indignos favoritos, la dinastía Macedónica concluyó por la victoria de Isaac Comneno sobre Estratiótico, (1057). Isaac, fundador de la dinastía ilustre de los Comnenos, abdicó a los dos años, y después de algunos emperadores sin nombre y sin importancia, ocupó el trono su nieto Alejo Comneno que, atacado a la vez por Roberto Guiscardo, y por Malek-Schah en el Asia Menor, pidió auxilio al Papa y a los pueblos de Occidente para defender el cristianismo y la civilización; dando con esto motivo a la primera Cruzada.

4. Estado de los pueblos de Occidente al comenzar las Cruzadas. Agitadas las naciones por las luchas de los grandes señores feudales, y no bien afirmado el poder real, sólo el Pontificado, victorioso en sus luchas con el Imperio, tenía prestigio e

influencia bastante sobre los pueblos para reunirlos en un pensamiento común, cristiano, y lanzarlos en caso necesario a la realización de grandes empresas.

Pero no todos los pueblos de Europa se encontraban en iguales condiciones. Ya hemos dicho que España, ocupada en la guerra contra los musulmanes, no podía distraer su pensamiento ni sus fuerzas en empresas exteriores; los pueblos del Norte luchaban por constituirse y tenían que combatir a la vez la idolatría. En el centro de Europa, la Alemania, turbada todavía por las guerras entre el Pontificado y el Imperio, y por la rivalidad política de los gibelinos y guelfos, no se hallaba por lo pronto bien preparada para tomar participación importante en las Cruzadas.

Francia, por el contrario, donde el poder feudal se había desarrollado en toda su plenitud, y los pueblos y los señores estaban cansados de guerras fratricidas, y ansiosos de emplear aquella exuberancia de fuerzas en empresas grandes y levantadas; Inglaterra, donde Guillermo el Conquistador había importado el espíritu guerrero y aventurero de su raza normanda; y la Italia meridional, dominada también por esa misma raza, procedente de la Normandía francesa; estos tres pueblos, Francia, Inglaterra e Italia, estaban en condiciones inmejorables para cualquier empresa grande y extraordinaria, al ser convocados por una voz autorizada y de prestigio universal, como lo era el Pontificado.

5. Causas de las Cruzadas. Si la grandeza de los hechos es un resultado necesario de la grandeza de sus causas, y si en los grandes acontecimientos históricos entra por poco la libertad humana, será necesario buscar las causas de las Cruzadas, no en pequeños hechos, ni pasajeros accidentes individuales, sino en las condiciones mismas de la sociedad de toda Europa, en causas que de muchos siglos se vienen preparando, para producir en momento oportuno y ocasión propicia ese grande, extraordinario y original acontecimiento que por espacio de dos siglos ocupó la actividad de tantos pueblos.

Las Cruzadas son ante todo y sobre todo expediciones y guerras religiosas; así es que la causa primera y más importante de este acontecimiento se encuentra en la antipatía y el odio religioso entre el cristianismo y el islamismo, que tiene su origen casi en los mismos tiempos de Mahoma, en el siglo VII, y que desde entonces fue creciendo y aumentándose, y exaltando los espíritus principalmente entre los cristianos, por las guerras continuas de los sectarios de ambas religiones en Oriente, en Italia y en España.

Aunque menos influyente que la anterior, ha de reputarse también como causa de las Cruzadas el deseo y la conveniencia para la política de Europa de atajar los progresos de las armas musulmanas, que, aunque vencidas en Italia y en España,

adelantaban sus conquistas sin cesar por el imperio de Oriente, constituyendo así una amenaza constante contra los pueblos europeos.

Además de estas dos causas principales, existen otras más inmediatas y secundarias, que contribuyen al mismo resultado: tales son; el deseo de los Papas de aumentar su poder y su influencia por la unión de la Iglesia griega a la latina; el interés del clero por apoderarse de los bienes que vendían los señores al marcharse a las Cruzadas, con lo cual aumentaba su consideración y su importancia en la sociedad; el deseo de los reyes de alejar de sus Estados a los vasallos turbulentos, apoderándose de sus bienes cuando morían en las Cruzadas; el espíritu aventurero de los señores, ansiosos de alcanzar distinción en aquellas guerras, y conquistarse nuevos Estados en el lejano Oriente; y el afán del pueblo por mejorar la miserable condición que llevaba en Europa, adscrito a la tierra.

Y aparte de todo esto, algunos, quizá muchos marchaban a Tierra Santa por verdadera devoción, otros por redimir por este medio sus pecados, y la mayor parte por aprovecharse de la Indulgencia Plenaria, concedida por los Pontífices a todos los que morían combatiendo a los infieles.

Tales son las causas generales y remotas, y particulares e inmediatas que dieron lugar a las Cruzadas.

6. Motivos u ocasiones de las Cruzadas. Las dos causas principales, religiosa y política, que hemos señalado a las Cruzadas., vinieron a concretarse en 1096 en las predicaciones de Pedro el Ermitaño, y la petición de auxilio a la Europa por el Emperador Alejo, para rechazar a los Mahometanos.

Desde los primeros tiempos, y más principalmente desde Constantino, acostumbraban los cristianos a visitar en peregrinación los santos lugares de Palestina. Mientras aquel país perteneció al imperio de Oriente, no encontraban dificultad estas peregrinaciones; cuando aquel país cayó en poder de los musulmanes, los cristianos tuvieron alguna seguridad, al menos en la época primera y más brillante del Califato; pero a la decadencia del imperio musulmán, fueron tratados los peregrinos con la más afrentosa tiranía, sufriendo toda clase de tributos y vejaciones, y pesando sobre ellos una verdadera esclavitud.

La precaria situación de los peregrinos se agravó todavía cuando Jerusalén cayó en poder de los turcos Seljiúcidas: en aquel tiempo Gregorio VII hizo un llamamiento a los fieles para la defensa de Tierra Santa; pero su voz se perdió en medio de las querellas de Occidente; no estaba todavía Europa preparada para las grandes expediciones que se habían de verificar después.

En el pontificado de Urbano II, un pobre ermitaño, llamado Pedro, natural de Amiens, emprendió su viaje a Jerusalén. Santamente indignado contra los musulmanes por la profanación de los lugares santificados por la vida y muerte del Salvador, regresa a Europa, y autorizado por el Papa, recorre todos los países con un crucifijo en la mano, excitando con su elocuencia natural y penetrante, a la guerra contra los infieles. A su voz la Europa se conmueve en términos que solo falta una voz autorizada que la impulse a la grande empresa de rescatar Palestina.

En estas circunstancias, Alejo Comneno, estrechado por los musulmanes acudió al Papa implorando la ayuda de los pueblos de Occidente para rechazar a los enemigos de la cristiandad. Urbano II reúne el concilio de Clermont en Francia, excitando elocuentemente a la multitud inmensa allí reunida, a la conquista de Palestina y ofreciendo indulgencia plenaria a todos los que tomen parte en la guerra contra los infieles: sus palabras fueron acogidas con entusiasmo, y al grito de Dios lo quiere, todos los presentes prometen formar parte de la expedición.

7. Primera Cruzada. La primera Cruzada tuvo dos expediciones, la del pueblo y la de los caballeros. Los primeros, impacientes por la lentitud de los preparativos de los segundos, se encaminaron por el valle del Danubio, dirigidos por Pedro el Ermitaño y un noble sin bienes, llamado Guáltero sin Hacienda. Componíase esta primera expedición de cien mil personas, algunos soldados bien armados, solo ocho caballeros, formando la casi totalidad, siervos, artesanos, sacerdotes, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todas las clases, en fin, de la sociedad, marchando sin armas o mal armados, sin orden, concierto ni disciplina. Socorridos por la caridad de los fieles en Alemania, se vieron ya privados de todo auxilio en el país de los Húngaros y de los Búlgaros, y obligados por la necesidad, comenzaron los robos y las violencias, y los habitantes irritados los degollaron por millares, y los que pudieron escapar llegaron en el más deplorable estado a Constantinopla. Para librar de aquella plaga sus Estados, el Emperador Alejo los hizo trasportar al Asia Menor, donde casi todos fueron degollados por las tropas del Sultán de Nicea, salvándose Pedro el Ermitaño, que regresó a la Capital.

Mientras experimentaba tan horroroso desastre la primera expedición, los caballeros, después de equipados y armados, y bien provistos para evitar contratiempos semejantes, formaron tres ejércitos en Francia, uno al Norte, que al mando de Godofredo de Bullón, se dirigió por el valle del Danubio; el del centro, dirigido por el duque de Vermandois y Roberto de Normandía, se encaminó por Italia, donde se les unió Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, pasando el Adriático y encaminándose a Constantinopla; el del Mediodía, guiado por el conde

de Tolosa, marchó por Lombardía y el Friul. Todos tres ejércitos componían un millón de individuos, entre ellos las mujeres y los niños, y se reunieron en Constantinopla, designada de antemano como base de las operaciones contra los infieles.

Parecía que Europa entera iba a caer sobre el Oriente. El pérfido Alejo, ya que no pudo deshacerse de tan molestos huéspedes que él mismo había llamado, consiguió con su astucia que le jurasen vasallaje por las tierras que iban a conquistar y que habían pertenecido al imperio, y les facilitó cuanto fue necesario para pasar al Asia Menor.

Comienza la Cruzada, o la guerra con los musulmanes, sitiando a Nicea, que pertenecía al Sultán de Iconio, y de la cual se hizo dueño Alejo por el vasallaje que le habían prestado los cruzados. Poco después causaron estos una completa derrota a los turcos en Dorileo, recogiendo un inmenso botín; sufrieron penalidades sin cuento en Asia Menor, atravesaron la Cilicia y llegaron a la rica y populosa ciudad de Antioquía, la perla de Oriente, situada sobre el Orontes, que después de nueve meses de sitio cayó en poder de los cruzados. A poco se vieron estos sitiados a su vez por los Sultanes de Mosul, Alepo y Damasco, que apretaron tanto el cerco que los cristianos que habían pedido la paz en vano, estaban próximos a sucumbir, cuando un sacerdote encontró la que se creyó ser la santa lanza, y animados por este hallazgo, señal evidente para ellos de la protección divina, arrollaron al ejército enemigo mucho más numeroso que el de los cristianos. Bohemundo quedó como príncipe de Antioquía; Balduino se apoderó de Edesa en Mesopotamia, y el resto de los cruzados se dirigió por el Sur, camino de Jerusalén.

Llegados a la vista de la ciudad Santa, los cruzados se arrodillaron y besaron la tierra para dar gracias a Dios. Jerusalén, que pertenecía al Sultán de Egipto, estaba bien defendida; pero el valor y entusiasmo de los cruzados, venció todos los obstáculos, y a las cinco semanas penetraron en la ciudad, haciendo tal carnicería entre los habitantes judíos y mahometanos, que en el templo de Salomón llegaba la sangre a las rodillas y a las bridas de los caballos.

8. Resultados de la primera Cruzada. Verificada la conquista de Palestina, los cruzados que en su mayor parte eran franceses, se apresuraron a establecer allí el régimen feudal que dominaba en Francia, Creóse un reino cuya capital fue Jerusalén, eligiendo para ocupar el trono a Godofredo de Bullón, reconocido como el más digno de los cruzados por su valor, su prudencia y su piedad; pero rehusó ceñir corona de oro, en el lugar donde el Salvador del mundo había llevado la de

espinas, y no usó otro título que el de barón del Santo Sepulcro. Poco después afirmó Godofredo su dominación por la victoria de Ascalón sobre los ejércitos reunidos de Egipto, de Damasco y de Bagdad.

Ocupóse después Godofredo en constituir el gobierno en su reino, redactando el célebre código llamado Asisas de Jerusalén, por el cual se introdujo y organizó en Asia el sistema feudal, creándose dos condados de Trípoli y de Edesa y los principados de Antioquía y Galilea, que representaban los grandes feudos del nuevo reino. Se estableció un tribunal superior presidido por el mismo rey, que juzgaba las causas de los señores, otro de vecinos presidido por un vizconde, y otro compuesto de Sirios para juzgar a los naturales. La nobleza se organizó como lo estaba por entonces en Francia, y lo mismo la jerarquía eclesiástica: muchas ciudades tuvieron privilegios municipales y se administraron por sí mismas.

9. Decadencia del reino de Jerusalén. Un año después de la conquista de Jerusalén, murió Godofredo de Bullón. Durante los reinados de sus sucesores Balduino I y II, continuaron las conquistas de los cruzados, que se apoderaron de San Juan de Acre, Berito, Sidón y Tiro, extendiendo su dominación por las costas del Mediterráneo.

En los reinados de Foulques de Anjou y de Balduino III comienza la decadencia del reino de Jerusalén, atacado por Zenghi, sultán de Mosul que había sometido los Estados mahometanos del Asia anterior, y después por su hijo Nuredino, cuyas victorias sobre los cristianos, pusieron en el último trance el reino de Balduino, quien tuvo que pedir nuevos auxilios a Europa, dando lugar a la segunda Cruzada.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1.—Se llaman Cruzadas las expediciones de los pueblos de Europa al Asia para rescatar del poder de los Infieles los lugares de Tierra Santa. Aunque se cuentan ocho, las principales son las tres primeras. Llevadas a cabo por la nobleza feudal, en ellas tuvo Francia mayor participación, por estar allí más desarrollado el feudalismo: España, ocupada en la guerra contra los mahometanos, permaneció alejada de aquellas expediciones.

2. Los Turcos Seljiúcidas, dueños del Califato de Oriente, dominaban en casi toda el Asia Menor: a la muerte de Malek-Schah se dividió el imperio en varias sultanías, siendo las principales las de Iconio, la de Persia, y las de Mosul, Alepo, Antioquía y Damasco: los Fatimitas, dueños del Egipto, extendieron su dominación a Siria y Palestina.

3. El imperio griego continua en su decadencia, atacado en Europa por los Húngaros y Búlgaros y en Asia por los Turcos. Concluye la dinastía Macedónica con

Estratigotico, y le sucede Isaac Comneno, fundador de la de este nombre: su nieto Alejo pidió auxilio a Europa contra los Turcos, promoviendo así la primera Cruzada.

4. En medio de la división y de las guerras de los pueblos de Europa, solo el Pontificado tenía autoridad: España, ocupada en la guerra contra los infieles; los pueblos del Norte no bien constituidos todavía, y la Alemania turbada por las guerras entre el Pontificado y el Imperio, y de los güelfos y gibelinos. Francia, Inglaterra y la Italia meridional, donde dominaba más especialmente el feudalismo, estaban bien preparadas para cualquier empresa grande.

5. Las causas de las Cruzadas son: el odio religioso entre cristianos y mahometanos: la conveniencia política de Europa de detener las conquistas de estos últimos en el imperio griego: el deseo de los Papas de unir la iglesia griega a la latina: la conveniencia del clero, que se enriquecía con los bienes de los cruzados: la de los reyes que alejaban por este medio sus vasallos turbulentos; el espíritu aventurero de los señores feudales; y el deseo del pueblo de mejorar su situación.

6. Los motivos de las Cruzadas fueron, la predicación de Pedro el Ermitaño, excitando a Europa a rescatar los santos lugares de Palestina; la petición de auxilios por el emperador Alejó al Papa para rechazar a los enemigos de la cristiandad: y la indulgencia plenaria concedida por Urbano II en el concilio de Clermont a todos los que tomaran parte en aquellas expediciones.

7. Impaciente el pueblo por marchar a Tierra Santa, se reunieron más de cien mil personas de todas las clases sociales a las órdenes de Pedro el Ermitaño y Gualtero sin Hacienda, muriendo casi todos por la espada de los Húngaros y Búlgaros, y después por la de los Turcos en el Asia Menor. El ejército de los Caballeros, compuesto de un millón de individuos, se dirigió por distintos caminos a Constantinopla: pasó al Asia, sitió Nicea, derrotó a los Turcos en Dorileo, tomó la ciudad de Antioquía, y después de un corto sitio se apoderó de Jerusalén.

8. Los cruzados fundaron el reino de Jerusalén, y eligieron rey a Godofredo de Bullón: se crearon los condados de Trípoli y de Edea y los principados de Antioquía y de Galilea; estableciéndose además el sistema feudal.

9. Los sucesores de Godofredo completaron la conquista de Palestina; pero las victorias de Zenghi y de Nuredino sobre Balduino III pusieron en grave peligro el reino de Jerusalén, y provocaron la segunda Cruzada.

Las Cruzadas. 2.

1. Continuación de las Cruzadas. 2. La segunda Cruzada. 3. La tercera. 4. La cuarta. 5. Imperio latino de Constantinopla. 6. Quinta y sexta Cruzada. 7. Séptima y octava. 8. Por qué terminaron las Cruzadas. 9. Sus consecuencias inmediatas. 10. Sus consecuencias lejanas o mediatas. 11. Juicio sobre las Cruzadas.

1. Continuación de las Cruzadas. A pesar de los desastres y enormes pérdidas que tuvieron los cristianos en la primera Cruzada, a los cincuenta años se verifica la segunda, y les siguen las restantes hasta el número de ocho, que por espacio de dos siglos mantienen casi constantemente ocupadas las fuerzas de Europa en el lejano Oriente. Es la primera y única vez en la historia en que por una sola idea alcanzan las guerras tanta duración.

Desde luego puede sentarse como causa primordial de la continuación de las Cruzadas, la misma exageración del sentimiento religioso que les había dado origen; pues este sentimiento no se extinguió con la primera Cruzada, sino que continuó predominando durante toda la Edad media, aunque insensiblemente se iba debilitando. Contribuyeron también a esa duración los intereses creados en Oriente por la primera expedición; las considerables ganancias que reportaban a las ciudades marítimas, ya por el transporte de los Cruzados desde Europa al Asia, como por la conducción de víveres y pertrechos de guerra, y muy principalmente por las inmensas riquezas que les proporcionaba el comercio de Oriente. Entre estas ciudades eran las principales Génova y Venecia. Por último, a medida que el fervor religioso y el entusiasmo por las Cruzadas se debilitaba, la Iglesia los reanimaba concediendo cada vez mayores privilegios, derechos y exenciones a todos los que se alistaban para aquellas guerras santas.

Tales fueron las principales causas por las que pudo sostenerse por tanto tiempo el movimiento de la Europa hacia Palestina.

2. Segunda Cruzada. La decadencia era cada día mayor en el reino de Jerusalén, por las querellas que allí se suscitaban entre los señores, por la enemistad y guerra que tuvo que sostener con el imperio de Oriente y por las victorias de Zenghi y de Nuredino, que obligaron a Balduino III a pedir auxilios a Europa para resistir a los mahometanos.

San Bernardo, monje del Císter y abad del monasterio de Claraval, fue encargado por el Papa Eugenio III de predicar la nueva Cruzada. Dotado de altas prendas de saber y de santidad y con una elocuencia arrebatadora, recorrió Francia y Alemania, obteniendo con su predicación un éxito asombroso, puesto que Luis VII, rey de Francia y Conrado III, de Alemania se decidieron a ponerse al frente de aquella expedición.

Luis VII que en sus guerras en la Champaña, había mandado incendiar la pequeña ciudad de Vitry, pereciendo abrasados en el templo hasta 1.300 personas, tuvo por este hecho violentos remordimientos, y excitado por San Bernardo, determinó marchar a socorrer el reino de Jerusalén para expiar de esta manera el crimen involuntario de que él mismo se acusaba. Conrado III, conmovido también por San Bernardo, partió el primero con sus alemanes, sin procurar unir sus fuerzas con las del rey francés. Después de varias luchas con el emperador de Oriente, pasó al Asia Menor, y extraviado por los guías que le había proporcionado el pérfido Manuel Comneno, fue sorprendido y derrotado en los desfiladeros de la Licaonia por Nuredino, perdiendo casi todo su ejército, huyendo el mismo Conrado a Constantinopla; desde donde pasó como peregrino a Jerusalén, regresando a Europa sin obtener resultado alguno de su expedición.

El rey de Francia, para evitar los mismos desastres, se dirigió por la costa del Asia Menor, siendo derrotado también en la Panflia; desembarcó en Antioquia con un ejército diezmado, visitó a Jerusalén, se unió al fin con el emperador Conrado y después de sitiar sin resultado la ciudad de Damasco, regresaron los dos príncipes a Europa, habiendo perecido en aquella expedición los dos ejércitos que se elevaban a 400.000 hombres, sin haber ganado una batalla importante que les diera alguna gloria.

3. Tercera Cruzada. A la muerte de Nuredino, se entronizó en Egipto la familia de los Ayubitas con Saladino, hijo de Ayub, que extendió rápidamente su dominación por Siria. En el reino de Jerusalén a Balduino III sucedieron Amalarico y Balduino IV, el Leproso, que triunfó por última vez de Saladino en las llanuras de **Ascalón**. Este tomó bien pronto la revancha: muerto en menor edad Balduino V, le sucedió el débil **Guido de Lusignán**, en cuyo tiempo penetró Saladino en Palestina, derrotó

completamente a los cristianos en la batalla de Tiberiades, cayendo en su poder el rey de Jerusalén y el Gran Maestre de la Orden del Temple; y apoderándose sucesivamente de las principales plazas de Tierra Santa; últimamente, tras corta resistencia se hizo dueño de Jerusalén (1187), tratando con benignidad a los vencidos.

La pérdida de Jerusalén a los 87 años de haber sido conquistada por Godofredo de Bullón, causó en Europa una consternación general. **Guillermo**, arzobispo de Tiro, testigo de aquellos sucesos, vino a Europa y fue encargado por el Papa Clemente III de predicar la guerra para rescatar Jerusalén. Los tres monarcas más poderosos de Europa, Felipe II Augusto de Francia, Ricardo, Corazón de León, de Inglaterra, y Federico Barbarroja, de Alemania, se disponen a marchar a Tierra Santa al frente de ejércitos numerosos. El Pontífice concedió grandes privilegios a los Cruzados, y se estableció la contribución llamada el **Diezmo de Saladino** sobre todas las tierras, para sufragar los gastos de la expedición.

Al frente de 100.000 hombres, marchó el primero Federico Barbarroja, siguiendo el camino de las Cruzadas anteriores. Llegó a Constantinopla, intimidó al emperador Isaac Angelo, pasó al Asia Menor, y después de derrotar al sultán de Iconio, se ahogó al atravesar a nado el río Salef o Cidno en Cilicia. Los restos del ejército, desalentados por aquel acontecimiento, fueron conducidos por un hijo del emperador hasta Palestina, donde se reunieron con los otros Cruzados.

Dando de mano a sus querellas los reyes de Inglaterra y Francia, se dirigieron también a Tierra Santa, y para evitar los peligros del camino por el Asia Menor, se embarcaron, el rey de Inglaterra en Marsella y el de Francia en Génova. Reuniéronse en Mesina, donde por pequeños motivos se enemistaron de tal manera que se hizo imposible entre ellos toda reconciliación. Llegados a San Juan de Acre, sitiada por Guido de Lusián, se apoderaron de la plaza, distinguiéndose en el asalto el rey de Inglaterra, que insultó en aquella ocasión a Leopoldo de Austria, atrayéndose por esta causa su enemistad, y un implacable deseo de venganza que se vio satisfecho poco después.

Apenas tomada San Juan de Acre, Felipe Augusto regresó a Francia. El rey de Inglaterra continuó la guerra contra Saladino, a quien derrotó en la batalla de Arsur; pero desesperando de tomar a Jerusalén, hizo una tregua con el musulmán, por la cual podrían los cristianos visitar libremente los lugares santos de Palestina, y regresó a Europa obligado por las maquinaciones de su hermano Juan sin Tierra. Durante la travesía, arrojado por una tempestad a los Estados del duque de Austria, su enemigo, fue hecho prisionero y tuvo que sufrir una dura cautividad, 1193-1195.

Antes de emprender el sitio de San Juan de Acre, el rey de Inglaterra se había apoderado de Chipre, que vendió a Guido de Lusignan, en cuya familia se mantuvo aquel pequeño Estado por espacio de 300 años.

4. Cuarta Cruzada. Los heroicos esfuerzos de Ricardo, Corazón de León, no habían conseguido arrojar de la Palestina a Saladino. Muerto este, sucedió su hermano **Malek-Adel**, que amenazó las pocas plazas que aún conservaban los cristianos en Oriente. El Papa Inocencio III, digno sucesor de Gregorio VII y Urbano II, llamó a Europa a una nueva Cruzada, que predicó Falques de Neuilly, la que, no tomando parte los reyes, fue dirigida por Balduino, conde de Flandes, Bonifacio, marqués de Monferrato y el Dux de Venecia Enrique Dándolo.

Después de tantos reveses y tan escasos resultados, se debilitó el entusiasmo religioso que había dado origen a las Cruzadas, sustituyéndole en la tercera el amor caballeresco de la gloria, y otros intereses menos nobles en la cuarta. Los cruzados se reunieron para embarcarse en Venecia, y no pudiendo pagar la enorme suma que por este servicio se les exigía, tuvieron que acceder a las ambiciosas pretensiones del Dux, comprometiéndose a ayudarle para recobrar la ciudad de Zara.

Al mismo tiempo, Isaac Angelo pidió auxilio a los cruzados contra su hermano que le había despojado del trono de Constantinopla, y se comprometió a unir la iglesia griega con la latina. Los venecianos, más atentos a sus intereses comerciales que a los fines de la expedición, convencieron a los Cruzados de la conveniencia de acudir al llamamiento que se les hacía. Dirigiéronse, pues, a Constantinopla; el usurpador fue arrojado del trono, y repuesto Isaac; pero sublevados los griegos contra los extranjeros, y habiendo estrangulado al príncipe Aléjo, los cruzados asaltaron a Constantinopla, suprimieron el imperio de Oriente y crearon un Estado que se llamó el **Imperio Latino**, repartiéndose todos sus territorios, introduciendo allí el sistema feudal y saliendo más que todos beneficiados los venecianos.

5. **Imperio Latino de Constantinopla.** En la repartición del imperio griego entre los cruzados, Balduino fue proclamado emperador; el marqués de Monferrato fue rey de Tesalia, recibiendo los otros jefes diferentes principados. Los venecianos obtuvieron la mitad de Constantinopla, casi todas las islas del Archipiélago y los establecimientos marítimos del Egeo, la Propóntide y el Ponto Euxino. En los dominios que restaban al imperio en Asia, Teodoro Lascaris fundó el imperio de Nicea y Alejo y David Comneno el principado de Trevisonda.

Los genoveses, rivales de los venecianos, apoyaron a los griegos del Asia Menor. Continuas revoluciones tuvieron lugar en Constantinopla, y después de cincuenta años de luchas constantes con los búlgaros y los griegos de Nicea, sucumbió el imperio latino en tiempo de Baduino III, restableciendo el antiguo imperio Miguel Paleólogo, y una nueva dinastía de este nombre (1261).

6. - Quinta y sexta Cruzada. La cuarta Cruzada había sido completamente inútil para el fin de aquellas expediciones: había derribado el imperio, estableciendo el latino en su lugar: pero ningún socorro llegó a Tierra Santa, donde las cosas estaban cada día en peor situación para los cristianos. Inocencio III consiguió reanimar una vez más el espíritu de Europa, y un ejército de niños imberbes emprendió una expedición a Palestina, pereciendo la mayor parte de fatiga en el camino, y cayendo más 30.000 en poder de los mercaderes de esclavos, que los vendieron como tales en los mercados de Africa.

Ante un desastre semejante, se reanimó el ardor belicoso de algunos príncipes, organizando la quinta Cruzada Juan de Briena, rey titular de Jerusalén, Andrés II rey de Hungría, y Guido de Lusiñán que lo era de Chipre. Apenas llegados a las costas de Palestina, el rey de Hungría se volvió a sus Estados, y poco después murió también el de Chipre, quedando solamente Juan de Briena que llevó la guerra a Egipto, se apoderó de Damietta, y hubiera podido hacerse dueño de Jerusalén, sin la obstinación del legado Pelagio que se negó a toda avenencia con los infieles. Los egipcios inundaron con las aguas del Nilo los alrededores de Damietta, y Juan de Briena tuvo que entregar la plaza y retirarse a Europa, terminando aquella Cruzada, como la anterior, sin provecho alguno para los cristianos de Tierra Santa.

Federico II, emperador de Alemania, casado con la hija de Juan de Briena, vino a ser de esta manera rey titular de Jerusalén; y tanto por esta circunstancia, como por cumplir las promesas solemnes que había hecho a Inocencio III y a Honorio III, se decidió al fin a dirigir una nueva expedición, que fue la sexta Cruzada. Partió con su ejército de Brindis, y aunque a poco tuvo que regresar al mismo punto por haberse declarado la peste entre los suyos, siendo atacado el mismo emperador, habiendo sido por esta causa excomulgado por el Papa; Federico al año siguiente se dirigió a Palestina, y por medio de un tratado con el sultán Malek-Kamel consiguió que pasasen a poder de los cristianos Bethlem, Nazareth, Jerusalén y otras ciudades, pero habiendo pactado también que los mahometanos tendrían su mezquita dentro de la última de estas ciudades, se atrajo el odio de los templarios y hospitalarios y de los obispos.

Últimamente Federico tuvo que abandonar, la Tierra Santa, para defender sus Estados de Italia meridional, donde Juan de Briena, excitado por el Papa enemigo del emperador, le había promovido guerra. La energía de Federico consiguió arrojar a poco tiempo a sus enemigos de Sicilia y obligó al Papa á firmar la paz.

7. Séptima y octava Cruzadas. Las dos últimas Cruzadas fueron dirigidas por el Santo rey de Francia Luis IX. Durante una grave enfermedad hizo voto de llevar sus armas a Tierra Santa, y aunque trataron de disuadirlo de su propósito por los males que podrían sobrevenir a la nación durante su ausencia, insistió el rey en llevar a cabo su resolución, y después de grandes preparativos, partió con su ejército de Aguas Muertas en las bocas del Ródano, yendo a desembarcar en Chipre, donde pasó aquel invierno; marchando a la primavera siguiente a Egipto, cuyo sultán se había apoderado de Jerusalén.

San Luis se apoderó con facilidad de la plaza de Damietta; pero cuando intentó penetrar en el interior del Egipto y apoderarse del Cairo; las condiciones del territorio, surcado por todas las partes de canales, la desorganización de su ejército, el hambre y la peste, y las armas de los enemigos le hicieron perder la mayor parte de sus tropas, y al intentar retroceder a Damietta, fueron derrotados y el rey hecho prisionero por los musulmanes y conducido a Mansurah, donde recobró la libertad, devolviendo Damietta y entregando un millón de besantes de oro (48 millones de reales).

Después de estos hechos, San Luis pasó cuatro años en Palestina, visitando los pocos lugares que todavía poseían los cristianos, reparando sus fortificaciones, y no volvió a Francia hasta la muerte de su madre Blanca de Castilla, a quien había dejado el gobierno de su reino durante su ausencia.

En el año 1270 tuvo lugar la octava y última Cruzada emprendida también por San Luis, por haber caído en poder de los Mamelucos de Egipto todas las poblaciones de Palestina que aún quedaban en poder de los cristianos. Partió también esta expedición de Aguas Muertas, y desde Cerdeña, en lugar de dirigirse al Oriente, se encaminó a Túnez, tal vez por sugerencias de su hermano Carlos de Anjou, rey a la sazón de Nápoles y Sicilia. A poco de desembarcar junto a las ruinas de Cartago, se declaró la peste en su ejército y sucumbió el mismo rey el día 25 de Agosto, después de dar a su hijo Felipe que le acompañaba, útiles consejos y acertadas instrucciones. Poco después llegó el de Anjou, que consiguió imponer una paz honrosa al rey de Túnez, y regresó con los restos del ejército a Francia.

Después de una expedición menos importante del príncipe Eduardo de Inglaterra a Tierra Santa, San Juan de Acre (Ptolemaida), única plaza que allí poseían los

cristianos, cayó en poder de los sarracenos, no habiendo vuelto a sentar su planta como dominadores los europeos en Palestina, que hasta ahora continúa en poder de los turcos.

8. Por qué terminaron las Cruzadas. El entusiasmo religioso que había inspirado las primeras Cruzadas, se fue lentamente debilitando, y al cabo de dos siglos se había modificado de tal manera, que todo el prestigio y energía del Pontificado no fue bastante para reanimar a los pueblos de Occidente y lanzarlos como en otro tiempo a la conquista de la Tierra Santa. La voz de los Papas se pierde ahora en el vacío; todos la escuchan y ninguno la obedece; los santos lugares de la Palestina continúan en poder de los infieles, en cuyo estado se conservan hasta el presente.

Buscando la razón de un hecho semejante, no puede hallarse más que en la transformación que durante ese tiempo había experimentado la sociedad, debida en primer lugar a las mismas Cruzadas. La idea religiosa y el espíritu feudal son los únicos móviles en un principio; después nacen otras ideas, otras relaciones, otros elementos de vida antes desconocidos y que ahora ocupan los espíritus con preferencia a la religión y al feudalismo. Y los hombres y los pueblos atentos a otros fines y persiguiendo nuevos ideales, se desentienden por completo del asunto de las Cruzadas, que concluyen para siempre con la muerte de San Luis.

Los cuantiosos, inmensos sacrificios hechos por la Europa en las empresas de las Cruzadas, y sus escasos ó nulos resultados en cuanto al fin inmediato que se proponían, produjeron el cansancio y el descreimiento en lo que a este asunto se refería. El tiempo y la oportunidad de las expediciones religiosas habían pasado; ni el Pontífice ni otro poder humano podían colocar de nuevo a la sociedad en las mismas circunstancias del siglo XI: por eso no se han repetido después las Cruzadas.

9. Consecuencias inmediatas de las Cruzadas. En los grandes acontecimientos históricos hay que distinguir las consecuencias inmediatas del hecho mismo, lo que se realiza de la idea y propósito del autor o autores que lo llevan a cabo, y las consecuencias lejanas, es decir, aquellas que se desenvuelven más o menos tarde, como derivadas del mismo hecho, pero que no estaban ni podían estar en la mente de los personajes que lo realizan. Los hombres tienen conciencia de sus hechos y de sus inmediatas consecuencias; esto es lo único que se les puede atribuir, y de que pueden en justicia responder. Todo lo que aparte de esto pueda resultar, que es lo que se entiende por consecuencias mediatas o lejanas, ni están en la conciencia humana, ni pueden atribuirse más que a la Providencia, que dirige la marcha de los pueblos y de la humanidad. En las primeras el hombre es verdadero actor, y por

tanto responsable; en las segundas es sólo un instrumento de los planes divinos y no le cabe por ello responsabilidad alguna.

Indagando los resultados inmediatos de las Cruzadas, puede observarse que el fin principal de aquellas expediciones, el rescate de los lugares Santos de la Palestina, se realizó en la primera, pero fue de tan corta duración que a los ochenta y siete años se habían perdido, sin que después hayan vuelto a recobrase. De la misma manera, la unión o reconciliación de la Iglesia griega con la latina, que seguramente entró por mucho en la mente de los Papas al promover aquellas guerras, ni se consiguió entonces, y quizá las mismas Cruzadas la hicieron más imposible para el porvenir.¹ Por consiguiente, las Cruzadas fueron completamente inútiles en cuanto á los dos principales fines religiosos que las habían promovido.

Hay quien pretende que las Cruzadas, además de los fines religiosos, tenían también un objeto político, cual era librar a Europa de la invasión de los mahometanos. Y si tales propósitos pudieron existir en los Papas o en los reyes, que bien puede creerse lo contrario, es lo cierto que las Cruzadas dieron un resultado contraproducente por haber contribuido, especialmente la cuarta, a debilitar el imperio griego, en lugar de fortalecerlo para que sirviera por su situación de antemural contra los sarracenos.

10. Consecuencias mediatas y lejanas de las Cruzadas. Las Cruzadas, como acabamos de ver, fueron completamente inútiles en cuanto a los fines que se proponían los cristianos; los hombres en aquella ocasión, como en muchas, se engañaron, y este engaño costó ríos de sangre a la humanidad. Pero nada se pierde en la historia; lo que los hombres no han podido prever, y por consiguiente no se les debe atribuir, la Providencia, que dirige los pasos de la humanidad por el camino del progreso, se encarga de realizarlo, sacando de esos mismos desaciertos consecuencias provechosas y resultados grandemente beneficiosos para el porvenir de la misma humanidad. Esto sucedió en las Cruzadas, que representan el hecho más importante de la Edad media, y el que más contribuyó en aquel tiempo al perfeccionamiento de los hombres y al cumplimiento de su misión en la Tierra.

En el orden religioso desaparece por las Cruzadas el predominio exclusivo de las ideas cristianas en todas las esferas de la vida, como había existido para bien de la Europa en el período anterior, conservando, sin embargo, la influencia que legítimamente les corresponde. Los hombres comienzan a aprender en aquellas guerras, que pueden vivir y desenvolverse por sí mismos sin necesidad de la tutela de Roma, en todo aquello que no se relaciona inmediatamente con la religión.

Las Cruzadas produjeron una verdadera revolución en el organismo social y político de los pueblos occidentales, desenvolviendo el ideal de la justicia por medio de la

caballería, y el de la virtud por las órdenes militares y mendicantes: contribuyendo a debilitar el feudalismo y a elevar el poder de los monarcas, por las riquezas y la autoridad que estos adquirieron con la ausencia de los señores, la enajenación de sus feudos y por los muchos que perdían la vida en aquellos remotos países. Al mismo tiempo contribuyeron las Cruzadas al desarrollo de la vida en las ciudades y a mejorar las condiciones de los pequeños feudatarios y de los siervos, desapareciendo en parte en medio de aquellas guerras lejanas é incesantes, las diferencias y distinciones que de sus señores los separaban.

La ciencia y la literatura europeas se transformaron también durante las Cruzadas, merced a las relaciones con el pueblo griego más adelantado, y hasta con los musulmanes que en parte conservaban la cultura del antiguo califato de Bagdad. Entonces adquiere su mayor desarrollo la Filosofía y la Teología entre los Escolásticos; se importan nuevos conocimientos geográficos, astronómicos y matemáticos, se enriquecen las ciencias naturales y la medicina, y se crearon las primeras universidades, sustituyendo en ellas el antiguo Trivium y Cuadrivium por las cuatro facultades de Teología, Filosofía, Jurisprudencia y Medicina. Entre todas las ciencias adquirió mayor desenvolvimiento la Geografía por los nuevos conocimientos adquiridos en el Oriente durante aquellos repetidos viajes y expediciones, que continuaron en mayor escala y más grandiosos resultados después de las invasiones de los mongoles en los siglos XIII, XIV y XV. Iguales progresos pueden notarse en la ciencia histórica desde las crónicas áridas y descarnadas de las primeras Cruzadas, hasta la historia en cierto modo pragmática de Guillermo de Tiro y de Jacobo de Vitry.

Grande fue también la influencia de las Cruzadas en la poesía, naciendo entonces los poemas épico-religiosos y caballerescos, y los romances; escritos todos en las lenguas vulgares que de esta manera adquieren vida propia e independiente de la latina, relegándose ésta cada vez más a los monasterios y catedrales. En las bellas artes la influencia de las Cruzadas quedó casi reducida a la arquitectura, introduciéndose quizá de Oriente en el siglo XII el estilo gótico u ojival.

Grande progreso recibió la agricultura en Europa por los viajes de los cristianos á Oriente, y principalmente al Egipto, donde este ramo de la actividad humana estaba muy adelantado, procurando introducir a su regreso los instrumentos y sistemas de cultivo que en aquellas regiones habían observado. Otro tanto sucedió con la industria por efecto del aumento de las necesidades, del lujo y de la comodidad que los cruzados trajeron de Oriente, y que procuraron conservar en Europa, naciendo con este motivo gran número de industrias antes desconocidas, que contribuyeron también al bienestar de las clases bajas de la sociedad. Pero mayor si cabe fue el desarrollo adquirido por el comercio, surcándolas naves de las repúblicas italianas

el Mediterráneo en todas direcciones, aportando las mercancías de los más remotos países de Asia y Africa, y adquiriendo por este medio inmensas riquezas Venecia, Genova, Pisa, Florencia, Marsella, Barcelona y otras ciudades en el Mediodía, y Brema, Lubek, Hamburgo, Brujas y otras en el Norte.

En suma, las Cruzadas trasformaron por completo la vida de los pueblos europeos en la Edad media: no hubo esfera alguna de la humana actividad a que no alcanzara su influencia bienhechora; pero no hay que perder de vista que estos beneficios no pueden ni deben atribuirse a los autores de las Cruzadas, sino a la Providencia que vela constantemente porque se cumplan los destinos humanos.

11. Juicio sobre las Cruzadas. Las Cruzadas fueron ilegítimas en su origen, porque los europeos no tenían derecho alguno a los países que se proponían conquistar: hubieran sido explicables si las hubiera realizado el imperio griego, a quien perteneció antes la Palestina; pero ya hemos visto que los cruzados conquistaron aquellos países y se los apropiaron, sin cuidarse de devolverlos al que podía pasar por legítimo dueño.

Dadas las circunstancias del tiempo en que se verificaron, se explican perfectamente las Cruzadas; pero estudiadas con arreglo a las ideas de nuestro siglo, hay que condenarlas como injustas, porque nadie tiene el derecho de imponer a otro sus ideas y menos las creencias religiosas por medios diferentes de los que enseña el Evangelio. Efecto de las preocupaciones pudieron creer los Papas y con ellos todos los hombres de aquel tiempo, que era licito para poseer el sepulcro de Jesucristo, sacrificar la vida de millones de cristianos; la humanidad de hoy, sin dejar de hacer justicia á los hombres del siglo XI, comprende de otra manera las ideas y los intereses del cristianismo, y no se preocupa de recobrar aquellos santos lugares, aunque pudiera con pocos esfuerzos conseguirlo; entiende como San Bernardo que, mejor que conquistar a Jerusalén es vencer nuestras inclinaciones pecaminosas.

Los que provocaron las Cruzadas obedecieron a las ideas y circunstancias de su tiempo, y bajo este punto de vista están exentos de responsabilidad; no así en cuanto a la manera y forma de llevarse a cabo aquellas guerras, pues que los crímenes y venganzas, los desórdenes y abusos sin cuento que entonces se cometieron, las crueldades y numerosas matanzas que les acompañaron, constituirán siempre una tremenda responsabilidad para todos los que en ellas intervinieron, y que pudiendo evitar o por lo menos modificar tantos horrores, ni siquiera lo intentaron.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. Contribuyeron a la continuación de las Cruzadas las mismas causas que les habían dado origen, los intereses creados, las pingües ganancias que de ellas sacaban las ciudades italianas, y los mayores privilegios concedidos por los Papas a los que en ellas tomasen parte.
2. La segunda Cruzada fue predicada por S. Bernardo: tomaron parte en ella Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania. Este último, extraviado en el Asia Menor por la perfidia de los griegos» fue derrotado por Nuredino, y se volvió a Europa sin conseguir resultado alguno de su expedición: el rey de Francia, después de sitiar en vano la ciudad de Damasco, se volvió también a Europa.
3. Habiendo caído Jerusalén en poder de Saladino, Guillermo, arzobispo de Tiro, predicó una nueva Cruzada para rescatar la Santa Ciudad, tomando en ella parte Felipe Augusto de Francia, Ricardo Corazón de León de Inglaterra y Federico Barbarroja de Alemania, Este último se ahogó en un río del Asia Menor. Los otros dos reyes sitiaron y tomaron a S. Juan de Acre, regresando en seguida a Europa el rey de Francia, y poco después el de Inglaterra, que cayó en el camino en poder del duque de Austria.
4. La cuarta cruzada fue dirigida por Balduino, conde de Flandes, el Marqués de Monferrato y el Dux de Venecia. En lugar de ir a Jerusalén, marcharon a Constantinopla, destronaron al Emperador, y se apoderaron y repartieron el imperio.
5. Balduino fue nombrado emperador del nuevo Estado, que se llamó imperio latino de Constantinopla; repartieronse los demás varios principados, obteniendo la mejor parte los venecianos. La familia destronada creó dos imperios en el Asia Menor; Miguel Paleólogo restableció el antiguo imperio griego de Constantinopla.
6. La quinta Cruzada, dirigida por Juan de Briena y el rey de Hungría, no dio resultado alguno. Federico II de Alemania que mandó la sexta, consiguió por un tratado que se entregasen a los cristianos Jerusalén y otras plazas.
7. Las dos últimas Cruzadas fueron dirigidas por S. Luis: en la primera tomó a Damietta, pero cayó prisionero de los egipcios y tuvo que devolver la plaza y un fuerte rescate, para recobrar su libertad. En la última se dirigió contra Túnez, muriendo de la peste en el sitio de esta ciudad.
8. Las cruzadas concluyeron porque se había extinguido el entusiasmo religioso a consecuencia de las nuevas ideas y elementos de vida que habían despertado esas mismas expediciones, y por el cansancio y el descreimiento que engendró la nulidad de sus resultados.
9. Las Cruzadas no produjeron el resultado á que se dirigían, de poseer los cristianos la Palestina, y de unir la iglesia griega con la latina; ni contribuyeron a contener a

los mahometanos, puesto que debilitaron el imperio griego que era el antemural de Europa.

10. Por las Cruzadas pierden las ideas cristianas el predominio exclusivo en todas las esferas de la vida: a ellas se les debe la Caballería, y las órdenes militares y mendicantes, la decadencia del feudalismo y la elevación del poder real, el progreso de la vida de las ciudades y la mejora de las condiciones de los siervos: progresaron las ciencias, especialmente la Geografía y la Historia, se cultivaron las poesías populares, y se perfeccionó la arquitectura: se mejoró la agricultura, se desarrolló la industria, y se extendieron y multiplicaron las relaciones comerciales.

11. El hecho de las Cruzadas es una usurpación de lo que a los cristianos no pertenecía: y los crímenes y millones de víctimas que produjeron, si se explican por las preocupaciones de aquel tiempo, es justo condenarlas a la luz de la razón.

Caballería y las Órdenes militares.

1. La Caballería, su origen. 2. Importancia de la Caballería: sus servicios a la sociedad. 3 Decadencia de esta institución. 4. Juicio sobre la Caballería. 5. Las Ordenes Militares, su origen 6. Orden de San Juan de Jerusalén. 7. Orden de los Templarios. 8. Orden Teutónica. 9. Juicio sobre las Ordenes Militares.

1. La Caballería: su origen. Se conoce con el nombre de Caballería en la historia de la Edad Media, una institución, mejor dicho, una asociación libre de los nobles feudales con el fin de combatir por la fe, por el Rey y por la patria, y proteger a las mujeres, a los huérfanos y desvalidos.

Como casi todas las instituciones de la Edad Media, la caballería o las costumbres caballerescas, deben su origen a las ideas y hábitos de los germanos, que la Iglesia procuró modificar haciéndolos servir a fines más legítimos y humanos. Bien examinados los caracteres de la caballería, tanto su espíritu militar y aventurero, cuanto el respeto al honor y a la fe prometida, como la altísima consideración a la mujer, todo se encuentra en las primitivas costumbres de los germanos; costumbres que, lejos de perderse después de la invasión, crecieron y se desarrollaron más y más sobre todo en la época feudal, convirtiéndose los grandes señores en guardadores celosos de aquellas virtudes, y transformándose sus castillos en verdaderas escuelas, donde se educaban con esmero en esas costumbres los jóvenes de la nobleza, aprendiendo, bajo la dirección de un señor de un rango más elevado, todos los deberes de la caballería. Y sirviendo al mismo tiempo en calidad de pajes, a las damas castellanas, aprendían también los deberes y las maneras de la galantería.

Pero además de estos orígenes puramente germánicos, hay que reconocer en la caballería la poderosa influencia de la religión. La Iglesia modificó aquellas costumbres; comunicó a la caballería un ideal de justicia y de humanidad que antes no tenía, elevándola al rango de un sacerdocio guerrero, consagrando de una manera solemne la fuerza de los guerreros a la protección de los débiles y menesterosos, y a la defensa de la justicia y de la religión. La caballería, dirigida por la Iglesia, como antes la tregua de Dios, contribuyó eficazmente a la educación moral de la sociedad de la Edad Media, entregada a la fuerza y a la violencia.

2. Importancia de la caballería, y sus servicios a la sociedad. La caballería ejerció una poderosa y saludable influencia en la sociedad de la Edad Media, desarrollando en la nobleza el desinterés y el entusiasmo, convirtiendo la fuerza de las armas que

todo lo dominaba, en defensa de los oprimidos, y elevando el respeto a la mujer hasta igualarlo con el culto a la divinidad; Dios, su rey y su dama eran los tres objetos que constituían la divisa de los caballeros.

La generosidad, la lealtad, y la galantería que los caballeros ostentaban, contribuyeron a suavizar y ennoblecer las costumbres de la Edad media; y sobre todo, el honor, sentimiento desconocido en la antigüedad, y que ha sido en los tiempos modernos el móvil de tantas acciones nobles y extraordinarias, trae igualmente su origen de la caballería. Otro tanto sucede con la poesía amorosa de los trovadores, en la que aparece con toda su brillantez la caballería con su exaltación religiosa, el ardor por los combates y la sumisión y rendimiento sin límites del caballero a la dama de sus pensamientos.

3. Decadencia de la Caballería. La caballería tuvo su principal desarrollo en la época de las Cruzadas, En aquel tiempo los ejercicios guerreros constituyen la constante ocupación de los caballeros, desplegando su valor y su galantería en los torneos y estimando sobre toda ponderación el premio que en aquellas justas recibía el vencedor de manos de una doncella noble y a veces de las reinas y princesas.

Este espíritu caballeresco comenzó a decaer en el siglo XIV, por efecto de la invención de la pólvora y de las armas de fuego, que hicieron inútiles las pesadas armaduras de la Edad media, y quitaron la superioridad a los guerreros a caballo sobre la infantería; contribuyendo al mismo resultado la organización de los ejércitos regulares, que sometían al yugo de la disciplina común el valor indócil de los caballeros, y la facilidad con que en los siglos XV y XVI se prodigaba la investidura de los caballeros. Por último, a mediados de este último siglo (1559) quedaron abolidos los torneos, y desde entonces puede asegurarse que no existe la caballería, por más que algunos de sus caracteres hayan quedado impresos en las costumbres hasta nuestros días.

4. Juicio sobre la Caballería. Nació la caballería, como todas las instituciones, cuando era necesaria, cuando el estado de la sociedad la reclamaba. No existiendo en la primera mitad de la Edad media un poder público bastante fuerte para mantener y garantizar los derechos de los particulares, fue necesario que los hombres de más valer supliesen esta falta, asociándose para la defensa común. La caballería, pues, representa una aspiración legítima y generosa, para poner coto a las violencias y desmanes que imperaban en la sociedad.

Sin embargo, preciso es reconocer que en la práctica la caballería no correspondió a la nobleza de esos fines. La poesía idealizó a los caballeros y las costumbres caballerescas; y si bien es cierto que el poeta se inspira siempre en los sentimientos,

en las tradiciones y en la vida de los pueblos, no por esto dejaremos de conocer que la caballería llevaba en sí misma el germen de grandes abusos, que habían de producir lamentables resultados, por el hecho de erigirse los particulares en jueces del derecho y de la honra de los demás, sin sujeción a otra ley que su libre voluntad, su pasión ó su capricho, en medio de aquella sociedad entregada a la barbarie y a la ignorancia.

Así puede observarse que, hasta el principal timbre de gloria de la caballería, el culto a la mujer, degeneró en vicioso e inmoral, no respetando la santidad del matrimonio, y encumbrándola hasta igualarla con la misma divinidad. Sin embargo, téngase en cuenta que esta exaltación exagerada de la mujer es la reacción correspondiente al desprecio y envilecimiento en que yacía en tiempos anteriores, considerándola únicamente como enemiga del alma y causa de pecado para el hombre, cayendo sobre ella el estigma de brujería y hechicería, que condujo a la hoguera a millares de infelices en nombre de la religión.

Pero descontando los abusos propios del tiempo e inherentes al estado social de la Edad Media, hay que reconocer que la caballería contribuyó a suavizar la rudeza de las costumbres, imprimiendo a la humanidad un movimiento educador y progresivo. La idea de proteger el fuerte al desvalido; la exaltación, aunque exagerada, de la mujer; y la idea del honor, como expresión de la dignidad humana; elementos son que debe la sociedad actual a la caballería, y que han influido poderosamente en nuestra civilización.

5. Los Órdenes Militares: su origen. El espíritu caballeresco, cuyas manifestaciones en las naciones de Europa acabamos de examinar, produjo en Oriente resultados muy diferentes en la época de las Cruzadas, en armonía con las necesidades de aquella sociedad desde la fundación del reino de Jerusalén.

La multitud de peregrinos que acudían a visitar la Palestina, pobres en su mayor parte, sin amparo y sin recursos en aquellas tierras lejanas, enfermos en gran número por las molestias y penalidades del viaje y por los rigores de un clima tan diferente del de Europa, excitaron la compasión de los caballeros cristianos allí establecidos, fundándose desde un principio Órdenes religiosas y hospitalarias, para hospedar á los peregrinos, socorrerá los pobres y asistir a los enfermos.

Estas órdenes, puramente caritativas en su origen, se hicieron después también militares, constituyendo el más firme apoyo del nuevo reino de Jerusalén contra los infieles. Las que alcanzaron mayor importancia tanto en Oriente, como en Europa, por su organización general, fueron la de S. Juan de Jerusalén, la del Temple, y la Teutónica.

6. Orden de S. Juan de Jerusalén. Antes de las Cruzadas, y hallándose la Tierra Santa en poder de los infieles, fundaron algunos comerciantes de Amalfi un hospital para los peregrinos cristianos junto a la Iglesia del Santo Sepulcro. Después de la conquista de Jerusalén se fundó allí la orden de los Hermanos Hospitalarios de S. Juan, llamados así de San Juan Bautista, patrono del hospital.

En un principio se ocuparon únicamente en la asistencia de los peregrinos, pero creciendo extraordinariamente sus riquezas, y siendo cada día más necesarios hombres y dinero para defender el nuevo reino de Jerusalén, combatido sin cesar por los infieles, los Hermanos Hospitalarios ampliaron su instituto, comprometiéndose desde entonces a pelear contra los enemigos del cristianismo, sin abandonar, por eso los deberes de la hospitalidad.

El Papa Inocencio II confirmó los estatutos de esta orden, cuyo distintivo era una cruz blanca; llevando el jefe el título de Gran Maestre, y dividiéndose los miembros que la componían en tres clases; la de los sacerdotes destinados al culto, los sirvientes para asistir a los peregrinos enfermos, y los caballeros para combatir a los infieles.

Los Hospitalarios contribuyeron eficazmente a la defensa del reino de Jerusalén; cuando este reinóse perdió por los cristianos, se trasladaron a la isla de Rodas en el siglo XIV. En el XVI (1522) después de una heroica defensa contra los Turcos, tuvieron que abandonar esta isla, estableciéndose en la de Malta que les cedió el emperador Carlos V, y en la que permanecieron hasta que cayó en poder de Napoleón (1798). De estos diferentes asientos proceden los nombres de Caballeros de Rodas y de Malta, con que han sido conocidos los Sanjuanistas en diversas épocas históricas. Esta orden ha perdido después toda su importancia.

7. Orden del Temple. En 1118 fundaron algunos caballeros franceses la Orden del Temple o de los Templarios, que tomó su nombre de estar su casa matriz edificada sobre una parte del templo de Salomón, y fue confirmada también por Inocencio II. Grandes servicios prestaron los Templarios al reino de Jerusalén, siendo siempre los primeros en el combate y los últimos en la retirada. Cuando los sarracenos se apoderaron de la Palestina, se establecieron los Templarios en Chipre, y poco después se retiraron a Europa, extendiéndose por todas las naciones, adquiriendo inmensas riquezas, y con ellas los vicios y la corrupción. Acusados de grandes crímenes, fué suprimida esta Orden por el Papa Clemente V, en tiempo de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia (1307).

8. Orden Teutónica. A la manera que los Hospitalarios se dedicaban en primer término a la asistencia de los peregrinos italianos, y los Templarios a la de los franceses, se creó por comerciantes de Brema, durante la tercera cruzada, la orden Teutónica para cuidar de los peregrinos alemanes, que fue confirmada por el papa Celestino III (1191).

A la pérdida de la Tierra Santa, los Caballeros Teutónicos se establecieron en la Prusia, emprendiendo allí una nueva Cruzada contra los eslavos idólatras, consiguiendo extender el cristianismo por aquellas regiones, y aumentar considerablemente su poder y sus riquezas, uniéndoseles después la orden de los Porta-Espadas creada con igual fin en la Lituania. La orden Teutónica conservó su importancia hasta la época de la Reforma.

9. Juicio sobre las Ordenes Militares. Las ordenes Militares, como la Caballería, vienen a llenar la falta de un poder público bastante fuerte para garantizar los derechos de los particulares. Los cristianos importaron en el reino de Jerusalén el mismo régimen feudal de Europa, con todos sus desórdenes y violencias, aumentados allí por la vecindad y las continuas guerras con los infieles. Por eso nacieron en Oriente aquellas órdenes, a la vez que en Europa alcanzaba su mayor desarrollo la Caballería.

Las Ordenes Militares ofrecieron en un principio los más acabados modelos de virtud y de heroísmo. Los Caballeros, ó monjes guerreros, no tenían personalmente propiedad alguna, vestían y se alimentaban con la mayor sencillez, y les estaba prohibido el cazar y otras diversiones profanas. Como guerreros, fueron el terror de los musulmanes, y contribuyeron muy principalmente á prolongar la existencia del reino de Jerusalén.

Pero estas instituciones degeneraron más tarde, cuando desaparecía la necesidad que les había dado origen; y sin fin, ni objeto noble que llenar, adquirieron inmensas riquezas, y se entregaron a los vicios y la corrupción, y tuvieron que desaparecer como los templarios, o perder su importancia y anularse como los Sanjuanistas y los Teutónicos.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. La caballería era una institución de los nobles feudales, destinada a combatir por la fe, por el rey y por la patria, y proteger a los desvalidos. Esta institución tiene su origen en las costumbres de los germanos, modificadas por la Iglesia, para hacerlas servir a fines más legítimos y humanos.
2. La caballería influyó en la sociedad de la Edad Media, desarrollando en la nobleza la generosidad, la lealtad y la galantería, suavizando y ennobleciendo las costumbres, exaltando el honor y el culto a la mujer, sentimientos desconocidos en la antigüedad.
3. La caballería, que tuvo su principal desarrollo en la época de las Cruzadas, comenzó a decaer con la invención de la pólvora y de las armas de fuego, con los ejércitos regulares sometidos a una común disciplina, y con la facilidad en prodigar la investidura de los caballeros.
4. La Caballería vino a llenar la falta de un poder público que garantizase los derechos de los particulares; pero era un abuso erigirse los caballeros en jueces del derecho y de la honra de los demás; sin embargo, esta institución contribuyó eficazmente a suavizar la rudeza de las costumbres.
5. Las Ordenes Militares nacieron en Oriente con la misión de hospedar a los peregrinos, socorrer a los pobres y asistir a los enfermos; añadiendo después a estos deberes el servicio militar para combatir a los infieles.
6. La Orden de San Juan tuvo su origen en el hospital fundado por los comerciantes de Amalfi junto al Santo Sepulcro. Llamáronse después caballeros de Rodas, y últimamente de Malta, hasta que esta isla cayó en poder de Napoleón, del que pasó a los Ingleses.
7. La Orden del Temple, o de los Templarios, fue fundada por algunos caballeros franceses: después de la pérdida del reino de Jerusalén, se retiraron a Europa, adquirieron grandes riquezas, y se corrompieron, siendo suprimida esta orden por Clemente V.
8. Los comerciantes de Brema fundaron la orden teutónica para proteger los peregrinos alemanes. Después de las Cruzadas, se establecieron estos caballeros en Prusia, extendiendo el cristianismo entre los eslavos idólatras.
9. Las Ordenes Militares ofrecen al principio grandes modelos de virtud y de heroísmo; pero degeneraron más tarde por haber desaparecido la necesidad que les había dado origen, y por los vicios y la corrupción que engendraron en ellas las grandes riquezas adquiridas.

DISCURSO
LEIDO
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL
POR
D. M. DE GONGORA MARTINEZ,
EN EL ACTO SOLEMNE
DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR
EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

MADRID.
IMPRESA DE LUIS BELTRAN, SACRAMENTO, 10.
1860.

Reproducimos este trabajo del Profesor Manuel de Gongora Martínez para que los alumnos puedan hacerse una idea de como ya en esta época el tema de las Cruzadas era uno de los más interesantes de la Historia Medieval en aquellos momentos del siglo XIX.

Tenemos varias copias entre ellas las editadas por Google de acuerdo al ejemplar de la Universidad Complutense 5325071945, lo1927306X y 135206962. R. 172234. Universidad Central. Biblioteca Derecho.

Otro ejemplar se encuentra depositado en la Universidad Central. Biblioteca de la Facultad de Medicina, 48-2-18-36, Fo-922 (12). Google: <http://books.google.com>.

Otro ejemplar incompleto se encuentra en la Biblioteca Nacional de España, V. Ca 2618-67. Dedicado por el autor al Excmo Sr. D. José de Zaragoza. C. el 9 de Noviembre de 1880. Biblioteca Nacional de España, 1104556460.

EXCMO. E ILMO. SEÑOR:

En medio de los temores que levanta en mi espíritu la comparacion de la honra que voy á alcanzar en este recinto de la ciencia , con lo escaso de mis merecimientos , tiendo las miradas alrededor , y no puedo menos de cobrar algun ánimo al encontrar la espresion de la benevolencia, tan propia y tan característica de la verdadera sabiduría ; al hallar entre las personas que me honran , asistiendo á este solemne acto, mas de un rostro amigo ; y al considerar que me oirán todos con pocas exigencias , conociendo las circunstancias en que escribo este discurso , circunstancias que , ejerciendo presion en mi entendimiento , impiden que reuna sus escasas fuerzas para que intente corresponder á la importancia del puesto que hoy ocupo , sin invocar mas que la indulgencia al desarrollar las ideas que he podido apresuradamente reunir acerca del **ESPÍRITU Y HECHOS GENERALES DETERMINANTES DE LAS CRUZADAS : MODIFICACIONES DE AQUEL ESPÍRITU DESDE LA PRIMERA CRUZADA Á LAS ÚLTIMAS , É INFLUENCIA DE ESTE HECHO HISTÓRICO EN LA CIVILIZACION.**

I.

Después de la invasión de los bárbaros era preciso que tuviera lugar un suceso el cual reuniera tantos elementos desconocidos y dispersos, siquiera para que las diversas familias humanas se dieran las manos antes de apartarse para siempre, en cumplimiento de los fines de la humanidad en la historia.

Por eso vemos que, á pesar de que Carlo Magno agrupa alrededor de su trono tantos pueblos distintos, y que la unidad del imperio germánico es como el preludio de la unidad de las sociedades modernas; á pesar de que bajo el hijo de Pipino cesa la vida errante de los europeos; de que á la sombra de su autoridad florece la cultura; de que al Septentrion se libran los pueblos de nuevas invasiones: de que por el Este y por el Sur son rechazados los bárbaros, Carlo Magno no trasmite el poder á sus sucesores; que su autoridad, lo mismo que la de Alejandro, es puramente personal.

Ni el imperio de este grande hombre es un hecho casual y sin consecuencia en la historia: por el contrario, es el ancla que fija el bagel de la barbarie, la Señalar en que se juntan los pueblos para conocerse un dia, antes de separarse á fundar nacionalidades apoyadas en los límites que señala la geografia, en los linderos marcados por la naturaleza, en la diferencia de lenguas.

Y no es esto creer que dejaran de desarrollarse los gérmenes esparcidos por Carlo Magno: crecieron y se desarrollaron, es verdad; pero en distinta direccion de la que pudo imaginar el conquistador franco. Con efecto, quiso este la unidad, y la unidad fué como la sombra de su cuerpo, que desapareció al caer Cárlos en su lecho de agonía: corrió

constantemente tras la paz de la Iglesia y del Imperio, y de sus esfuerzos sobrevino la lucha á muerte entre ambas potestades: para fortalecer á la Iglesia y á sus Estados concedió privilegios á clérigos y á legos, y estos privilegios se hicieron universales y hereditarios entre el Imperio y la Iglesia.

Estudiando la historia durante las invasiones, asistimos al espectáculo de la humanidad corriendo tras de lo desconocido; y siguiendo este largo y azaroso viaje, podemos considerar el reinado de Carlo Magno como una transicion entre la barbarie y el feudalismo.

Así vemos, á pesar de los grandes hombres que brillaron en las dinastías sucesoras del hijo de Pipino, que las fuentes de la grandeza del imperio son en verdad la causa de su ruina.

Cárlos ensanchó su esfera de actividad en Italia, y protege á la Santa Sede; y sin embargo, en Italia no alcanza mas que guerras estériles y ruinosas, la imitacion de una cultura extraña, y la larga y desdichada cuestion de las investiduras.

Y era, que á pesar de todo, la representacion del progreso y de la unidad, que es la aspiracion de la gran familia humana, huía ya de la espada de los conquistadores, que solo puede dar la unidad de la fuerza, y los pueblos se agrupaban bajo un poder que habia de producir la unidad de los espíritus.

Entonces sobrevienen hambres y epidemias espantosas, que hacen á todos desear la muerte, de donde proviene la general creencia de que el fin del mundo llegaria al terminar el siglo décimo.

Pero, contra la general preocupacion, pasa el año de mil tan temido, y aquella universal creencia, engrandeciendo á la Iglesia en la parte material, contribuye á que todos se agrupen alrededor de ella como única esperanza en la proximidad del juicio final, y la Iglesia entretanto se en-

carga de defender las fronteras, haciendo imposibles nuevas irrupciones de la barbarie con el establecimiento del Cristianismo en las regiones mas lejanas, llevando á todas partes ideas nuevas de humanidad, y vinculando la unidad en el Cristianismo.

Entretanto los sucesores de Mahoma avanzan por el Oriente y amenazan sin tregua al Occidente con los progresos de sus armas; pero de hoy mas un poder nuevo representará al Occidente en esa gran lucha. Así se justifica la preponderancia de la autoridad de los sucesores de San Pedro; de los que representaban entonces fielmente los deseos y las aspiraciones de la humanidad.—Siguiendo el curso de la historia en la segunda mitad de la edad media, vemos predominar en ella el sentimiento religioso, que naturalmente se fijó en las reliquias de los Santos y en los lugares donde se habia realizado la grande obra de la redencion del género humano.

En medio de este necesario amor no podia quedar olvidado el Sepulcro de Jesucristo, y así es que desde los primeros tiempos de la edad cristiana vemos acudir á él á los hijos del Evangelio, convirtiéndose estas peregrinaciones en una verdadera necesidad para el Occidente, pues que allí iban los cristianos á engraudecer su espíritu ó á cumplir las penitencias que se les habian impuesto para expiar sus pecados.

Pero, como ya hemos indicado, de entre la confusion política y religiosa del Asia habia salido un hombre que haciendo servir á sus propósitos las pasiones mas violentas, fundó una nueva religion y un nuevo imperio, que amenazó en breve con sus progresos á la Europa, cayendo al cabo Jerusalem en manos de Omar. Sin embargo, mientras vivió este califa era tolerable la suerte de los cristianos en la Tierra Santa; pero á su muerte sufrieron todo género de padecimientos, sin que á pesar de ello se entibiara el ardor por las peregrinaciones.

Con la ruina de la dinastía de los Abasidas cobraron aliento los cristianos que acometieron algunas empresas felices, aunque muy en breve los islamitas recobraron todo lo perdido.

Los fieles, sin embargo, lograron algunos dias de paz bajo los Fatimitas, cesando la tregua en el reinado de Halken, que les hizo sentir los efectos de su arrebatado fanatismo, hasta que por muerte de este, Daher permitió á los cristianos reedificar la iglesia fundada por Constantino sobre el sepulcro del Redentor.

La invasion de los turcos, dando al Oriente nuevos dueños, habia de dar tambien á los cristianos de la Tierra Santa nuevos opresores. Mas esa inmensa muchedumbre de enemigos de la Cruz no encontraba indiferente á la Europa. Ecos del dolor universal, Gregorio VII y Victor III hicieron oír la voz de las Cruzadas; pero el primero de estos Pontífices gastó los esfuerzos de su elevado genio en sus luchas con Enrique IV, y el segundo armó algunos osados marinos de Pisa, Génova y otras diversas ciudades italianas, que si bien llevaron á cabo atrevidas empresas, solo consiguieron prevenir á los infieles y hacer mas dura la servidumbre de los cristianos en la Siria.

Por aquellos tiempos un simple ermitaño, que habia buscado primero satisfacciones para su espíritu turbulento en el estrépito de las armas, despues en el mundo, y por último en la soledad, cumpliendo las necesidades de su alma, ávida siempre de emociones, y siguiendo el espíritu de la época, que empujaba á los cristianos hácia el Oriente, visitó los Santos Lugares.

A la vista del Calvario y del sepulcro de Jesucristo se sobrecitó su imaginacion, gimiendo de dolor al contemplar los padecimientos de sus hermanos

Pedro y el Patriarca lloraron juntos las desgracias de Sion. El postrero dió á aquel cartas, en que imploraba socorros del Papa y de los Príncipes cristianos, y el primero

desde la Palestina se dirigió á Italia y con su imaginacion meridional pintó á Urbano II lo que habia visto y lo que habia sentido en la Ciudad Santa.

Desde alli el Ermitaño recorrió la Europa comunicando de ciudad en ciudad y de provincia en provincia su santo celo por librar á la Palestina del yugo de sus opresores.

Asi fué que al concilio de Plasencia, en que nada se decidió definitivamente, asistió innumerable muchedumbre de fieles; y luego en el de Claramonte fué acogida con lágrimas la elocuencia de Pedro el Ermitaño, retumbando el DIOS LO QUIERE como un inmenso trueno en Claramonte, tomando la muchedumbre de manos de la Iglesia el estandarte de la libertad cristiana, y poniendo sobre sus vestidos la enseña de la humanidad rescatada, para luchar con aquella nacion que del Este del Asia habia llegado á dar nuevo aliento á los debilitados secuaces del Profeta, haciendo que el Oriente renovara sus amenazas.

Nosotros creemos que para fijar el espíritu y los hechos generales determinantes de las Cruzadas, de esa nueva manifestacion de la perpétua lucha entre el Oriente y el Occidente, de las razas Semítica y Jafética seria preciso acudir al exámen del estado de la sociedad antes de verificarse esas célebres expediciones, seguir las paso á paso hasta su fin, y por último estudiar la sociedad en sus dos extremos y contemplar el estado de la Europa cuando ellas terminaron. Encontrando entonces nuevas instituciones, hallaremos en ellas el remedio de males sociales que curaron, é induciremos sus causas determinantes.

Notaremos sin embargo el espectáculo de aquella multitud, que habiendo creído un siglo antes en la destruccion del mundo, creia entonces en la redencion universal; de aquel inmenso pueblo convocado y consultado, que no marcha ciego y esclavo á los mandatos de un emperador ó de un señor feudal; que se alza ante la voz de un pobre ermitaño, ante las súplicas y las promesas de un anciano

sacerdote, impulsado por su fe y por su entusiasmo religioso.

II.

Aunque la mejor manera de apreciar las expediciones de que nos ocupamos seria esponer los hechos narrándolos, presentando en detalle el espectáculo de las grandezas y de las miserias, del heroismo y de las rivalidades de los cruzados, no nos permite semejante trabajo la índole de este discurso, que nos debe llevar muy en breve al fin del tema elegido.

Sin embargo, no podemos renunciar por completo á decir algo acerca de cada una de las expediciones hechas por los europeos á Ultramar.

La primera Cruzada, en medio de los inconvenientes opuestos por la política griega, colocó frente á frente dos pueblos enemigos y dos religiones, lo que como no podia menos de suceder, produjo una guerra de esterminio, trasladando á Oriente mas de un millon de hombres.

El grande movimiento ocasionado por esta empresa al comenzar el siglo onceno, heló de espanto á los sectarios del Islam, prontos ya á invadir á la Europa desde el Asia anterior y la Siria, alumbrando la historia de estos tiempos con el brillo de inauditas hazañas, de inolvidables proezas.

Los Cruzados se colocaron entre Constantinopla y las naciones musulmanas, salvando así á la capital del imperio griego, y aislando á la barbarie en el Asia. A la vez, se mejoró la situacion de los pueblos cristianos, pues que con la *trégua de Dios* cesaron en Europa las guerras entre particulares. Al rencor, á la anarquía feudal, sucedió la unidad, fundiéndose todos los rencores en el comun odio á los ene-

migos del Cristianismo : pusieron en contacto dos sociedades que no se conocian, en lo que ganaron especialmente el comercio y el arte de navegar : mejorados algunos señores feudales con el alejamiento de sus dominios, volvieron cambiados á Europa estableciendo en sus estados un régimen mas expansivo : otros encontraron la muerte ó la ruina en la Tierra Santa, acrecentando con ello la fuerza y la independencia de la autoridad real. Pero las ciencias bien poco adelantaron, porque como no podia menos de suceder, el primer encuentro del Cristianismo y del Islamismo no debia producir mas que ideas de esterminio.

En la segunda Cruzada, escitados intereses mundanos con las grandezas obtenidas por los héroes de la primera, apenas hallaremos mas que desastres, volviéndose todo contra los expedicionarios. Hasta los mismos motivos de religion que les vedaron tomar venganza de la política griega fueron causa de su ruina.

La indisciplina propia del feudalismo, acrecentada por las rivalidades y por la sed de riquezas ; la disolucion que llevó á las filas de los Cruzados el excesivo número de mujeres que los habian acompañado ; la sobrada confianza del heróico Luis VII ; la vanidad y el escaso talento del emperador Conrado , produjeron la ruina de esta empresa en que sobresale el melancólico dolor del gran San Bernardo , que la habia predicado contra los presentimientos del abad Sugerio. El de Clarabal piensa en medio de la responsabilidad de tan desastroso éxito , que el universo ha sido prematuramente juzgado , que el Creador del mundo se ha despojado de sus misericordias.

La tercera Cruzada comienza con una inmensa catástrofe en la Cilicia campestre , cuando el Cydno , en cuyas aguas estuvo á punto de encontrar la muerte Alejandro el Grande, arrojó ante los consternados soldados de la Cruz el cadáver de Federico Barbarroja , cuyo nombre y cuyas primeras hazañas habian espantado al Asia. Posteriormente esta em-

presa se reasume en el heroico valor de Ricardo; en la nobleza y generosidad de Saladino, bien pocas veces desmentida; en la conquista de Tolemaida; en la ruina de Ascalon; y en la fundacion del reino de Chipre.

Ya sin embargo no era la devocion la que impulsaba al Occidente contra el Oriente, ni se acudia á las apariciones milagrosas que en las expediciones anteriores reanimaban el valor de los Cruzados, impulsados ahora por los sentimientos de la Caballería, que llegó entonces á su mayor apogeo: estableciéronse severas penas contra los ladrones, contra las injurias; vedáronse el lujo y los juegos de azar, y durante el prolongado cerco de San Juan de Acre se desarrolló el ingenio de sitiadores y sitiados, haciéndose grandes adelantos en el arte del ataque y de la defensa; pero prohibida la participacion en la santa empresa á los vagamundos y á los delincuentes, compuesto el ejército de gente escogida, la Europa derramó su sangre mas generosa.

Mas adelante, en la cuarta Cruzada, en vez de aprovecharse los cristianos del desorden producido entre sus contrarios por la muerte de Saladino, vemos que á la voz del mismo Pontífice, que habia empujado á la tierra santa á Federico I, á Ricardo Corazon de Leon y á Felipe Augusto, marcharon á Oriente dos ejércitos á las órdenes de los Duques de Sajonia y de Brabante, del Obispo de Maguncia y del Conde del Limbourg, y que despues emprendió el camino de Oriente el emperador Enrique VI. Pero los primeros á su llegada encontraron oposicion á la guerra por parte de los cristianos establecidos en Siria, que querian fuese respetada la tregua; y el emperador se aprovechó de todos los medios que la cristiandad habia puesto en sus manos, para promover una lucha impía en Nápoles y en Sicilia; viéndose entonces el extraño espectáculo de una Cruzada dirigida por un príncipe excomulgado, y á los soldados de la Cruz vencedores huyendo de sus enemigos vencidos.

En las precedentes empresas dominaba el sentimiento religioso sobre el político; en la cuarta Cruzada, las miras políticas se sobreponen á las religiosas. El emperador ofrecia dinero á todo el que le siguiese hasta el fin de la guerra; por eso vemos estrellarse todos los esfuerzos del imperio germánico contra un despreciable fuerte situado en el Líbano, á pocas millas de Tiro, y á los vencidos de Thoron en el campo cristiano, para entregar la fortaleza pidiendo solo la libertad y la vida, volviéndose sin hallar con quien entenderse entre sus enemigos, que no habian vacilado en presentar ante los infieles el estraño espectáculo de sus miserias.

La quinta Cruzada venga á los latinos de la perfidia bizantina. Pasma, en verdad, ver al pequeño ejército de los cristianos marchando contra un pais, en el que realmente con nadie contaban, que les podia oponer innumerables defensores, y que llevan á cabo asombrosas hazañas, plantando sus estandartes en los muros de Bizancio, que es entregada á todos los horrores de la guerra.

Pero esta empresa se realizó á pesar de las protestas de los legados y del anatema del Papa, quien, contra su voluntad, transigió al cabo con el éxito de la guerra, comprendiendo que la ciudad de Constantino, en vez de facilitar el paso para los Santos lugares, era un nuevo obstáculo al espíritu decadente de las Cruzadas que en vano luchaba en Siria y en tantos paises contra los enemigos del Cristianismo; que se añadía un punto de atencion, con el imperio nuevamente fundado en el Bósforo de Tracia.

Mientras el resto de los Cruzados, en el saco de Constantinopla, vengaba la falsía de los orientales con la destruccion de las maravillas del arte antiguo; cuando á las escenas de desolacion y de sangre, se sucedian hasta las burlas mas refinadas; cuando los Cruzados recorrian las calles, llevando en vez de sus armas papel y recado de escribir, mofándose de los degenerados griegos, á quienes escarnecian llamándolos nacion de copiantes y de es-

cribientes, los venecianos, únicos que sacaron fruto de esta expedición, enriquecían á su patria con las obras maestras del arte, y estendiendo su crédito, libres del feudalismo, conservaban cuidadosamente los países interesantes á su comercio y á su futura grandeza. Pero el esplendor de la Reina del Adriático, y el efímero imperio latino, y la dominación de los Cruzados en la Grecia, ¿compensan el sacrificio, hecho por el resto de Europa, de sus tesoros y de sus más esforzados hijos?

¿Cómo explicaremos estos sucesos en la marcha de la humanidad?

A quien no se alcance la razón de estos acontecimientos, la efímera duración del imperio latino en Constantinopla, que fuertemente constituido habría facilitado, sin duda, el viaje á la Tierra Santa, le afirmaremos que, tan solo como elocuente respuesta á los exclusivos admiradores de la cultura romana, sobrevivió por acaso el imperio de Bizancio en la inmensa catástrofe del mundo antiguo. Con efecto; bajo la dominación de los degenerados emperadores de Oriente, en religión habíase llegado á las disputas teológicas y al cisma; en artes á la imitación, en ciencias á las compilaciones y á la forma, siendo el fondo del cuadro de esa cultura degenerada la deslealtad, la proverbial perfidia de los bizantinos. Hubo un día en que convino á las miras del Omnipotente que todo terminara, y la fortuna siguió por donde quiera á los estandartes de los latinos que ondearon con general asombro sobre las torres de Bizancio: pero muy en breve la providencia, en sus inescrutables arcanos, hizo pedazos los instrumentos de su justicia. Así nos explicamos nosotros los prodigios de los Cruzados en el imperio griego, y así no nos maravilla la efímera dominación latina en Constantinopla.

Abatido el Occidente con tantos desastres, multiplicada y dividida la atención de los soldados de Jesucristo, el espíritu de la primera Cruzada pasó á los niños, que mar-

charon hácia el Oriente, para no encontrar mas que la muerte ó la esclavitud.

Cuando el gran Pontífice Inocencio III intentaba reanimar la cristiandad con sus incansables predicaciones, le sorprendió la muerte y entró á sucederle Honorio, cuyo primer pensamiento fué para la cautiva Sion, para escitar y promover la sesta Cruzada; empero sin resultado. Andrés II se volvió muy en breve á sus estados de Hungría, y la toma de Damietta y el heroico valor de los occidentales, en quienes se renovaba la antigua fe, quedaron impotentes ante el canal de Aschmon y las inundaciones del Nilo.

Posteriormente, Federico II emprendió el camino de Jerusalem, que abandonó bien pronto, renovándose entonces el tristísimo espectáculo de una guerra entre la Santa Sede y el jefe del imperio; salvándose milagrosamente las colonias cristianas por la lucha entre los descendientes de Saladino y de Malek Adel.

Despues asombróse de indignacion el mundo cristiano cuando Federico se apoderó de la Ciudad Santa, dejando el culto del Islam frente al sepulcro del Salvador; conducta que habian adivinado los fieles cuando, á pesar de las brillantes promesas del emperador, el pueblo, desconfiado y triste, escuchaba en silencio al príncipe excomulgado, á quien seguian á lo lejos los heroicos soldados del Temple y de San Juan.

De aquí en adelante apenas veremos mas que discordias; y al mismo Pontífice Gregorio, empleando muy distinto lenguaje que Inocencio III, lenguaje que hizo vacilar á los espedicionarios entre Jerusalem y Bizancio.

Esta Cruzada, que duró casi treinta años, y que vió sucederse cuatro Pontificados, no hizo mas que poner de manifiesto la degradacion del primitivo espíritu religioso y las exageradas pretensiones de los dos poderes que entonces pretendian el esclusivo dominio en la cristiandad. Además, divididos los soldados de la Cruz, y á la vez en lucha con

los musulmanes en el Asia y en España; en Francia, contra los Albigenses; en Prusia, contra los idólatras; en Alemania, contra el imperio; sus esfuerzos no podían ser decisivos, viniendo, por tanto, á caer en el abandono, las empresas á Ultramar.

De aquí en adelante, un rey modelo de justicia, de sencillez, de resignacion y de nobleza, despierta el interés de las Cruzadas, que alumbra con los tranquilos resplandores de su diadema de santo.

Al comenzar la centuria décima tercera, desde la mesa central del Asia que rodea la triple cadena del Altay, del Himalaya y de los montes de la China, los Tártaros Mогоles atravesaron el Volga esparciéndose como un torrente devastador y destruyendo los países bañados por el Vístula y el Danubio, sembraron el espanto en Italia y en Alemania.

En vano se quiso oponer contra esta invasion una Cruzada; en vano se enviaron embajadores á aquellas bárbaras tribus; en vano se ensayó cerca de ellas la pacífica predicacion de los hijos de San Francisco y de Santo Domingo: á pesar del comun peligro, nadie salió al encuentro de los invasores, y la Iglesia no pudo hacer mas que añadir una deprecacion en las letanías.

Cuando aquellos pueblos conquistaron los países fundados sobre las ruinas de los Seldjiucidas entre el Oxo y el Caspio desde el Korassan hasta el territorio de los Turcomanos, los restos de los Carismitas se esparcieron por el Asia y la Siria, y llamados por el sultan del Cairo, Jerusalem fué presa de estos feroces conquistadores, que esterminaron al pueblo fiel.

Tantas desgracias, sin embargo, no hallaron eco en Europa, ni el Concilio de Lyon hubiera tenido acaso mas resultados que dar una nueva faz á la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio: el espantado Occidente habria olvidado á los Cristianos de la Palestina si Luis IX, no se

hubiera puesto á la cabeza de la sétima Cruzada proclamada por la Iglesia.

Pero despues de las victorias conseguidas sobre los musulmanes ; tras la toma de Damietta , los triunfos alcanzados en Mansourah debilitaron mas y mas á los Cristianos diezmados por el hambre y las enfermedades , terminando con la cautividad de San Luis : con un inmenso desastre ante la asombrada Europa, que todo lo esperaba de los primeros felicisimos sucesos de esta expedicion.

En ninguna Cruzada se habian tomado medidas mas á propósito para asegurar el buen resultado , y en ninguna acontecieron mas desastres : ningun príncipe cristiano fué tan reverenciado de los suyos como San Luis , pero en ninguna de las empresas á Ultramar se vieron tantos escándalos ; en ninguna subió la corrupcion á tan alto grado como en el campamento de Damietta. ¡A tal extremo habia llegado entonces la degradacion del espíritu de los soldados de la Cruz!

Si esta expedicion hubiese sido coronada por el éxito, el Egipto se habria convertido en una colonia cristiana, pues que el Santo Rey llevaba consigo gran multitud de artesanos y de labradores , con los que acometió en bien de la religion , aunque sin ruido ni aparato, la misma empresa que nuestros padres han visto ensayar en las orillas del Nilo , pero intentándolo aquel en nombre del Cristianismo, que era la política de los tiempos de San Luis. Y sin embargo de tamañas desventuras, que la Francia supo sufrir sola , esta nacion se libró entonces de figurar en las guerras del Sacerdocio y el Imperio ; y San Luis volvió engrandecido del Egipto, purificado por la desgracia , consagrándose á la prosperidad de su pueblo , que hizo causa comun con las heróicas desdichas del piadoso Rey.

De aquí en adelante la historia de los Cristianos en Oriente no es mas que la narracion de continuados desastres. Las relaciones de los Cruzados se concretaron á las

empeñadas guerras entre venecianos , pisanos y genoveses, que habian llevado á la Tierra Santa sus enemistades y sus celos: á las luchas entre los caballeros del Temple y los hospitalarios , que renovaron con mas ardor que nunca sus rivalidades.

Nazaret , Cesarea , Jaffa y Antioquía cayeron en poder del feroz Bibars. El espíritu de los cristianos en las primeras Cruzadas habia pasado ya á los musulmanes ; en todas las mezquitas predicábase la guerra contra los cristianos ; los pueblos infieles pagaban el tributo del diezmo, apellidado *tributo de Dios*.

El imperio latino acabó en medio de una breve existencia que se reasume en la historia de su agonía. Para mostrarnos á cuán profunda degradacion habia llegado aquel estado de cosas , solo sabemos de la postrera escena de este misterioso drama , que los griegos se apoderaron de Bizancio, entrando por una cloaca en la ciudad de Constantino.

Otra vez vióse en Occidente al Emperador griego demandando el amparo de los Cruzados, al mismo tiempo que el Arzobispo de Tiro y los Grandes Maestres de las Órdenes pedian socorros para la Tierra Santa.

Sin embargo, la Europa permanecia sorda á estos clamores, porque cerradas las puertas de Sion á los cristianos, habian cesado las peregrinaciones, y con ellas el entusiasmo por las guerras santas que eran su consecuencia. Pedro el Ermitaño no podia ya comunicar al Occidente las emociones que habia sentido ante el profanado sepulcro del Salvador, y por otra parte el nombre de las Cruzadas se habia desprestigiado dándoselo á miserables empresas políticas.

Solo un Monarca existia en Europa empeñado nuevamente en la causa cristiana : pero en la octava cruzada San Luis tuvo que comprometerse á pagar los gastos de la guerra , tomando á sueldo los espedicionarios.

Hizose, pues, el último esfuerzo, concurriendo á esta empresa gran número de guerreros de Cataluña y Aragon, de Castilla y Portugal, de los pueblos todos de nuestra Península que, lo mismo en las primeras que en la postrera expedicion, habian derramado en Oriente su noble sangre, á pesar de la heróica y larga Cruzada que tenia lugar en su propia tierra, hasta el punto de que los Pontífices en distintas ocasiones se vieron obligados á mandarles volver á la Península, donde obtendrian los mismos perdones y gracias concedidas á los demas Cruzados, sin que ninguno osara infamar ó calumniar á los que por tales motivos abandonasen la Tierra Santa.

La expedicion de Luis IX se dirigió contra los países donde floreció Cartago, la célebre rival de Roma.

Pero la ardiente Libia, enemiga siempre de los pueblos europeos, opuso al valor heróico de los Cruzados los rigores de su abrasado clima y sus fiebres contagiosas que diezmaron las tropas de San Luis; el cual, en vez de los laureles del conquistador alcanzó en Africa la santa palma del mártir.

Al espirar aquel cristiano Monarca, velóse el ángel de las Cruzadas, elevándose al cielo con el alma purísima del hijo de Doña Blanca de Castilla, astro que alumbra con sus santos y tranquilos resplandores los últimos tiempos de la edad media.

Al juzgar esta tritísima Cruzada, no olvidemos nosotros, los que pretendemos llevar á todas partes la civilizacion, que si se hubieran realizado los deseos de San Luis, habrian retoñado en la Libia los gérmenes del Evangelio, y el Africa bárbara hubiera vuelto á florecer al impulso de la misma religion, que produjo á Tertuliano y á San Cipriano y á San Agustin.

Despues de esto todo fué infecundo. Inútiles fueron los esfuerzos del hijo de Enrique III y los del mismo Tibaldo, Pontífice con el nombre de Gregorio X, que al

recibir la noticia de su elevacion habia dicho á los cristianos de Siria aquellas palabras de David: «Si yo te olvidó, Jerusalem, séquese mi mano derecha; si tu memoria se borra de mi corazon, péguese mi lengua al paladar;» todo fué infecundo. Trípoli, Tolemaida, Sidon, Beyrut, las ciudades cristianas de las costas de la Siria, vieron tremolar sobre sus muros el estandarte del Profeta, y sus pobladores degollados ó conducidos entre cadenas á Egipto.

La Europa en tanto solo respondia á tales desastres con la estéril palpitacion de su dolor y de su impotente simpatía.

Como mas adelante contestaba con razon Pomponne á los sublimes delirios de Leibnitz cuando en el Occidente habia sustituido la opinion al sentimiento, *sabed que las guerras santas han dejado de estar de moda desde San Luis!.....*

Con efecto, siguiendo el curso de estas espediciones, hemos visto sustituirse en ellas, por una gradacion bien sensible, el elemento político al elemento religioso, y acabar todas en la octava Cruzada como una luz que al extinguirse lanza sus mas brillantes resplandores. Asi es que entre Godofredo y San Luis hay mas de un punto de semejanza; ambos héroes se parecen; pero en el espíritu de las tropas cristianas que los dos dirigian existe casi el parecido que hay entre un jóven en toda su pujanza, y un sér que ya ha pasado de la edad viril.

III.

Aun cuando es varia en cada nacion de Europa la influencia de las Cruzadas y distintos sus resultados, ni una sola de ellas dejó de sentir la saludable influencia de las espediciones á Ultramar. Sin embargo brilla el heroismo de

la nacion inglesa en el caballeresco Ricardo : las guerras santas hicieron una misma cosa de la nacion francesa y de sus reyes, destruyendo el feudalismo : en medio de los desórdenes y de los trastornos que asolaban la Alemania durante las Cruzadas , es muy dificil determinar la influencia que estas tuvieron en el imperio germánico ; pero la confederacion aprovechó seguramente el ejemplo yendo á combatir el paganismo en las riberas del Vístula , del Pregel y del Niemen : las ventajas alcanzadas por Italia se trazan en el maravilloso cuadro que entonces presentaron con sus naves , con su comercio , con sus colonias , Pisa , Génova , Venecia : Nápoles y Sicilia , en medio de sus desgracias , recibieron reyes de Aragon , de Alemania , de Francia y de Hungría y con ellos otros hábitos y otras costumbres : España , que era entonces la Siria de los Musulmanes , pudo continuar la guerra contra los infieles , pues que las Cruzadas detuvieron á los Sarracenos de Egipto y de Siria , de la misma manera que nuestras guerras con los moros dieron respiro á los cristianos de Occidente para que pudieran pasar los mares ; ¡ heróico destino concedido siempre á nuestra patria , colocada como el escudo de Europa , destino que cumplió entonces como cuando el Gran Capitan de nuestro siglo amenazaba en todas partes á las espantadas naciones ! Al emprender sus expediciones muchos Cruzados se detuvieron en nuestro pais para pelear contra los enemigos del nombre cristiano ; ellas produjeron las órdenes de Caballería , hundieron á los contrarios de la Cruz en las Navas de Tolosa y crearon el reino de Portugal .

Mas viniendo ya á otras consideraciones , nosotros no podemos creer que el Sumo Pontífice y el Clero se engrandecieron con estas guerras aumentando sus riquezas y su influencia , pues , especialmente despues de la primera Cruzada , cundió entre los cristianos la opinion de que las expediciones emprendidas por la gloria de Jesueristo y por

la libertad de los Santos Lugares debían ser pagadas por el Clero, que desde luego vió pesar sobre él impuestos enormes. Ni las pretensiones de la Santa Sede crecieron con las guerras santas, ni su influencia en Europa ganó con las Cruzadas: en cuanto á las primeras nos contentaremos con decir, que el gran Gregorio VII floreció antes de las expediciones á Ultramar, y en cuanto al segundo extremo afirmaremos sin riesgo de ser desmentidos, que los Soberanos Pontífices, á pesar de sus esfuerzos, no pudieron en los últimos tiempos resucitar el espíritu de las Cruzadas, cuya iniciativa no habia sido comunicada á Europa por los Papas, sino por la voz de los peregrinos que habian exaltado la indignacion general con la relacion de sus sufrimientos en el Oriente.

De otras causas, ciertamente procedia, que la Cabeza de la Iglesia fuese el vínculo de union, la autoridad preponderante en los pueblos cristianos, hecho ciertamente anterior á las Cruzadas; siendo tambien muy digno de tenerse en cuenta, que al terminarse estas, la autoridad pontificia habia dejado de ser árbitra del destino de los pueblos y de los reyes.

Y descendiendo ya á otras reflexiones, ¡con cuánto placer no oiria el siervo ligado á la propiedad, la voz nueva y estraña que le llamaba á libertar á *su Dios* sin que pudiera oponerse su dueño, y veria caer las cercas feudales que formaban su único horizonte, y se hallaria hospedado con amor en el castillo del magnate, y atravesaria libremente el desfiladero, y salvaria el puente guardado ayer por el guerrero que exigia tributos al pobre viandante! ¡Cuán consoladora debia ser para él la voz de los caballeros hospitalarios que llamaban á los enfermos *Señores nuestros*, y con qué melancólica y sublime estrañeza no veria el leproso al gran Maestro de San Lázaro besando humildemente sus asquerosas heridas!

A su vuelta de la Tierra Santa, el villano regenerado,

que tambien tenia su historia lejos del estrecho dominio señorial, que se sentia elevado y nacido á una nueva vida, ¡con cuánta animacion referiria á su asombrada familia los prodigios de la Palestina, sus penalidades por Jesucristo, el último adios de sus hermanos moribundos, sus emociones en Nazaret y en el Calvario, con que heroismo libró en hombros á su Señor á través de los desiertos de la Siria ó de los desfiladeros de la Cilicia! ¡Oh! Ciertamente que entonces brotaria el orgullo, ó mas bien un sentimiento de dignidad desconocido en todos los corazones, y al levantar los ojos hácia el cruzado, la familia veria en su gefe un poco mas que al hombre nacido únicamente para regar con su sudor el campo ageno. Entonces germinó entre todos, como dice Cantú, la idea de que los villanos eran tambien hombres y que podian ir y venir de una á otra parte y tomar esposa á su gusto y disponer del fruto de su trabajo.

Las expediciones á Ultramar multiplicaron las relaciones humanas, acercaron pueblos distantes y que no se conocian, estrecharon los lazos de amistad, y redoblaron la actividad y la noble emulacion de los hombres. ¡Cuánto ganó la geografia con estas expediciones! Rectificáronse los conocimientos prácticos que á la vez se aumentaron y se propagaron; determinóse la figura de las costas, la posicion de los cabos, la estension de las islas; fijáronse los escollos y los puertos, haciéndose los viajes mas fáciles y menos frecuentes los naufragios. La construccion naval cambió de rumbo en la forma y en la solidez, y la emulacion consiguiente á tantos pueblos unidos en una misma expedicion comun, mejoró el arte de arbolar los buques. Abiertas nuevas vias al comercio y aseguradas las antiguas, aquel tomó un vuelo desconocido. A la vista de los tegidos de Damasco, establecense multitud de telares en Sicilia, en Luca, en Módena, en Milan: imítanse en Venecia los vidrios de Tiro, y estiéndense por Europa los molinos de viento, tan usados en el Asia

Menor; perfeccionase la industria de bruñir el acero; el esmalte, los grabados, la orfebrería y el arte del platero cobran mayor importancia.

Los Cruzados vén en Italia y en la Grecia los restos de la civilizacion antigua, importando á Europa nuevos gérmenes de cultura; los latinos toman de los árabes desconocidas ideas para la filosofía, para los romances, para la novela: el arte de curar, si no adquirió nuevos sistemas, importó medicamentos que enriquecieron la farmacópea; introdujose entonces el uso de los guarismos árabes; cultivóse, con provecho, la astronomía con las ideas nuevas que adquirieron los Cruzados en el Asia, en las vastas llanuras cuna de esa ciencia; aclimatáronse la caña de azúcar, la morera, no pocas plantas tintoreas, hermosas flores y sabrosas frutas.

Mejoróse el arte de la guerra, adquirió superioridad la infantería sobre la caballería en daño del poder feudal, no se confió ya á la casualidad el aprovisionamiento de un ejército, su transporte á través de países áridos y enemigos, y con el ejemplo de las máquinas incendiarias empleadas por sus contrarios, los Cruzados aceleraron el descubrimiento ó el uso de la pólvora, preparando así el triunfo de la táctica sobre el ímpetu ciego de las muchedumbres, del arte sobre la fuerza.

Pasma ciertamente, que los mismos que leen sin conmovirse mas que de entusiasmo por lo pasado, las escenas de sangre, la desolacion y la matanza en las guerras médicas, en las ambiciosas luchas de los romanos, en las expediciones del gran conquistador de nuestros tiempos, sin tener mas que palabras de admiracion para Alejandro, Julio César y Napoleon, pesen conmovidos la sangre derramada por los occidentales en esa grande empresa del Cristianismo, empresa en la que solo les animaba el deseo de propagar la luz del Evangelio á quien tanto debe la causa de la civilizacion y del progreso humano, sin que les arredrase la segura idea de blanquear con sus huesos los caminos

que conducian al Asia y al Africa, presas de la barbarie.

Por otra parte, es preciso confesar, que en los horrores de las Cruzadas hay tambien su gran parte de exageracion. Muchas veces los escritores cristianos ó los predicadores, para esplicarse el éxito contrario de las empresas de la Cruz, acudian á la desmoralizacion de los fieles, á su falta de fe, á su crueldad, á sus estrañas locuras que escitaban la cólera del Señor; encargándose entonces la sátira ó la indignacion religiosa de buscar colores, cada vez mas sombríos, para trazar el cuadro de las abominaciones de los Cruzados, *que habian llenado la medida de la cólera del Omnipotente, haciendo que Dios juzgase al universo antes de tiempo, á pesar de su infinita misericordia.*

Es estraño, ciertamente, que esos mismos que en las tradiciones del politeismo quieren hallar siempre un sentido simbólico y civilizador, que se empeñan en ver perpétuamente en la fábula el mito, esplicándolo todo históricamente; que los mismos que acaso no escarnecen los prodigios de Tito Livio y de Polibio, se mofen de los milagros de las Cruzadas, de esa fe exuberante que inspiró tanta resignacion en medio de tantos desastres, que suavizó la ferocidad feudal, que hizo á los cronistas emplear la voz latina *familia* para designar una reunion de Cruzados; que no sienten una admiracion profunda al tocar los efectos del encuentro de la *Santa Lanza* en el ejército cristiano, hambriento, desesperado, cercado por todas partes de enemigos, y que, sin embargo, á la sola vista del hierro sagrado, arrolla y aniquila á la multitud innumerable de los infieles.

• Las Cruzadas no se completaron, y por lo mismo no pueden juzgarse en absoluto; pero es incuestionable que sin las expediciones á Ultramar, la idea del individualismo que habia introducido en el mundo romano el elemento germánico, no habria producido tan pronto sus frutos; que aquellas empresas, esencialmente sociabilizadoras, juntaron sin confundir la individualidad de las personas y de los

pueblos sustituyendo á la antigua concentracion de la patria romana, la patria cristiana, el vínculo libre y expansivo de la civilizacion Europea.

Preciso es tambien no olvidar que, apoderados de Bizancio los guerreros de la Cruz, se pusieron en contacto con la antigua cultura, que retardaron el momento de la caida de Constantinopla en poder de los bárbaros, preparándose dignamente para recoger mas adelante los restos del clasicismo refugiados en la ciudad de Constantinopla.

Los que miran las Cruzadas como un gran crimen, niegan á los pueblos el derecho de la defensa, que es tambien el derecho de la agresion: ¿pues qué no tenian las naciones europeas el poder, el derecho y la obligacion de rechazar á sus enemigos que lo destruian todo, amenazándolas desde el Este y desde el Sur?

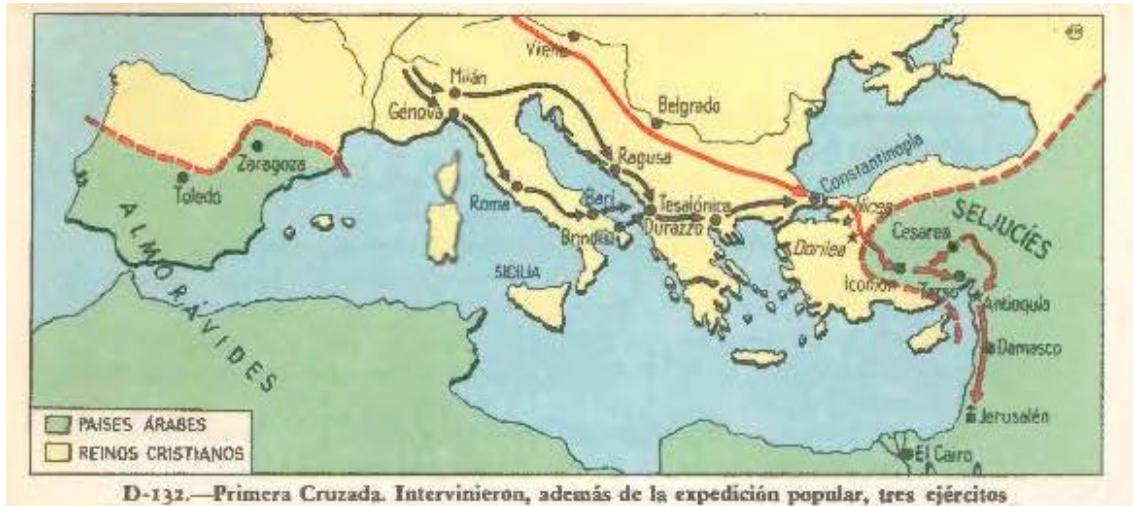
Sin las Cruzadas que llevaron la guerra á las orillas del Nilo y del Jordan, ¿quién hubiera detenido á los árabes en España, á los sectarios de Mahoma que habian mojado sus piés en *nuestro mar*, que dominaban en las costas de la Siria y del Asia anterior, que traspasaban el Hemus, que á pesar de aquellas expediciones dominaron mas adelante en la Grecia?

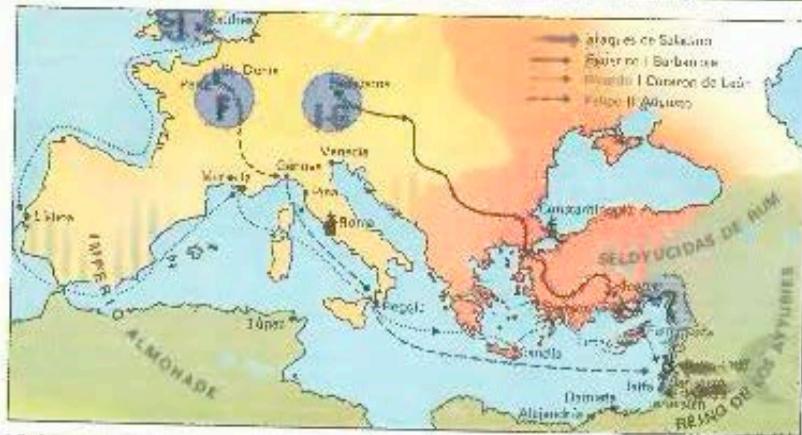
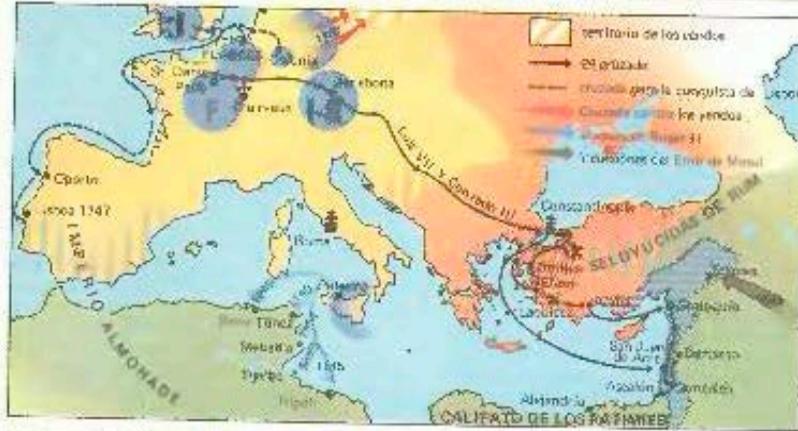
¡Oh! sin las Cruzadas, los nacientes pueblos europeos, reunidos y fortificados al grito de *Dios lo quiere*, hubieran sido sorprendidos en el aislamiento del feudalismo, en medio del individualismo germánico, y los grandes centros de la cultura moderna sufririan hoy la misma suerte que las comarcas del Africa y del Asia bajo la religion de la fuerza y de la esclavitud, que solo puede preparar al hombre para la invasion y para la conquista, con escasos intervalos de una cultura que aparece para morir en breve, cultura en que hay mas de deslumbrador que de real y verdadero.

Madrid, Mayo de 1860.

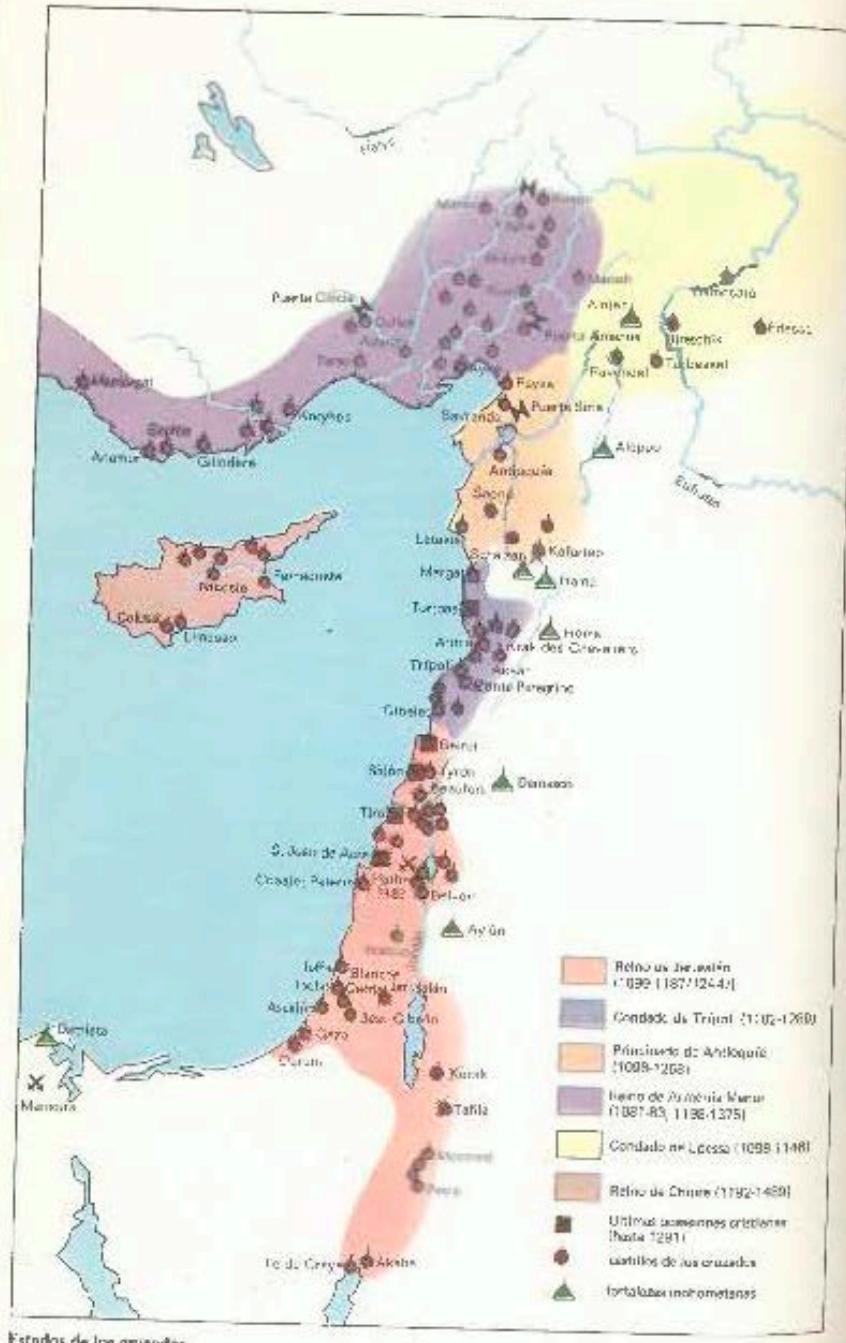
M. DE GÓNGORA.

MAPAS

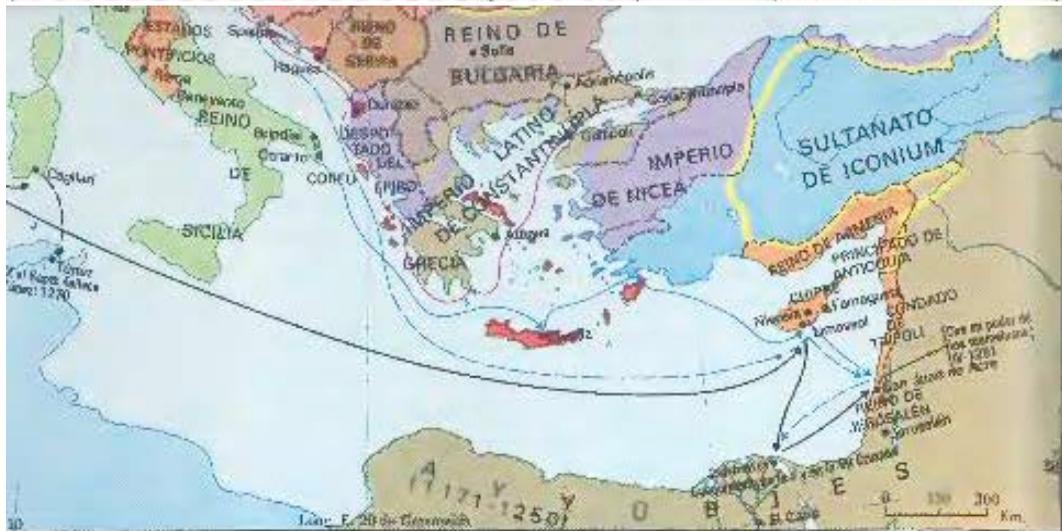
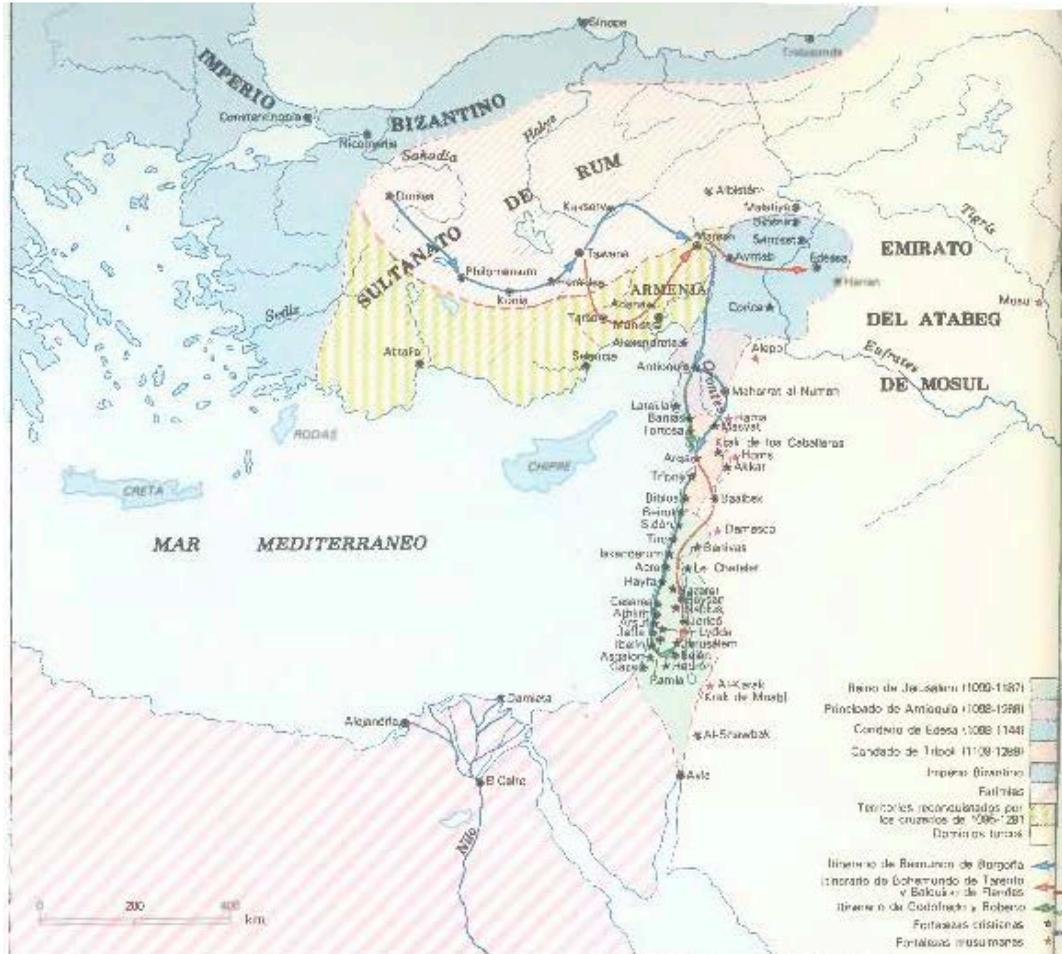


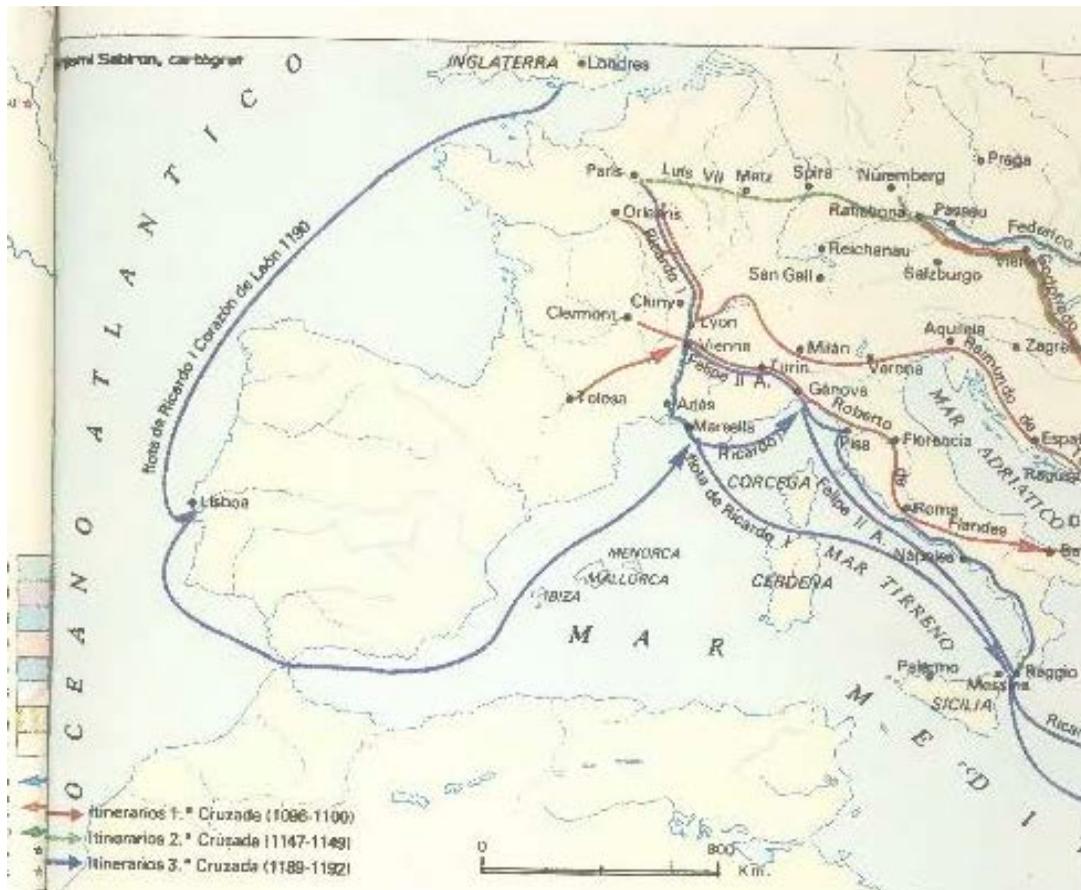


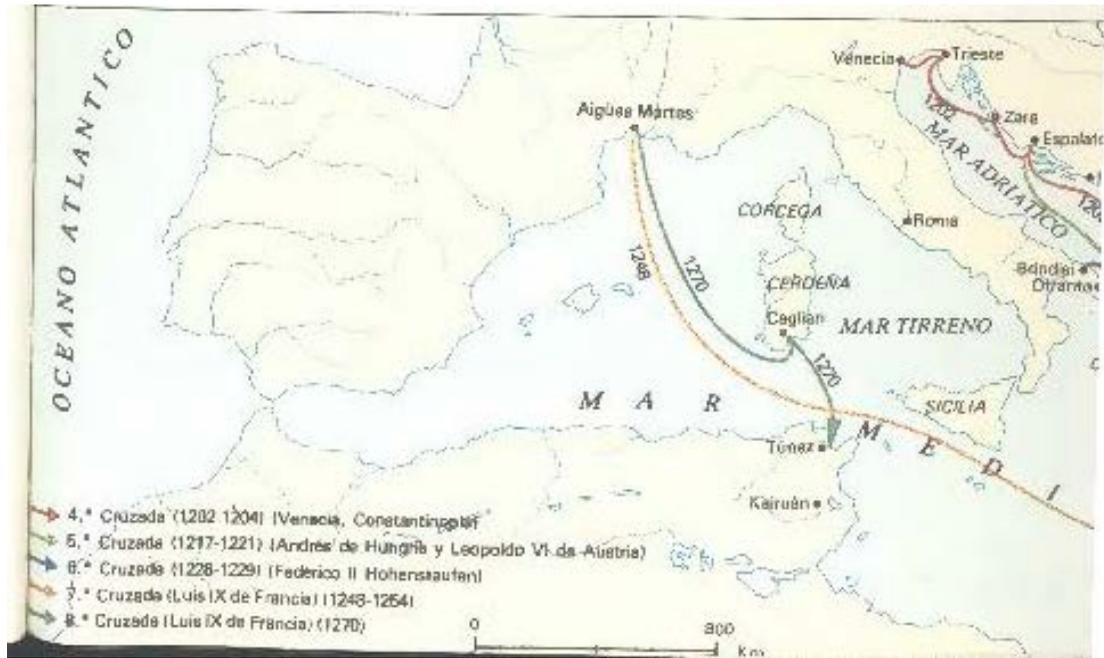
1.ª, 2.ª y 3.ª Cruzadas

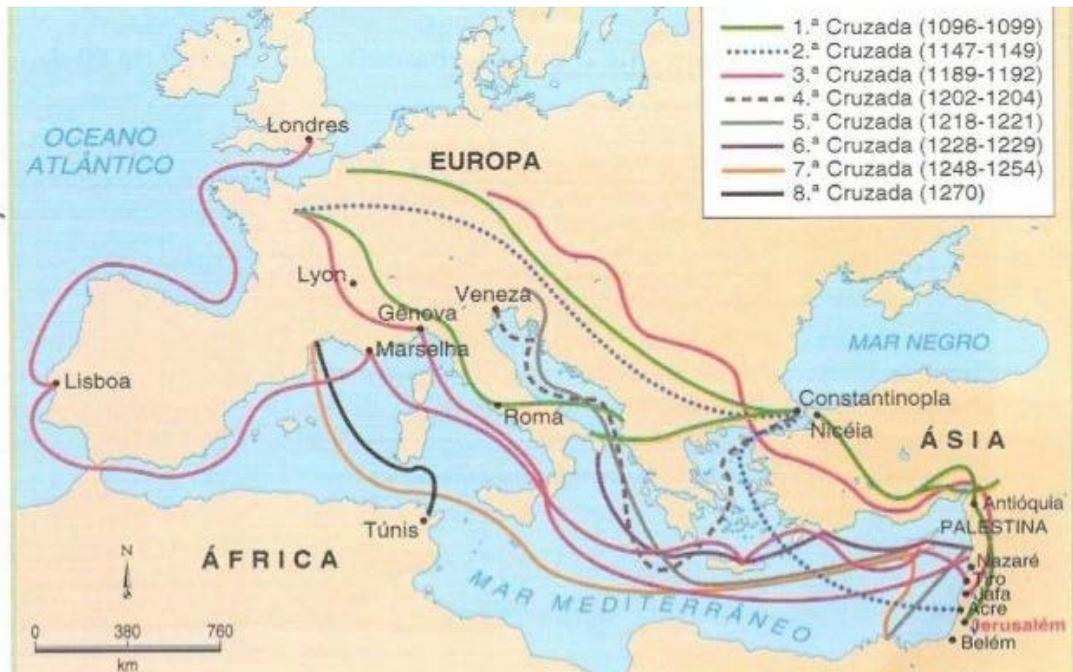
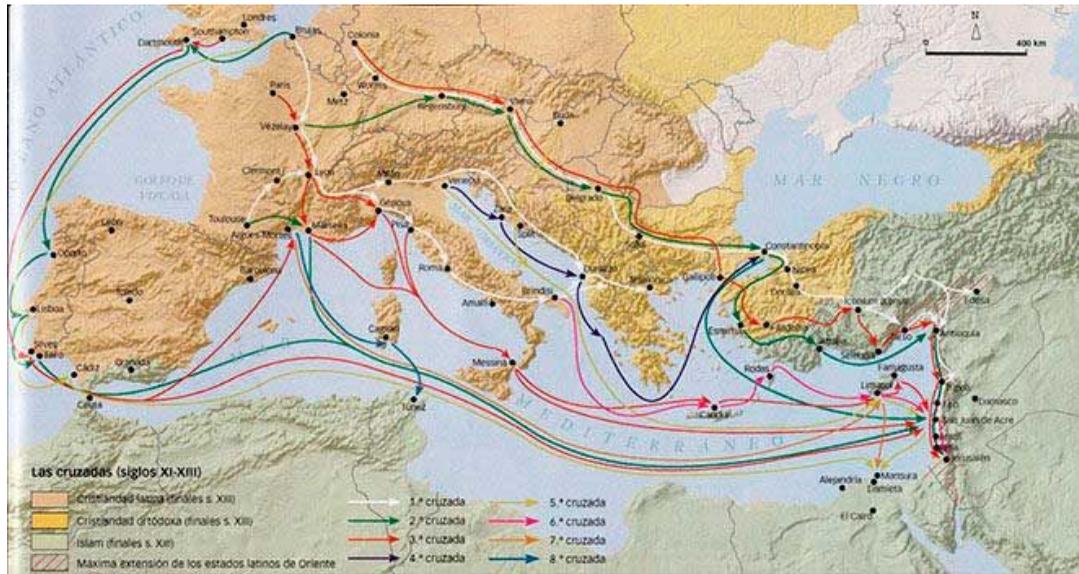


Estados de los cruzados









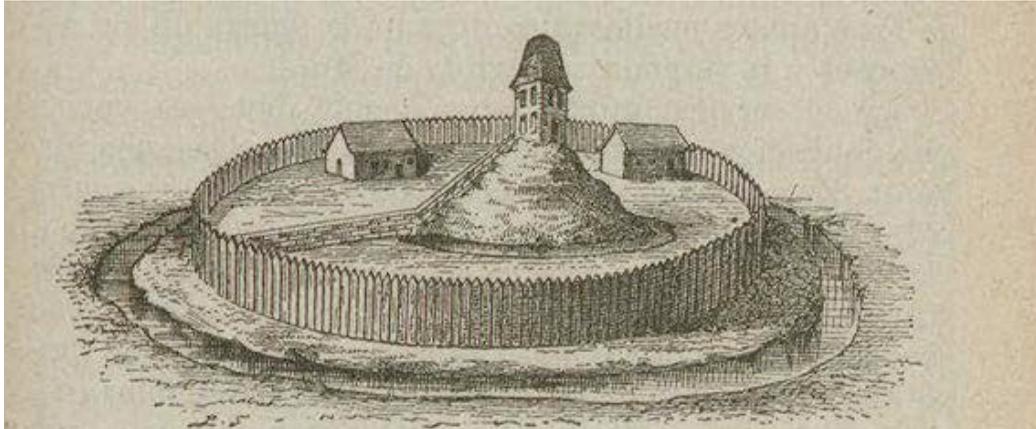


Fig. 29. - Castillo del siglo x, sobre su mota, con recinto de empalizada (según el *Diccionario de arqueología* de H. de Caumont, *Arquitectura militar*, pág. 393).

